

L
C

Argentina

novelistas de hoy



Roberto Arlt

HOY no necesita presentar al novelista Roberto Arlt. En la historia, muy breve, de nuestra literatura, no hay precedente de un éxito tan instantáneo. Ya antes, cuando Arlt era secretario de Ricardo Güiraldes, — una secretaria pintoresca y meditada — se decían de Arlt cosas atroces. El, con su sonrisa cí-

nica y su palabra despiadadamente veraz, asentía. Y apareció "El juguete Rabioso", admirable novela de Buenos Aires que inmediatamente justificó, con creces, su sonrisa y su aguijón.

Después, la loca carrera, la producción afiebrada y, no vacilamos en afirmarlo en esta revista de afirmación, genial. "Los siete locos", "Los lanzallamas", "El Amor Brujo", las notas en "El Mundo", "Trescientos Millones" en el Teatro del Pueblo... ¿Quiere Vd. más, lector? Y bien, aquí le damos "El traje del fantasma", cuyo valor, cuyo hondo lirismo dramático, cuya fuerza espontánea y generosa está reclamando la antología.

Extraordinariamente popular, ha roto, con su avalancha de libros, el sendero trillado de la literatura modosa que nuestro pueblo no merece, y ha encontrado, gracias a su formidable instinto de novelista, el camino anchuroso de sus muchos lectores.

Gruñimos esta satisfacción de vindicta pública: gracias a Roberto Arlt nuestra generación está llegando al pueblo, que es lo único que nos interesa realmente por ahora, y que, además, resulta un ideal inabrazable por extenso. El puede ser ahora toda una bandera aunque no querramos enarbolarla, pues nos basta el convencimiento de que Roberto Arlt tiene de todos nosotros lo mejor, esa su épica capacidad de constructor de novelas y ese enorme talento que le ha permitido, contando poco más de 30 años, realizar la obra que ha realizado, la que, por otra parte y válgame la hermosa jactancia, ha hecho con su divisa brutal: "El porvenir es nuestro por prepotencia de trabajo".

HOY

Argentina

Nº. 1 Bs. Aires, Marzo 30 de 1933 Año I

Redacción y Administración:

MAIPÚ 457 — U. T. 31 (Retiro) 3634

Suscripción a 12 números: \$ 2.00

Llame por teléfono y en el mismo día irá un empleado de esta revista a hacerlo suscriptor.

EL PRÓXIMO NÚMERO APARECERÁ

EL JUEVES 27 DE ABRIL DE 1933

HOY

Argentina

Entramos a la ruta, no exclusiva, de nuevo, esta vez unidos. **HOY** Argentina nos embandera; somos su representación y su avanzada. Están aquí todos aquellos que desde hace más de diez años vienen mostrando su nueva palabra, su estética distinta, su comprensión humana y su aversión de justicia por cada problema social; todos los que lucharon desde abajo, junto al pueblo, contra sus viejos intelectuales, contra los artistas emmohecidos, contra los embaucadores profesionales, contra los axilistas y los desorientadores.

Todos los que están aquí, hoy, están en el pueblo. Fueron llegando de a poco. Olvidadamente. Cada uno de ellos rompió su lanza contra una hipocresía, todos plantaron un gesto de altruismo. Llegando de a poco, sí, con niños, con dientes, hambrientos a veces, rabiosos siempre, pero dentro del corazón de su pueblo. Así fue cómo la nueva generación formó el cuadro. Ni una dispersión. Desde los diarios y desde las revistas, en las librerías y en los quioscos, silenciosos, esforzados, valientes, los soldados de hoy fueron trabajando su propia valoración.

Somos la representación de nuestro pueblo, la más exacta, la más cabal. La misma inquietud de la época nos invade, la misma bochascosa existencia nos entenebra, los mismos latidos de esperanza nos impulsan. Y nos damos así, unidos, entusiastas, combativos como siempre, generosos en la entrega, duros en el ataque, porque es solamente así, con esta capacidad de pasión con que nos prodigamos, cómo realizaremos nuestra obra sin defraudarnos ni defraudar a la nueva Argentina.

HOY Argentina, revista por vez y por vez, hace suya la advocación:

"A NOSOTROS. LA LIBERTAD"

MYOSOTIS

CUENTO DE AUGUSTO MARIO DELFINO



—Voy a tener el honor de presentarles uno de los fenómenos más extraordinarios que existen actualmente en el mundo entero. Se trata de Myosotis, la rara flor cuya corola es una cabeza humana. Fué hallada hace tres años en una remota selva de Venezuela, y desde entonces recorre los países causando el asombro de los sabios, en cuya ciencia no hallan la explicación de su misterio. Arrancada de la tierra donde se aferraban sus raíces, continúa viviendo en un jarrón. Van ustedes a contemplar a Myosotis, la cabeza que habla, la cabeza de la mujer que nada ofrece ni nada pide, de la mujer sin corazón. Hela aquí.

El hombre que hablaba levantó las cortinas del armarito abierto por un solo lado. Sobre el jarrón, emergiendo de una gorguera de hojas verdes, Myosotis, la cabeza sin cuerpo, la cabeza viva, abría, sin mirar, sus ojos negros. Ningún gesto desvirtuaba el dibujo con que el colorite intensificó sus labios. Diademas de espejuelos corrían por entre sus cabellos como ríos de colores en un mapamundi. Toda ella, desde la decoración que la enaltecía hasta el brillo de esmalte de sus pupilas, llegó al aventurero con menos precisión que un sueño pero con mayor realidad que la vida, igual a ese momento que media entre la puñalada a un corazón, de la que somos inmovilizados testigos, y la muerte instantánea del herido, mientras el agresor se funde en la multitud que arremolinase junto al caído.

Una veintena de personas, hombres incrédulos, indiferentes o maravillados, clavaban sus miradas en Myosotis, sorprendían, con satisfacción, sus parpadeos, como si ese descanso de la vista que parecía no ad-

vertirlos, significase alguna ganancia para ellos. Los incrédulos buscaban la manera de descubrir la ocultación del cuerpo, animándose con palabras que decían su experiencia en combinaciones de espejos, en trucos de ilusionismo, en engañosas apariencias que no estaban fabricadas sino para los cándidos. Los maravillados luchaban en silencio contra la duda que les llegaba de los otros, contra su propia duda que estaba naciendo. Sólo el aventurero contemplaba a Myosotis de acuerdo al cartel colocado en la puerta de la barraca, grito de letras rojas, trampa puesta al paso de los que iban o venían de los cafés de camareras, de los teatrillos donde una liga de mujer encendía gritos, donde el borde puntillado de unos calzones hacía necesaria la intervención persuasiva del empresario, la intervención enérgica de la policía.

—Sí, señores — continuaba ilustrando el Profesor Ulanoff. — El poder extraordinario de Myosotis no está únicamente en que la vida se haya concentrado en una cabeza humana desprovista de cuerpo; está, también, en sus dotes de adivinación, en su capacidad para leer mis ideas. Voy a demostrarlo en seguida con varias pruebas de transmisión del pensamiento. Como ustedes podrán comprobarlo fácilmente, aquí no empleamos ninguna clave ni aparato de telefonía. El que tenga alguna sospecha, puede manifestarla: al momento le demostraré su error. Ruego a los señores me proporcionen un papel escrito, un carnet, cualquier cosa para poder realizar el experimento. Muy bien, muy bien — aprobó, aceptando un pliego doblado que le ofrecía un hombre. Y dirigiéndose a Myosotis, que asistía indiferente a ese

elogio de sus facultades y a su duda, le preguntó, con frases breves y enérgicas, qué cosas decía el papel. Myosotis se humedeció los labios con la lengua, la cual hizo una trayectoria lenta entre aquellos. La respuesta no salía de su boca, y el Profesor Ulanoff se mostró impaciente, azuzándola con palabras de urgencia y con golpecitos del pliego, otra vez doblado, contra la palma de su mano. Una voz cálida, de fuego sin llamas, de brasas encendidas y tranquilas, coronó el misterio de la cabeza femenina, de la mujer sin cuerpo, de la mujer sin corazón, sembrando un rencor violento en los incrédulos, un vértigo terrible en los maravillados, una súbita desazón en los indiferentes, un miedo delicioso en el alma del aventurero.

—Policía de la Capital. Certificado de buena conducta.

—A ver, a ver, otra cosa. El público es el que proporciona los elementos para la transmisión. Ah, sí, usted — se dirigió el animador a un sujeto de faz enrojecida y sonrisa agresiva, que le extendía una hojilla de papel de fumar. Al leer las palabras escritas en la hoja, el Profesor Ulanoff frunció el ceño. Paseó su vista por la concurrencia, y la idea de que todos esos desconocidos fueran camaradas en el acuerdo de un atentado contra él, le puso una mascarilla pálida y fría.

—¿Y cómo? ¿No puede?

El Profesor Ulanoff extendió un barniz de amabilidad por sus facciones, sus ojos brillaron como los de un cómplice que entiende, e interrogó otra vez a la cabeza. De afuera llegaba la música prostituida de un órgano, los estampidos menores del tiro al blanco, el pregón del hombre

que ofrecía, por veinte centavos, el espectáculo más extraño de la naturaleza: una cabeza humana viva y sin cuerpo, una flor con rostro de mujer.

Myosotis dijo:

—No puedo repetirlo. — Y su pena careció de una mano para secar las lágrimas.

Y el animador vió que el importuno estaba solo, que los desconocidos no eran sus camaradas, que, sin una explicación entre ellos, se iban pasando la tarea de empujarlo hacia afuera, sordos a sus gritos, a sus protestas de hombre que se cree robado, como se empuja a un borracho que perturba la fiesta mientras exige que le devuelvan el equilibrio.

—Vamos a continuar la sesión. Si alguien entre los presentes tiene la gentileza... — Todos, menos el aventurero, regresaron de la perturba-

ción a que los condujo el recién echado. El aventurero, pese a su corazón oprimido de temores vagos y angustiosos, pensó ver en el rostro de Myosotis, como en un espejo, la intensidad del mal momento. Pero la faz de Myosotis era una ventana que daba a un paisaje de serenidad: la ofensa había rodado al cáliz sin dejar su rastro en la mejilla. — Muchas gracias.

El profesor Ulanoff tomó la libreta que le ofrecía el aventurero, y dirigiéndose otra vez a Myosotis le hizo varias preguntas, comenzando con frases largas y tranquilas, para finalizar en interrogaciones apremiantes, dichas como con enfado. Myosotis, impasible, recitó, sin leerlas, varias palabras contenidas en el documento:

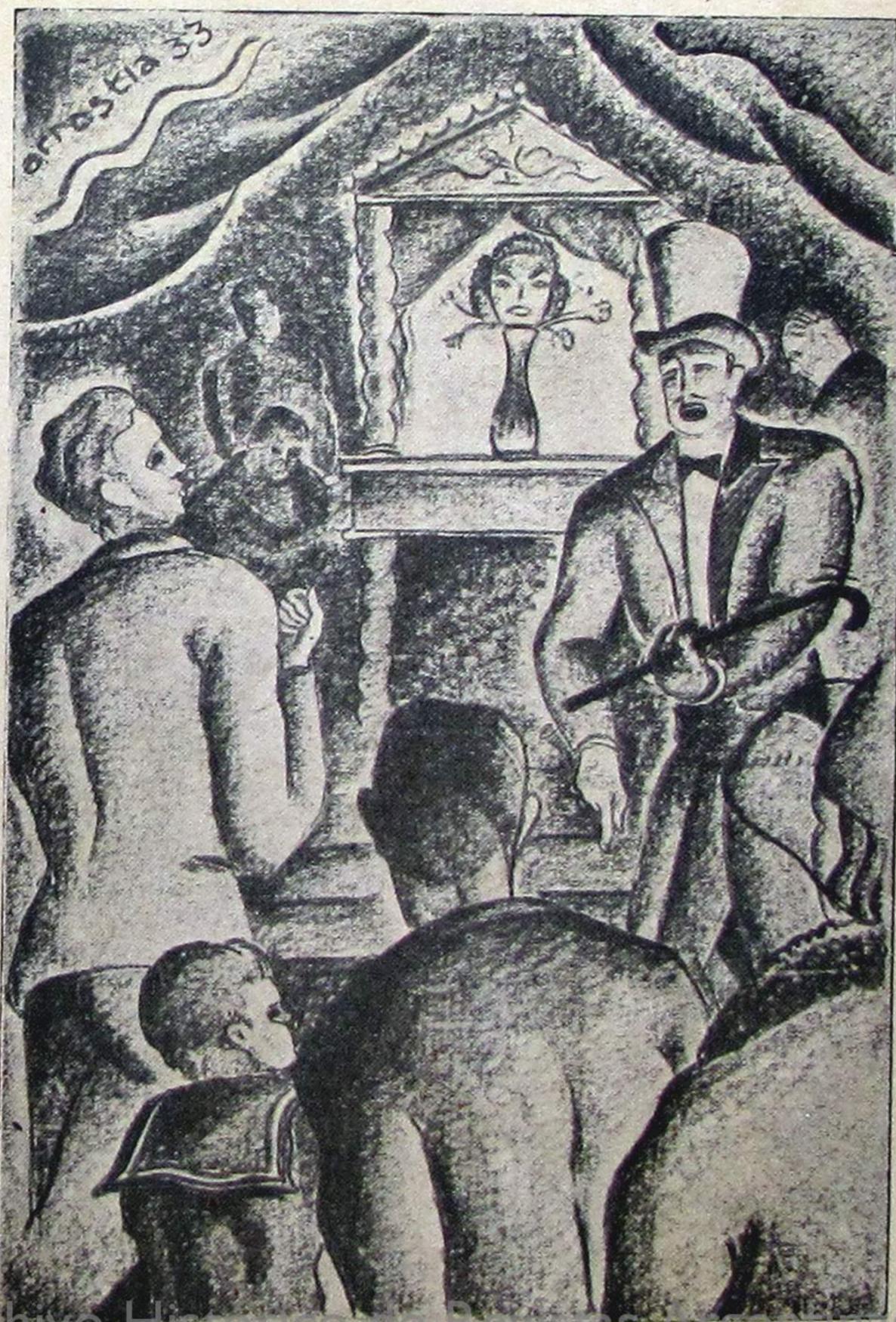
—República Argentina. Primera división. Distrito militar número dos.

El Profesor Ulanoff le exigió más. A oídos del público, su voz, rítmica cuando anunciaba el prodigio, cálida en las preguntas iniciales, temblorosa ante el importuno, ahora había se desafiado y era, sucesivamente, chillona, áspera, ronca, pasando de un tono a otro hasta en la mitad de una palabra. La voz del Profesor Ulanoff comunicaba su vértigo grosero a los nervios de los espectadores, quienes, retirando atención a los detalles de su particular interés, la concentraban hacia aquella lucha entre un hombre que no toleraba ser defraudado y una cabeza de mujer que no respondía. Sólo Myosotis y el aventurero se hallaban fuera de esa atmósfera: ella envuelta en su silencio y él admirando esa malla que no veían los otros. Pero, al fin, Myosotis dijo:

—Carlos Ibarra. 18 de octubre de 1914.

Y el Profesor Ulanoff dió por terminada la sesión. Bajó las cortinillas del armarito e invitó al público a que se retirara. Carlos Ibarra, con sus diez y ocho años, con su aventura chamuscada como un cigarrillo apagado a medio fumar, envidió a quienes, afuera, aguardaban la hora de presenciar lo que aún él no podía concebir como un nuevo recuerdo en su memoria. Sobre un cartelón, pinceles torpes habían dibujado una Myosotis fea, de líneas desproporcionadas, una Myosotis que aceptaba, que exigía la música prostituida del órgano próximo, los estampidos menores del tiro al blanco, el pregón del hombre que brindaba, por veinte centavos, el espectáculo más extraño de la naturaleza.

Hombres y no muñecos entreabrían, al paso de otros hombres, las puertas de los bares, pronunciando a la vez un "¡Pasen! ¡Pasen!" que intentaba ser promesa de placeres deliciosos, de hallazgos sólo factibles en esos locales que echaban a la calle humo de tabaco, pedazos de música, un aliento afiebrado. Carlos Ibarra, caminando por la calleja ensombrecida al rojo de los letreros luminosos, espiaba hacia el interior de los cafés que le prohibía el miedo. Y vió mujeres que, alrededor de las mesas, los codos entre botellas y copas, enseñaban sus brazos desnudos, sus piernas, gruesas o delgadas pero siempre largas, ceñidas en medias que parecían telas de araña, más regulares y oscuras que las verdaderas. Carlos Ibarra se dijo que podía beber junto con ellas y tomó para sí la invitación que un portero dirigía a varios marineros ya mus-



tios. Cuando quiso entrar, lo detuvieron:

—Usted es muy joven. — Y una mano extraña, aferrada a su brazo, lo empujó a la acera. Y otra vez la calle, los letreros rojos, las sombras, las promesas de las puertas que se entreabrían, los brazos desnudos, las piernas largas, los pedazos de música, el humo, la fiebre, sus piernas, su excesiva juventud, la chamuscada aventura, un cartel en la puerta de una barraca, un rostro dibujado por pinceles torpes.

Adquirió una entrada, y, ansioso, ocupó el último lugar en la corta fila de hombres, disciplinados, a izquierda y derecha, por la dureza de los palos del brete. Pronto sintió a sus espaldas otras vidas, seguras de cumplir en seguida un destino igual al suyo, ignorantes de que en la barraca había dos Myosotis. Y otra vez el armarito, las cortinillas que se levantan, el Profesor Ulanoff, su oración rítmica, la misma de antes; Myosotis, la cabeza que habla, la cabeza de la mujer sin cuerpo, de la mujer sin corazón; el aventurero...

—Han podido comprobar ustedes las portentosas facultades de Myosotis. Damos por terminada la sesión.

—Un momento.

El Profesor Ulanoff detuvo su mano que iba hacia la cortina. Observó al que le hablaba: era un adolescente gris, de ojos suplicantes, que le tendía, tímido, un papelito. De nuevo mezclado entre el público, el Profesor Ulanoff leyó el billete e hizo a Myosotis varias preguntas. Carlos Ibarra, como si ignorase la respuesta que iba a dar la cabeza, como si le hubiera formulado una pregunta de cuya contestación dependiera su vida, sintió que las manos se le humedecían y enfriaban, sintió que el corazón participaba en la aventura, supo que la sangre afluía a las orejas sin necesidad de un tajo.

Myosotis dijo:

—Yo la amo a usted. — Y el Profesor Ulanoff bajó las cortinillas, y alguien, de pronto, halló en su boca una carcajada, y Carlos Ibarra dióse cuenta de que Myosotis se había dirigido a una mujer, de que su mensaje era torpe, invertido, incomprensible. Pero ya estaba lejos de Myosotis: estaba frente al retrato burdo de Myosotis, tan inexpresivo como el lenguaje de ese amor para el cual un suicidio con la pistola del tiro al blanco no era nada correcto.

—Pase, pase. Adelante.

Cerca, por la calleja sombría, no pasa nadie.

—Pase, pase.

Carlos Ibarra busca a los marineros del error: no los halla. Comprende. El bar, su vidriera azul, con luz azul, adornada por botellas de whisky entre las cuales un caballero inglés — monóculo y galera alta — ha inmovilizado el apuro.

—Gran orquesta de señoritas.

El portero del bar tiene una voz que nunca infundirá confianza al vendedor ambulante de corbatas que lo acuse de un robo, al comisario de policía, a Dios en la hora de la muerte, al aventurero.

En la esquina próxima, donde debía alzarse un farol, hay una falda, una carterita negra, un sombrero ridículo, unos ojos fatigados, una voz que hace promesas sin alegría, que asegura deleites tristísimos. Carlos Ibarra apura el paso.

La dársena, desierta de hombres. Insomnio de las lamparillas en la cubierta de los navíos. Planchadas, tiesas humillaciones del mar que aguardan a los ebrios. Galpones donde las tinieblas pesan como fardos. Olor de lana húmeda, de carne salada, de duraznos. La orilla del muelle, con su tentación de equilibrio, con sus cordajes imprevistos que acechan a los caminantes. Y el ruido del agua que golpea contra la pared de granito. Y la tristeza repentina de acordarse de que en un barrio distante, en una casa de ese barrio, duermen, tranquilas, una madre y una hermana que no sospechan. Y la idea de que existe un último tranvía, donde un motorista y un guarda esperan, reloj en mano, la hora de partir.

Desanda lo andado. Atrás quedan la dársena, los barcos, los galpones. Donde antes estaba una mujer, ahora hay un farol. Alguien le habla desde una puerta por la que sale música inaguantable, que lo persigue y al fin lo deja. El tranvía aun no ha llegado. El tiro al blanco ya oscureció sus paredes y enmudeció los disparos de los rifles. El órgano de una barraca suena para la soledad. Myosotis, la del burdo cartel, refresca la noche y atrae el viento.

Unico espectador, Ibarra ahora observa. Una baranda de madera lo separa del espacio en donde está la mesa sobre la que se eleva el armarito dentro del cual, detrás de las cortinillas corridas, ¿qué hará Myosotis? En el piso de tierra, los pies

del muchacho hallan piedritas con que entretenerse. Sus oídos también han encontrado ocupación: la de escuchar las palmadas del hombre que, a la puerta de la barraca, se da importancia de guarda-tren, acercando sus gritos a un momento de partida impostergable, a un término en el cual los curiosos perderán toda posibilidad de ver a Myosotis. Lo único de Ibarra que está solo es su esperanza. ¿Qué hará Myosotis detrás de las cortinillas corridas?

Entra un anciano a la barraca. Barbudo, roto, puede ser una víctima del régimen capitalista o del régimen alcohólico, un vagabundo alitivo o un harapo. Apoya sus brazos en la baranda. Su mirada quiere alzar las cortinas. Afuera, han cesado los golpes de manos y los gritos. El órgano.

El órgano rompe, como cristales, una melodía que estuvo de moda en tiempos de mi abuelo. Detrás de las cortinillas, ¿qué hará Myosotis?

El Profesor Ulanoff aparece por un lado del armarito. Sin reparar en el anciano ni en Ibarra, dice:

—Bueno, vamos a trabajar para ustedes dos.

¿Cómo sabe que no son más que dos si no se ha fijado en ellos? El anciano e Ibarra se miran. El Profesor Ulanoff levanta las cortinas. Myosotis está ahí, igual que la primera vez, igual que la segunda vez. Igual igual, no: algo más pálida, eso es todo.

—Se está haciendo tarde — señala el Profesor Ulanoff, y en seguida explica brevemente el poder extraordinario de la flor, pasando por alto el relato de su origen y el elogio. Más parece un comerciante que un mago. El Profesor Ulanoff — ahora se nota que está comiendo un pedazo de pan — tiene menos prestigio. Pero en el rostro de Myosotis ya está naciendo el alba. — A ver, uno que me dé cualquier papel escrito.

Ibarra introduce la mano en un bolsillo del saco, de donde extrae un trozo de papel, un número de la rifa de un reloj de oro, un papelito doblado que ofrece al Profesor Ulanoff. Mas éste ya está leyendo una página amarillenta que le ha entregado el anciano. Ibarra, nerviosa pero lentamente, duplica los pliegues del papel. Intenta arrojarlo: no puede. Quiere irse, aprovechar que los ojos del Profesor Ulanoff están fijos en la hoja del viejo, descifrando algo; aprovechar que los ojos de Myosotis no han reparado en él. Quiere huir, salir a la noche, al aire

(Continúa en la pág. 41)

el traje del [REDACTED] [REDACTED] fantasma novela de roberto arlt

Inútil ha sido que tratara de explicar las razones por las cuales me encontraba completamente desnudo en medio de la calle Florida, a las seis de la tarde, con el correspondiente espanto de las jovencitas que a esa hora paseaban por allí. Mi familia, que se apresuró a visitarme en el manicomio donde me internaron, movió dolorosamente la cabeza, y los periodistas lanzaron a la calle las versiones más antojadizas de semejante aventura.

Si se agrega que frecuentaba mi habitación un marinero, nadie se extrañará de que las malas lenguas supusieran (entre los lógicos agregados de "¡oh, yo no puedo creerlo!") que yo era un pederasta, es decir, un hombre que se complacía en sustituir en su cama las mujeres por los hombres. Tanto ha circulado la mala historia, que algunos reporteros caritativos han lanzado desde las páginas de los periódicos amarillos donde se ganan las arvejas, esta declaración:

GUSTAVO BOER NO FUE NUNCA UN INVERTIDO. ES UN LOCO.

Y ¡cuerpo de Cristo!, yo no estoy loco y siempre me han gustado las mujeres. No he estado nunca loco. Declarar loco a un ciudadano porque sale desnudo a la calle es un disparate inaudito. Nuestros antepasados, hombres y mujeres, han circulado durante mucho tiempo desnudos, no sólo por las calles que en esa época no existían, sino también por los bosques y los montes, y a ningún antropólogo actual se le ha ocurrido tildar a esa buena gente de desequilibrados ni nada por el estilo.

Claro está que lo normal tampoco consiste en que un hombre salga a la calle en cueros. De acuerdo. Pero sólo a mentecatos como los que florecen en este país se les puede ocurrir que un prójimo tiene las facultades mentales alteradas por presentarse ante sus semejantes sin ropas que cubran su natura. Con ese criterio podríamos calificar de loco al escultor que talló en mármol al adolescente que, bajo la forma de una estatua, exhibe en la Rosaleda de Palermo sus graciosas partes pudendas. A vía de comentario diré que he visto a numerosas doncellas tímidas mirar de reojo la estatua, curiosas de saber en qué se diferenciaba un adolescente de una jovencita, y por ello a nadie se le ha ocurrido poner grito en el cielo.

Inútiles han sido mis explicaciones y razonamientos. Cuando mi madre me visitó en el manicomio se echó a llorar profusamente. Mi cuñado movía la cabeza como diciendo: "siempre había dicho yo que este pajarraco terminaría mal", y mi hermana lanzaba el consabido: "¡Oh, qué vergüenza para la familia!" Después vinieron mis amigos; a todos les bailaba la misma pregunta en la punta de la lengua:

—¿Es cierto lo que se dice del marinero?

Me he aburrido de explicar ciento treinta veces el mismo asunto. A los que dudaban de mi virginidad masculina les he mostrado un certificado médico y al resto los he enviado al diablo, pero tanto ha circulado la bola de nieve que ya no es bola sino fabuloso témpano, de manera que para terminar de una vez por todas con esas habladurías me he visto obligado a escribir lo que sigue, a fin de que la gente comprenda que si salí a la calle desnudo no fué porque creyera estar desnudo sino vestido. ¿Se dan cuenta? Pero hágale comprender Ud. esa razón a un médico idiota y a un periodista que a cada tres minutos de conversación reporteril consulta su reloj porque tiene más prisa en ir a encontrarse con su querida que en escribir una buena nota.

Víctima, víctima de la incompreensión humana que me tiene encerrado como una fiera en un establecimiento de enfermedades frenopáticas, tengo que defenderme por mi propia cuenta y prepararme a ser mártir de una causa perdida. No importa. Lo juro. Mi corazón es grande y les perdono a todos la injusticia espantosa que me hacen de obligarme a tolerar un medicucho de aliento fétido y pies juanetudos que cada vez que se acerca a mí sonríe hipócritamente diciéndome a vía de consuelo:

—Estamos mucho mejor que al principio, ¿no m'hijo?

Mi corazón es grande. Perdono a todos aquellos que creyeron por un momento que me gustaban más los hombres que las mujeres (entonces sí sería estar loco de veras) y también perdono a los otros que aún admiten que mi cerebro funciona como un aparato de radio que tiene una válvula electrónica coja o en mal estado. Magnánimemente lo perdono todo, porque yo soy así; e insisto: si salí a la calle desnudo fué por creerme vestido, y si creí que estaba vestido débese a que regresaba de un país donde nadie me había visto desnudo, sino bien cubierto, y más me valiera no haber regresado, porque allá me llamaban El Capitán, y yo tan de veras me había acostumbrado a creer que era capitán, que, sin haber navegado como no fuera en los canales del Tigre, me sabía de memoria las batallas navales que había perdido o ganado, y no existe vagabundo del País de las Tierras Verdes que no haya abierto la boca cuando contaba cómo había torpedeado la escuadra Inglesa del Báltico, y los prodigios realizados desde mi torre de combate cuando hundieron a cañonazos el Breslau y el Dresden. Bueno, bueno... no nos anticipemos a los hechos y vamos por riguroso orden de aventuras, pues sino, de verdad que corro el riesgo de que la gente crea que he enloquecido y que yo sea el que asesiné al marinero.

EL MARINERO MISTERIOSO

En el prólogo relacionado con mis desventuras aludi al Marinero. Mi amistad con este perdulario fantasma-

górico databa de un suceso casi absurdo. Nos habíamos encontrado un día yendo por la calle en dirección contraria. El avanzó hacia mí manifestando con estas textuales palabras: "muchacha alegría de encontrarlo nuevamente".

Le dije que yo no le conocía de ninguna parte, y que, además, no experimentaba ninguna curiosidad por saber quién era. Indignado retrocedió en la acera preguntándome a voz en cuello:

—Y entonces, ¿por qué me ha hecho usted un corte de manga?

Repuse que era un hombre de educación exquisita y que jamás le haría en la calle a un desconocido un corte de manga, y entonces el marinero, guiñando socarronamente un ojo, argumentó que todo ello le importaba muy poco, que en la vida existían cosas más importantes y que la "identificación de las almas magnánimas frente a un vaso de vino le parecía una necesidad formal".

Ello era una clara invitación a que fuéramos a echarnos al estómago un vaso de vino y tomándonos del brazo entramos a un bodegón mugriento. Un muchachón puso ante nuestras narices un botellón de vino tinto, creo que era Nebiolo seco. Bebimos esa botella y después otra. Terminadas las dos botellas salimos a la puerta del establecimiento vinatero y comenzamos a hacerle cortes de manga a cuanto transeunte pasaba, y a ponernos las manos en cornetilla sobre la boca para hacer un ruido semejante al que producen los gases que expelen los intestinos.

Se indignó el dueño del hostel y a empujones nos apartó del umbral de su comercio, brutalidad que nosotros aceptamos porque comprendimos que la vida encierra "cosas más profundas". Haciendo esos avanzamos por las calles y el Marinero durmió esa noche como un fardo de pasto (si un fardo de pasto puede dormir), tendido en el piso de mi cuarto.

Desde ese día nos hicimos amigos.

Y ahora que se presenta la oportunidad de presentarlo diré que era un truhán grandote, con el cuerpo desde la cintura a la nuca echado hacia adelante. Le cruzaba la mejilla, desde la sien hasta un lunar del mentón, una tremenda cicatriz de cuchillada, en cuya señal livida no crecía pelo de barba. Afirmaba que lo había marcado así un gigante de las Tierras Verdes, que están al otro lado de las Tierras del Espanto, pero el cronista supone con no escasa razón que semejante tatuaje le había sido inferido en una riña de rufianes, pues sólo en las historias antiguas se encuentran mención de gigantes y ellas son inexactas, como todo el mundo sabe. Por otra parte, si era un gigante el que había reñido con él, ¿por qué utilizó cuchillo? Por su propia condición, un gigante para quitarse de adelante a un desvergonzado no necesita utilizar un cuchillo.

Salvo el detalle de la cuchillada y sus alocados ojos grises, nada revelaba en él costumbres que no merecieran adornar la figura de un caballero. Él, como si sospechara este detalle, en vez de refugiarse en una isla desierta, vivía casi constantemente en tierra, en el alto cuarto de una casa cuya construcción había sido interrumpida cuando los carpinteros colocaban los marcos de las puertas. Se subía al cuchitril mediante una escala de sogas, y él pasaba la mayor parte del día sentado a la sombra fría de la muralla roja, gargajeando negro y trezando y destrenzando una soga entre sus manos más duras que manoplas de cuerno.

No podía negarse que en otros tiempos viajó. Sin embargo, no le agradaba mucho referirse a su pasado. Alguna vez supuse que había sido pensionista en uno de los presidios de Nueva Caledonia, pero como soy sumamente discreto jamás me permití preguntarle nada, y él, por otra parte, tampoco me hubiera contestado, porque observé que, correspondiendo ampliamente a mi discreción, no me contaba absolutamente nada. Pero, a

cambio del silencio que guardaba respecto a su vida, era generoso en otras direcciones, y así me enseñó los tatuajes que le adornaban el cuerpo, dibujos variados y extraordinarios. En el pecho, por ejemplo, tenía un elefante tendido de espaldas y atado por las cuatro patas a cuatro palmeras, mientras que en el vientre del paquidermo una pareja de monos bailaba un can-can acompañado por una orquesta de negros flautistas. En su brazo izquierdo en cambio se veía una mujer corriendo con cuatro pies, perseguida por un monstruo medio hombre y medio caballo. En el brazo derecho exhibía una marina, cierto trozo de oleaje verde-azul en el que flotaba un salvavidas con un hombre que fumaba una pipa sentado en él. A pesar de su piel decorativa, el hombre vivía castamente y amaba a los pájaros de plumas rojas, verdes y amarillas.

Su orgullo estribaba, como dije antes, en reirse de los peces de colores y en afirmar que todos los capitanes que surcaban los mares eran unos barbianses ignorantes de la geografía de las Tierras del Espanto, mareados por la Rosa de los Vientos, que no era una rosa sino un círculo flechado de puntas sin perfume.

Si se le preguntaba si había visitado la Tierra del Espanto respondía que sí, y, además, que el día que él y yo tuviéramos simultáneamente voluntad, me conduciría hasta la Taberna de los Perros Ahogados, lugar en donde se daba cita la canalla más conspicua de los tres grandes puertos del mundo.

Con sorprendente seriedad aseguraba que el canal perdido estaba bloqueado en su trayecto por malecones sucios y apestados. Entre altos yuyales se pudrían cajones de automóviles cuyos dueños habían quebrado. En las solanas, descomunales vagabundos dormían con la panza al sol, o se divertían organizando carreras entre los piojos gordazos que se quitaban del sobaco, aunque los piojos preferidos para tales carreras eran los que se criaban en el ombligo.

Varios vagones abandonados en los desvíos habían sido convertidos en tabernas donde bailaban, al son de *jazbands* furiosas, desteñidas *girls* que habían fracasado en Hollywood y el Marinero afirmaba que el hombre de mar que bebía el maldito vino de la Tierra de los Espantos terminaba casi siempre su carrera carbonizado en la silla eléctrica o desvertebrado de una puñalada traperera.

Más allá de la costa y de los desvíos se extendía un desierto cruel, totalmente vitrificado, que en vez de seguir la ley de curvatura terrestre, se prolongaba liso y recto hasta el infinito.

Un fabricante de espejos, — decía él — con un buen juego de diamantes, podría cortar allí la suficiente cantidad de cristales como para ornamentar todos los bares de la tierra.

Tanto le entusiasmaba la idea que un día, encontrándose escaso de dinero, fué a visitar a un vidriero pequeño que vivía en el barrio para proponerle el negocio; pero, sea que el otro estuviera aquel día de muy mal humor, sea que el haber nacido cojo y tuerto le ponía fuera de sí, el caso es que el vidrierito, escamado, casi lo hace encarcelar al Marinero bajo la acusación de tentativa de estafa. Era cosa de reír buenamente, porque nunca se imaginara nadie que podía almacenarse tanta cólera como aquella que tenía comprimida en su cuerpo chiquitín el vidriero cascarrabias.

A su vez el Marinero se puso tan furibundo que quiso querellar ante los Tribunales al vidrierito por calumnias e injurias y durante muchos días me divertí con los bufidos que le provocaba su indignación.

Para apartarlo de la línea de su furor muchas veces le pregunté en qué paraje de la ciudad se encontraba la Taberna de los Perros Ahogados, pero él se abstuvo de contestarme, y sólo una vez, entre dientes, me dió a entender que todos los insignes rufianes de cuya amistad se enorgullecía eran unos esperpentos momificados

por el salitre y el yodo de los vientos marinos. Entendí entonces que la susodicha vinería era la taberna de los marineros muertos.

Ateniéndome estrictamente a su relato, pues nunca visité la tal taberna, los diques rebalsaban allí de fango y agua podrida. Carcomidas por el óxido, las grúas enrojecían bajo un cielo de azul lejía. Una chata de hierro encallada en el légamo se había convertido en un vivero de ratas atroces. Por la noche, las más gordas, a la luz de la luna, bailaban sobre dos patas, y el Marinero afirmaba que ni él, "ni siquiera él", se hubiera atrevido a poner un pie en tal lugar. Más allá se dilataba el desierto negro y ardiente como la sed... y de aquello era mejor no hablar por un montón de razones. Por otra parte, cualquier lector medianamente inteligente se dará cuenta que el relato del marinero, en su segunda descripción de las inmediaciones de la Taberna de los Perros Ahogados, se contradice con la primera.

De lo dicho se desprende cuán extraordinario bergante era el Marinero y qué doloso en sus relatos, a los cuales no hubiera prestado la menor atención si, contra toda razón de prudencia y sentido común, no me hubiera embarcado una noche con él en una de esas fermentadas lanchas con las que se hace la travesía de los canales del Tigre.

Ocurrió que, habiendo quebrado el vidrierito (a quien en otra oportunidad me referí) y sido enviados todos sus bártulos a un remate judicial, para festejar el acontecimiento el Marinero me invitó a beber. Soy culpable, y lo reconozco, de no haberme comportado morigeradamente en aquella época, y, más rápido de lo que pudiera creerse, me embriagué a tal punto que cuando el Marinero me invitó a ir a conocer la Taberna de los Perros Ahogados asentí complacido, pues esperaba burlarme de él haciéndole creer que admitía sus historias de imposible comprobación, y nuevamente para festejar el flamante acontecimiento volvimos a beber, y tanto bebí que, de pronto, en el mismo despacho de bebidas comencé a vomitar como un búfalo atiborrado de agua.

No hice el menor caso de aquella advertencia que un temperamento religioso pudiera llamar divina, y empecinado en que borracho o fresco visitaría igualmente la Taberna de mi curiosidad, me apresté a seguir al Marinero, quien, y ahora verán ustedes qué pajarraco era, hurtó, en un descuido del mozo del almacén, la filosa cuchilla de cortar fiambres y se la echó entre la camisa y el pecho.

Sacamos dos boletos en la estación de Retiro, y cuando llegamos a Tigre había anochecido por completo. Cruzamos algunas calles de tierra y pronto llegamos al cobertizo donde tenía su lancha, equipada con un pequeño motorcito a nafta, y una "vela para ayudar al motor cuando se enfermaba". Me abstengo de describir aquel catafalco cochambroso e indecente que el marinero llamaba "mi transatlántico". El transatlántico honestamente descrito era casi casi una batea munida con un motorcito portátil fijado a la proa con tres tuercas de las llamadas de "mariposa". Un mástilcito asegurado por una tabla atravesada que simultáneamente servía de asiento, soportaba un rectángulo de lona.

No queda duda, después de lo que he descrito, que con semejante cachivache no podía irse muy lejos, pero el estado de incoherencia en que me encontraba no me permitió rechazar rotundamente la aventura, y un cuarto de hora después de haber descendido en el Tigre estábamos en marcha hacia la famosa Taberna.

Navegamos entre murallas de sombras formadas por los boscajes de las islas (no había luna), y yo apretaba el cabo de mi pequeña pistola automática, en el bolsillo, no porque tuviera miedo del marinero sino porque todos los héroes de aventuras que yo había leído esgrimían su revólver en el bolsillo, con completa ignorancia del compañero que siempre se ocupa en algo.

Y es cierto y lógico que si en el desarrollo de una

aventura uno de los protagonistas está papando moscas, el otro se encuentre ocupado, y tal era mi caso. Navegamos, el marinero junto al motorcito que resoplaba como el de una motocicleta y yo junto al timón, cuando de pronto ocurrió el hecho horrible y rápido. El marinero se puso de pie, de entre el pecho extrajo con un brusco movimiento de brazo la cuchilla de cortar fiambre y levantándola a la altura de su mentón se cercenó la garganta con ella.

Permaneció un instante de pie junto al motor; luego, con los brazos abiertos, cayó de espaldas al agua. Yo, instintivamente, me lancé hacia él, golpeé la cabeza en el mástil y me desplomé sobre el travesaño, no sé si desvanecido del golpe o de la conjunción de éste con los residuos de la embriaguez y la impresión que me produjo la explosión de aquel acontecimiento.

Cuando desperté, intuitivamente comprendí que ya no estaba en el canal, y esta intuición despojada de razonamiento, lisa y fría, precipitó tal magnitud de desesperación a las compuertas de mis nervios que me sentí casi proyectado fuera del planeta, como si hubiera recibido la descarga de un cañón neumático. Anonadado me dejé caer en el fondo de la lancha y apoyé la cabeza en el travesaño de madera, insensible al colchón de agua que bajo mi cuerpo estaba en el fondo de la embarcación.

Una temperatura tierna y repugnante brotaba de mis sentidos hacia las sienes. Simultáneamente mi cuerpo comenzó a sudar.

Aspiraba aire entre los labios entreabiertos por la relajación muscular. Subía y bajaba en una superficie elástica que abarcaba hasta la última pulgada de mi carne y entonces, súbitamente espantado, me dejé caer en el fondo de la canoa, y aunque el agua que en su cala había me bañaba horizontalmente medio cuerpo, me dejé estar allí, con horror de mirar el espacio de afuera, y durante muchas horas permanecí así, tendido como en el fondo de un ataúd húmedo, golpeando con los flancos las paredes de la madera del falucho, indiferente al castigo que sufría mi cuerpo, porque adentro de él había una armazón más viscosa y blanda que padecía una dislocación revulsiva.

Luego volví a dormirme, o a perder tan totalmente la conciencia que cuando desperté era bien entrado el día, aun cuando no podría precisar la hora. El sol caía perpendicularmente sobre la canoa de maderos sucios que olían a pescado, y hacia donde se miraba la extensión verdosa tocaba la base circular de la cúpula del cielo. Mis ropas estaban enteramente mojadas. Me desnudé y las colgué al mástil, atándolas con la sogueta por temor de que se me cayeran al agua. El sol empezó a calentar mi piel, casi a curtirla, y recordando el efecto de las quemaduras solares me envolví en la vela de lona, que estaba recalentada.

Por momentos me acordaba del Marinero y de su extraña conducta. No podía quedarme duda de que se había suicidado, porque el motor y la madera guardaban rastros de sangre coagulada; pero aquel horrible suceso, debido a su vertiginoso desarrollo, me parecía distanciado de mi situación presente por un espacio de tiempo inmenso. Para mejor expresarme diré que no lograba conectarlo con la realidad que yo estaba viviendo. De mí no quedaba más que un instinto a la expectativa. No pensaba en nada, y más tarde he recordado frecuentemente esa etapa terrible.

¿Qué se hicieron en aquellos momentos los conocimientos que adquirí en la escuela, las teorías respecto al mejor modo de vivir y filosofar? Me olvidé completamente de todo, fui un animal en exclusiva relación con el horizonte, la luz y la temperatura.

Miraba el confín en todas direcciones porque de allí podría venirme la salvación, y cuando más escudriñaba el horizonte más importante me parecía, y hubiera dado toda la ciencia del mundo contenida en los libros si a

górico databa de un suceso casi absurdo. Nos habíamos encontrado un día yendo por la calle en dirección contraria. El avanzó hacia mí manifestando con estas textuales palabras: "muchacha alegría de encontrarlo nuevamente".

Le dije que yo no le conocía de ninguna parte, y que, además, no experimentaba ninguna curiosidad por saber quién era. Indignado retrocedió en la acera preguntándome a voz en cuello:

—Y entonces, ¿por qué me ha hecho un corte de manga?

Repuse que era un hombre de educación exquisita y que jamás le haría en la calle a un desconocido un corte de manga, y entonces el marinero, guiñando socarronamente un ojo, argumentó que todo ello le importaba muy poco, que en la vida existían cosas más importantes y que la "identificación de las almas magnánimas frente a un vaso de vino le parecía una necesidad formal".

Ello era una clara invitación a que fuéramos a echarnos al estómago un vaso de vino y tomándonos del brazo entramos a un bodegón mugriento. Un muchachón puso ante nuestras narices un botellón de vino tinto, creo que era Nebiolo seco. Bebimos esa botella y después otra. Terminadas las dos botellas salimos a la puerta del establecimiento vinatero y comenzamos a hacerle cortes de manga a cuanto transeunte pasaba, y a ponernos las manos en cornetilla sobre la boca para hacer un ruido semejante al que producen los gases que expelen los intestinos.

Se indignó el dueño del hostel y a empujones nos apartó del umbral de su comercio, brutalidad que nosotros aceptamos porque comprendimos que la vida encierra "cosas más profundas". Haciendo esos avances por las calles y el Marinero durmió esa noche como un fardo de pasto (si un fardo de pasto puede dormir), tendido en el piso de mi cuarto.

Desde ese día nos hicimos amigos.

Y ahora que se presenta la oportunidad de presentarlo diré que era un truhán grandote, con el cuerpo desde la cintura a la nuca echado hacia adelante. Le cruzaba la mejilla, desde la sien hasta un lunar del mentón, una tremenda cicatriz de cuchillada, en cuya señal livida no crecía pelo de barba. Afirmaba que lo había marcado así un gigante de las Tierras Verdes, que están al otro lado de las Tierras del Espanto, pero el cronista supone con no escasa razón que semejante tatuaje le había sido inferido en una riña de rufianes, pues sólo en las historias antiguas se encuentran mención de gigantes y ellas son inexactas, como todo el mundo sabe. Por otra parte, si era un gigante el que había reñido con él, ¿por qué utilizó cuchillo? Por su propia condición, un gigante para quitarse de adelantea un desvergonzado no necesita utilizar un cuchillo.

Salvo el detalle de la cuchillada y sus alocados ojos grises, nada revelaba en él costumbres que no merecieran adornar la figura de un caballero. Él, como si sospechara este detalle, en vez de refugiarse en una isla desierta, vivía casi constantemente en tierra, en el alto cuarto de una casa cuya construcción había sido interrumpida cuando los carpinteros colocaban los marcos de las puertas. Se subía al cuchitril mediante una escala de sogas, y él pasaba la mayor parte del día sentado a la sombra fría de la muralla roja, gargajeando negro y trenzando y destrenzando una soga entre sus manos más duras que manoplas de cuerno.

No podía negarse que en otros tiempos viajó. Sin embargo, no le agradaba mucho referirse a su pasado. Alguna vez supuse que había sido pensionista en uno de los presidios de Nueva Caledonia, pero como soy sumamente discreto jamás me permití preguntarle nada, y él, por otra parte, tampoco me hubiera contestado, porque observé que, correspondiendo ampliamente a mi discreción, no me contaba absolutamente nada. Pero, a

cambio del silencio que guardaba respecto a su vida, era generoso en otras direcciones, y así me enseñó los tatuajes que le adornaban el cuero, dibujos variados y extraordinarios. En el pecho, por ejemplo, tenía un elefante tendido de espaldas y atado por las cuatro patas a cuatro palmeras, mientras que en el vientre del paquidermo una pareja de monos bailaba un can-can acompañado por una orquesta de negros flautistas. En su brazo izquierdo en cambio se veía una mujer corriendo con cuatro pies, perseguida por un monstruo medio hombre y medio caballo. En el brazo derecho exhibía una marina, cierto trozo de oleaje verde-azul en el que flotaba un salvavidas con un hombre que fumaba una pipa sentado en él. A pesar de su piel decorativa, el hombre vivía castamente y amaba a los pájaros de plumas rojas, verdes y amarillas.

Su orgullo estribaba, como dije antes, en reírse de los peces de colores y en afirmar que todos los capitanes que surcaban los mares eran unos barbianses ignorantes de la geografía de las Tierras del Espanto, mareados por la Rosa de los Vientos, que no era una rosa sino un círculo flechado de puntas sin perfume.

Si se le preguntaba si había visitado la Tierra del Espanto respondía que sí, y, además, que el día que él y yo tuviéramos simultáneamente voluntad, me conduciría hasta la Taberna de los Perros Ahogados, lugar en donde se daba cita la canalla más conspicua de los tres grandes puertos del mundo.

Con sorprendente seriedad aseguraba que el canal perdido estaba bloqueado en su trayecto por malecones sucios y apestados. Entre altos yuyales se pudrían cajones de automóviles cuyos dueños habían quebrado. En las solanas, descomunales vagabundos dormían con la panza al sol, o se divertían organizando carreras entre los piojos gordazos que se quitaban del sobaco, aunque los piojos preferidos para tales carreras eran los que se criaban en el ombligo.

Varios vagones abandonados en los desvíos habían sido convertidos en tabernas donde bailaban, al son de *jazzbands* furiosas, desteñidas *girls* que habían fracasado en Hollywood y el Marinero afirmaba que el hombre de mar que bebía el maldito vino de la Tierra de los Espantos terminaba casi siempre su carrera carbonizado en la silla eléctrica o desvertebrado de una puñalada traperera.

Más allá de la costa y de los desvíos se extendía un desierto cruel, totalmente vitrificado, que en vez de seguir la ley de curvatura terrestre, se prolongaba liso y recto hasta el infinito.

Un fabricante de espejos, — decía él — con un buen juego de diamantes, podría cortar allí la suficiente cantidad de cristales como para ornamentar todos los bares de la tierra.

Tanto le entusiasmaba la idea que un día, encontrándose escaso de dinero, fué a visitar a un vidriero pequeño que vivía en el barrio para proponerle el negocio; pero, sea que el otro estuviera aquel día de muy mal humor, sea que el haber nacido cojo y tuerto le ponía fuera de sí, el caso es que el vidriero, escamado, casi lo hace encarcelar al Marinero bajo la acusación de tentativa de estafa. Era cosa de reír bienamente, porque nunca se imaginara nadie que podía almacenarse tanta cólera como aquella que tenía comprimida en su cuerpo chiquitín el vidriero cascarrabias.

A su vez el Marinero se puso tan furibundo que quiso querellar ante los Tribunales al vidriero por calumnias e injurias y durante muchos días me divertí con los bufidos que le provocaba su indignación.

Para apartarlo de la línea de su furor muchas veces le pregunté en qué paraje de la ciudad se encontraba la Taberna de los Perros Ahogados, pero él se abstuvo de contestarme, y sólo una vez, entre dientes, me dió a entender que todos los insignes rufianes de cuya amistad se enorgullecía eran unos esperpentos momificados

por el salitre y el yodo de los vientos marinos. Entendí entonces que la susodicha vinería era la taberna de los marineros muertos.

Ateniéndome estrictamente a su relato, pues nunca visité la tal taberna, los diques rebalsaban allí de fango y agua podrida. Carcomidas por el óxido, las grúas enrojecían bajo un cielo de azul lejía. Una chata de hierro encallada en el légamo se había convertido en un vivero de ratas atroces. Por la noche, las más gordas, a la luz de la luna, bailaban sobre dos patas, y el Marinero afirmaba que ni él, "ni siquiera él", se hubiera atrevido a poner un pie en tal lugar. Más allá se dilatava el desierto negro y ardiente como la sed... y de aquello era mejor no hablar por un montón de razones. Por otra parte, cualquier lector medianamente inteligente se dará cuenta que el relato del marinero, en su segunda descripción de las inmediaciones de la Taberna de los Perros Ahogados, se contradice con la primera.

De lo dicho se desprende cuán extraordinario bergante era el Marinero y qué doloso en sus relatos, a los cuales no hubiera prestado la menor atención si, contra toda razón de prudencia y sentido común, no me hubiera embarcado una noche con él en una de esas fermentadas lanchas con las que se hace la travesía de los canales del Tigre.

Ocurrió que, habiendo quebrado el vidrierito (a quien en otra oportunidad me referí) y sido enviados todos sus bártulos a un remate judicial, para festejar el acontecimiento el Marinero me invitó a beber. Soy culpable, y lo reconozco, de no haberme comportado morigeradamente en aquella época, y, más rápido de lo que pudiera creerse, me embriagué a tal punto que cuando el Marinero me invitó a ir a conocer la Taberna de los Perros Ahogados asentí complacido, pues esperaba burlarme de él haciéndole creer que admitía sus historias de imposible comprobación, y nuevamente para festejar el flamante acontecimiento volvimos a beber, y tanto bebí que, de pronto, en el mismo despacho de bebidas comencé a vomitar como un búfalo atiborrado de agua.

No hice el menor caso de aquella advertencia que un temperamento religioso pudiera llamar divina, y empecinado en que borracho o fresco visitaría igualmente la Taberna de mi curiosidad, me apresté a seguir al Marinero, quien, y ahora verán ustedes qué pajarraco era, hurtó, en un descuido del mozo del almacén, la filosa cuchilla de cortar fiambres y se la echó entre la camisa y el pecho.

Sacamos dos boletos en la estación de Retiro, y cuando llegamos a Tigre había anochecido por completo. Cruzamos algunas calles de tierra y pronto llegamos al cobertizo donde tenía su lancha, equipada con un pequeño motorcito a nafta, y una "vela para ayudar al motor cuando se enfermaba". Me abstengo de describir aquel catafalco cochambroso e indecente que el marinero llamaba "mi transatlántico". El transatlántico honestamente descrito era casi casi una batea munida con un motorcito portátil fijado a la proa con tres tuercas de las llamadas de "mariposa". Un mástilcito asegurado por una tabla atravesada que simultáneamente servía de asiento, soportaba un rectángulo de lona.

No queda duda, después de lo que he descrito, que con semejante cachivache no podía irse muy lejos, pero el estado de incoherencia en que me encontraba no me permitió rechazar rotundamente la aventura, y un cuarto de hora después de haber descendido en el Tigre estábamos en marcha hacia la famosa Taberna.

Navegamos entre murallas de sombras formadas por los boscajes de las islas (no había luna), y yo apretaba el cabo de mi pequeña pistola automática, en el bolsillo, no porque tuviera miedo del marinero sino porque todos los héroes de aventuras que yo había leído esgrimían su revólver en el bolsillo, con completa ignorancia del compañero que siempre se ocupa en algo.

Y es cierto y lógico que si en el desarrollo de una

aventura uno de los protagonistas está papando moscas, el otro se encuentre ocupado, y tal era mi caso. Navegamos, el marinero junto al motorcito que resoplaba como el de una motocicleta y yo junto al timón, cuando de pronto ocurrió el hecho horrible y rápido. El marinero se puso de pie, de entre el pecho extrajo con un brusco movimiento de brazo la cuchilla de cortar fiambre y levantándola a la altura de su mentón se cercenó la garganta con ella.

Permaneció un instante de pie junto al motor; luego, con los brazos abiertos, cayó de espalda al agua. Yo, instintivamente, me lancé hacia él, golpeé la cabeza en el mástil y me desplomé sobre el travesaño, no sé si desvanecido del golpe o de la conjunción de éste con los residuos de la embriaguez y la impresión que me produjo la explosión de aquel acontecimiento.

Cuando desperté, intuitivamente comprendí que ya no estaba en el canal, y esta intuición despojada de razonamiento, lisa y fría, precipitó tal magnitud de desesperación a las compuertas de mis nervios que me sentí casi proyectado fuera del planeta, como si hubiera recibido la descarga de un cañón neumático. Anonadado me dejé caer en el fondo de la lancha y apoyé la cabeza en el travesaño de madera, insensible al colchón de agua que bajo mi cuerpo estaba en el fondo de la embarcación.

Una temperatura tierna y repugnante brotaba de mis sentidos hacia las sienas. Simultáneamente mi cuerpo comenzó a sudar.

Aspiraba aire entre los labios entreabiertos por la relajación muscular. Subía y bajaba en una superficie elástica que abarcaba hasta la última pulgada de mi carne y entonces, súbitamente espantado, me dejé caer en el fondo de la canoa, y aunque el agua que en su cala había me bañaba horizontalmente medio cuerpo, me dejé estar allí, con horror de mirar el espacio de afuera, y durante muchas horas permanecí así, tendido como en el fondo de un ataúd húmedo, golpeando con los flancos las paredes de la madera del falucho, indiferente al castigo que sufría mi cuerpo, porque adentro de él había una armazón más viscosa y blanda que padecía una dislocación revulsiva.

Luego volví a dormirme, o a perder tan totalmente la conciencia que cuando desperté era bien entrado el día, aun cuando no podría precisar la hora. El sol caía perpendicularmente sobre la canoa de maderos sucios que oían a pescado, y hacia donde se miraba la extensión verdosa tocaba la base circular de la cúpula del cielo. Mis ropas estaban enteramente mojadas. Me desnudé y las colgué al mástil, atándolas con la sogueta por temor de que se me cayeran al agua. El sol empezó a calentar mi piel, casi a curtirla, y recordando el efecto de las quemaduras solares me envolví en la vela de lona, que estaba recalentada.

Por momentos me acordaba del Marinero y de su extraña conducta. No podía quedarme duda de que se había suicidado, porque el motor y la madera guardaban rastros de sangre coagulada; pero aquel horrible suceso, debido a su vertiginoso desarrollo, me parecía distanciado de mi situación presente por un espacio de tiempo inmenso. Para mejor expresarme diré que no lograba conectarlo con la realidad que yo estaba viviendo. De mí no quedaba más que un instinto a la expectativa. No pensaba en nada, y más tarde he recordado frecuentemente esa etapa terrible.

¿Qué se hicieron en aquellos momentos los conocimientos que adquirí en la escuela, las teorías respecto al mejor modo de vivir y filosofar? Me olvidé completamente de todo, fui un animal en exclusiva relación con el horizonte, la luz y la temperatura.

Miraba el confín en todas direcciones porque de allí podría verme la salvación, y cuando más escudriñaba el horizonte más importante me parecía, y hubiera dado toda la ciencia del mundo contenida en los libros si a

cambio de esa ciencia me hubiera sido permitido adquirir la salvación de mi cuerpo.

De pronto recordé que tenía sed. Me incliné hacia el fondo del maldito barquichuelo que me llevaba, en cuyo fondo había aproximadamente cinco centímetros de agua. Sorbí de bruces aquel brebaje insípido, ligeramente amargo, y volví a sentarme en el travesaño apoyando la espalda en el mástil y espiando el horizonte.

Pero poco duró mi presencia de espíritu. Nuevamente sentí que desfallecía. Mi voluntad se desmoronaba; de mí no quedaba una célula viviente que no se desvaneciera en una particular desesperación.

La canoa, siguiendo el vaivén del oleaje, me disolvía en el espacio, y sólo esperaba morir, porque había renunciado a la vida en la certeza de que ninguna salvación podía esperar, ya que en ningún punto del espacio distinguía circular una sola muestra de tráfico marítimo.

Con los párpados entrecerrados, tendido junto al mástil al cual terminé por atarme con el cinturón de cuero

sed y de la fiebre, y en ese momento me parecía natural caminar encima de las olas; había gritado demasiado tiempo llamando a una sirvienta para que me trajera agua, y como ésta no venía y yo escuchaba mis propios gritos, por lo que no me cabía duda de que no querían servirme, me incorporé penosamente al pie del mástil para desatar el nudo. Fué en ese instante que comprendí que era de noche. Si la sirvienta no me atendía debíase a la noche, y recuerdo con precisión que me reproché haber sido un injusto con la sirvienta. La negrura del mar parecía un túnel vacío dispuesto a tragarme; íbame a lanzar a su fondo cuando descubrí una masa inmensa resbalando despaciosamente sobre el mar. En aquel instante salió la luna y en su fondo amarillo se recortaron dos cañones de gran calibre y dos chimeneas oblicuas; entonces, un sobresalto de alegría espantosa, inaudita, me hizo gritar. La dirección del viento empujaba mi canoa hacia la mole de acero que trazaba un mosaico negro en la superficie



añadido al cabo de sogas que servía para atar la vela, miraba la distancia verde-gris repetida en cada pulgada por una ondulación rizada de espuma, y unas veces en lo alto de una de aquellas pequeñas olas, otras en lo bajo, me sentía un microscópico juguete del infinito, nada podía hacer contra él.

Perdi varias veces el conocimiento. Incluso ignoro cuántos días me encontré en situación semejante, porque a veces abría los ojos y el sol estaba bajo y resplandecía como una ascua de oro, y otras, en cambio, rojizo como un disco de cobre, entre nubarrones violetas, aparecía furtivo ante mis ojos que volvían a cerrarse.

La última vez que desperté sentí un dolor terrible en la cintura. Me miré y descubrí horrorizado que la correa me había cortado profundamente la piel en su roce incesante. El agua, al mojarme, me producía la sensación de una quemadura. Tenía la lengua enormemente hinchada y rota. Me desaté para echar a caminar por el océano. Tal era mi propósito, pues estaba delirando de la

movediza y plateada del agua, y es indecible describir lo que sufrí durante aquellos minutos, porque sin poder apreciar la velocidad del acorazado ni la del barquichuelo que me llevaba, se me figuraba que la mole desaparecería antes de yo llegar a ella, mas como mi barquichuelo no seguía una trayectoria recta sino oblicua, recuerdo que cuando llegué al corredor de sombra que la nave trazaba sobre el agua de plata, recibió el envión de la estela que la desplazaba, y si no hubiera habido una escala de cuerda caída a un costado yo no sé cómo me hubiera valido.

Cierto que mis energías eran escasas, pero la esperanza de poder beber mil litros de agua, inflamó los músculos de mis brazos; la boca se me llenó de saliva mientras pensaba en los mil litros de agua y con los brazos tendidos aguardaba que la muralla de acero con la escalera pendiente pasara frente a mis manos. Cuando ésta pasó recuerdo que me tomé fuertemente de un travesaño de madera y como si no confiara en la ener-

gía de mis brazos, mordí el travesaño, y así trepé hasta arriba, y cuando llegué me dejé caer en la fría chapa de acero del puente, y recuerdo que estaba humedecida por el rocío nocturno, y que me puse a lamer lentamente la chapa de acero y que creía morir-me de felicidad, y que no bebía tan sólo con la boca o los labios o la lengua, sino que abría las manos y las restregaba en el piso de acero elevado y húmedo, y hasta la piel de mis manos bebía con tanta avidez la sensación de frescura como mi boca.

Esto me reanimó lo suficiente para ponerme de pie, y tambaleándome miré sobre mi cabeza dos cañones cónicos proyectando desiguales conos de sombra en el puente gris de acero.

Indudablemente aquel era un barco de guerra. En lo alto de una torre de combate un marinero de espaldas miraba hacia el lugar en que subía la luna, y entonces, tambaleándome, busqué la entrada al corredor de camarotes. Una mortecina lamparilla eléctrica iluminaba una entrada, y hacia allí me dirigí. Todas las puertas de los camarotes estaban cerradas, pero en el suelo, al fondo, se veía una mancha amarilla de luz. Como estaba descalzo caminaba sin hacer ruido y al llegar a la puerta del camarote me detuve, pues un oficial, de espaldas, con la cabeza inclinada, parecía estudiar algo en un inmenso plano que caía hasta sus rodillas desde una mesa.

—Permiso, señor — murmuré. — Soy un náufrago.

Pero el oficial debía ser algo sordo porque no me escuchó.

Cuando ya iba yo a entrar ocurrió algo sumamente singular. El oficial giró sobre sí mismo y al hacerlo vi horrorizado que bajo la visera de su gorra no había una cabeza humana sino una calavera, y que las manos del esqueleto tomaron un compás...

Retrocedí espantado.

Buscando por donde salir vi a un marinero, a un esqueleto vestido de marinero que avanzaba por el pasillo. Pasó por mi lado sin mirarme, se cuadró frente a la puerta, llevó una mano a la altura de la sien y rigurosamente cuadrado habló en un idioma desconocido con el oficial de adentro. Mientras hablaba pude leer en la cinta de su gorra el nombre de: "La galera ga-leota".

No me quedaba ya ninguna duda. Había caído en el acorazado fantasma. Seguí a lo largo del pasillo, una puerta estaba semientreabierta, ensayé la última prueba, y tuve que rendirme a la evidencia.

En el comedor de los oficiales siete esqueletos, uniformados, con la graduación en las bocamangas, reían en torno de una mesa servida de licores, y juro que era sumamente curioso ver esos dedos de huesos amarillos cogiendo los vasos de licor y echándoselos al colete mientras los maxilares rechinaban unas palabras endiabladas que deduje eran alemanas.

Y aunque la puerta crujió al abrirse y yo me detuve en el centro de ella, ninguno de ellos se dió por aludido. En aquel instante mi sed era tanta que no vacilé en acercarme a la mesa y tomar un botellón de agua, poniéndome a beber frente a ellos, pero ninguno de los bebedores aparentemente se enteró de mi acción. Después de vaciar el botellón tuve nuevamente mucha sed y cogí un botellón de cerveza; bebí hasta que, medio mareado, caí sobre una silla, junto a un oficial que colijo sería teniente de navío. Fumaba una nauseabunda pipa, y quedé entre él y otro esqueleto cuya dentadura era de oro. Más atención hubiera provocado en ellos una ráfaga de aire que mi presencia.

Pero todos estos hechos distintos, el dolor que aun me causaba la piel rasgada en la cintura, la sed satisfecha, luego la cerveza, me produjeron un bienestar optimista. Resolví que, habitado el acorazado por esqueletos o seres humanos, el hecho carecía en sí de importancia siempre que yo me encontrara a salvo. Saliendo del comedor pensé (¡qué curioso es el mecanis-

mo cerebral!) que posiblemente estuviera delirando a consecuencia de los sufrimientos pasados, que nada tendría de improbable que me encontrara en un acorazado real, y que a consecuencia de la fiebre... Luego mi pensamiento perdió su ilación, abrí la primera puerta que se puso al alcance de mi mano, me tiré sobre una colchoneta e inmediatamente quedé dormido.

Cuando desperté tenía la boca pastosa y un dolor de cabeza extraordinario. Me dirigí por el corredor hacia el comedor de los oficiales; no había nadie. Abrí un trinchante, y descubrí un frasco de cerveza y un plato con manteca y pan negro.

Recién entonces me di cuenta que estaba completamente desnudo, pues en el momento de descubrir el acorazado fué tal mi extraordinaria alegría que no se me ocurrió ni remotamente vestirme con la ropa que había colgado para secar al sol. Me inspeccioné el cuerpo encontrándome llagado. La cuerda con la cual me atara me había abierto una herida en la cintura. Dí en pensar que, por más fantasma que fuera el acorazado, no era posible circular desnudo entre espectros; quien sabe qué podrían suponer de mí. Tales eran mis escrúpulos terrestres. Meditando me senté en el sillón del comedor de los oficiales y me dije una vez más que sólo mi conducta irregular me había arrastrado a tales aventuras, porque si yo hubiera sido un hombre respetable, un hombre que gastara calzoncillos de franela en vez de encontrarme ahora solo y perdido a bordo de un barco fantasma, me encontraría en el seno de mi familia, posiblemente sentado a una mesa real, disfrutando de los bienes concedidos a los hombres honestos. Recordé los consejos que en la escuela me prodigara una santa y digna maestra, me acordé de los avisos que las compañías de seguros insertan en los tranvías en los que aparece un padre en compañía de dos párvulos escrupulosamente peinados, sentados ante una mesa tomando su café con pan y manteca, mientras los niños le señalan al padre, por la ventana, un truculento vagabundo que pide limosna porque no practicó la santa virtud del ahorro, e involuntariamente me golpeé el pecho con las manos. Todo ello me ocurría por haber dejado de tratar a las personas respetables y alternar a bordo de un acorazado fantasmagórico con oficiales esqueléticos, cuando a esta misma hora podía encontrarme en una mesa de café, tomando el vermut en compañía de dos respetables cretinos que me hablarían del estado de sus respectivas esposas o del engorde paulatino de sus primogénitos. A eso conducía la mala conducta. Ese era el resultado de no tener principios morales ni religiosos. Tanto me afligió ello que repetidas veces insulté a Dios, pero como mis inauditas blasfemias no podían remediar mi situación y yo estaba desnudo, más desnudo que Adán, resolví que la primera dificultad a salvar era la de proporcionarme ropa, y entonces, abandonando el diván de cuero, me dirigí a la camarera donde noches anteriores se encontraba el oficial esquelético estudiando el plano marino.

La puerta de la camarera estaba cerrada; llamé varias veces con el nudillo de los dedos, pero como nadie salía a abrirme me introduje en ella comprobando que se encontraba desierta. La carta marina se encontraba en el mismo lugar de la primera noche, pero descubrí en un rincón una maleta de cuero. La abrí y en su interior vi un ramo de flores secas, dos camisas de lana y un uniforme con las insignias de capitán de corbeta, que me apresuré a enfundar. El uniforme me venía excesivamente holgado, mas se trataba de cubrir mi desnudez y no de presumir de elegante, y así trajeado salí descalzo a la cubierta. Aunque tenía la sensación del movimiento de la nave en mi cuerpo, constaté con sorpresa que el acorazado no se movía. Permanecía quieto en medio de una noche azul, amarrado a la orilla de una tierra alta y amarilla.

No sé por qué motivo se me paralizó durante un ins-

tante el corazón al contemplar esa tierra alta y amarilla en la que proyectaba su funesta sombra el acorazado solitario, y nuevamente me acordé de los avisos de las compañías de seguros y de mi vida irregular, y experimenté un gran remordimiento, porque una cosa era gustar las aventuras y sentirse aventurero sentado en una cómoda poltrona, mientras el viento lanza la lluvia sobre los cristales de una habitación caliente, y otra la de participar como protagonista en una maraña de situaciones absurdas. Yo era un hombre de paz, y sólo un fabricante de ladrillos podía encontrarse a gusto en presencia de esa costa de greda, siniestra como un madero. Nuevamente me golpeé el pecho con ambas manos, y luego, con los brazos cruzados, los dedos rígidos que sobresalían fuera del cuerpo y la cabeza caída sobre un hombro quedé en la cubierta de la nave de guerra como un fantoche. La noche curvada y terrible sobre el océano que cabrilleaba en la distancia parecía cerrar un círculo de vida; era indudable: yo me había perdido para siempre. Y todo por no practicar las virtudes del ahorro y por burlarme de los hombres que respetan las leyes.

Sin embargo, yo no era culpable. Constituía el tipo del pequeño burgués aburrido y un poco cínico a quien su mala pata embarca en sucesos irrisorios. De este modo fui adueñándome de la situación en lo referente a mi tranquilidad y como no era posible pasarse la noche de brazos cruzados sobre el puente de comando, y, además, como nadie me lo impedía, bajé a la tierra amarilla por una escalerilla de madera. Un silencio fantástico, casi sonoro como presencia de una aparente detención de la vida, colmaba la soledad redonda.

Eché a caminar. Era mi único recurso. De la tripulación del acorazado no podía esperar nada, pues dada su naturaleza espectral, no podían informarse de mi existencia. Además, ya me encontraba en tesitura de aceptar lo absurdo. Esto no era tan divertido como en las novelas de aventuras donde todo se presenta a gusto y paladar de los protagonistas, y lo que deseaba era apartarme de la nave siniestra, sentarme en cualquier rincón de aquella costa amarilla, mirar el océano y decirme a mí mismo con el mejor de los talentos:

"Bueno, aquí estoy porque he venido".

Cierto que mi familia se afligiría, cierto que la desaparición de aquel marinero truhán provocaría un toletole mayúsculo, cierto que mi jefe de oficina clamara una vez más contra mis costumbres disolutas, pero yo no era culpable de todo lo que ocurría. Al propio Dios padre, puesto en mi situación, no le hubiera quedado otro recurso que cruzarse de brazos y decirse que el mundo se pasara sin él.

La aventura no tenía lógica. Esto ni se discute. Carecía de esa elegancia manufacturada para los sucesos novelescos, pero ni yo podía echarme a cuestras el barco de guerra ni trabar una descomunal pelea con los oficiales del mismo, ni descubrir una mina de oro. En el peor de los casos mi posición se asemejaba, aunque no se quiera admitirlo, a la que puede ofrecérsele a un buen hombre que toma un tren, pierde el boleto, lo desembarcan en una estación vacía diciéndole de paso:

—Que te las arregles con buena suerte porque la empresa no admite el traslado gratuito de vagabundos.

¿Qué hace un hombre a quien le ocurre tal percance?

Pues, si no es un papanata, rascarse tres minutos seguidos la punta de la nariz y otra la punta de una oreja, levantar un plano mental del edificio de la estación, tratar de congraciarse con el primer perro que pasa, y luego echar a caminar dulcemente por el pueblo desconocido para enterarse de cómo marcha el mundo allí.

Y eso es lo que hice.

Comencé a marchar alejándome del acorazado por un camino perpendicular a él. Como dije, iba descalzo.

La tierra sumamente liviana tendía un almohadillado bajo la planta de mis pies, y a no mucho andar dis-

tinguí a otro hombre que caminaba con el mismo paso tranquilo que el mío y que no parecía tener mayor apuro ni nada que se le pareciera. Le chisté repetidas veces hasta que se dió por notificado; cuando volvió la cabeza le hice señales con el brazo. Siguió caminando unos pasos y volvió nuevamente la cabeza; al fin optó por detenerse y cuando llegué a él descubrí que era un negro de cabeza redonda y motuda. Llevaba colgado del cuello, de la forma más pintoresca, un par de guantes. Él, a su vez, al descubrirme uniformado, me saludó cuadrándose al tiempo que decía:

—A la orden, mi capitán.

Lo honesto en esa circunstancia era confesarle que no era capitán ni nada semejante, pero pensé que mucho mejor sería aceptar tal trato, y, entonces, dándome cierto tono, le pregunté hacia dónde iba y qué le ocurría.

Se puso a mi lado para explicarme que echó a andar por el mundo porque la comisión de boxeo de su país lo había descalificado por unas sucias peleas de las cuales él no era en absoluto culpable, sino el "otro y su menager".

Dándomelas de entendido le contesté que no se afligiera, que yo podía recomendarlo cuando llegáramos al próximo poblado, y que allí tendría peleas a granel para efectuar, pues no me cabía duda de que "mis marineros habían llegado".

Me preguntó él a su vez qué era lo que me ocurría y le contesté que la nave a mi cargo acababa de sostener un recio combate con dos *dreadnoughts* y que, al fin, desmantelada por tres torpedos, se había hundido en el océano, desde donde todavía con una ametralladora había continuado haciendo fuego sobre mis enemigos hasta que no me había quedado otro recurso que huir hacia tierra.

Sosteníamos este diálogo no de manera forzada, sino lenta, y el boxeador, al tiempo que yo hablaba, movía la cabeza y preguntaba ingenuidades.

Después le pedí noticias de todas las peleas sucias y limpias que había tenido en su vida, de sus éxitos y sus proyectos, pero, sumamente lerdo de ideas, se limitó a mostrar la media luna de sus dientes entre las negras bananas de sus labios.

Si de primera intención me alegré de encontrarme con el negro, diez minutos después de caminar con él, estaba profundamente aburrido, pues el negro, salvo sus historias de cómo había perdido o ganado y de referencias sobre jurados que conocía y menageres que no me interesaban, no tenía nada que decir ni ganas tampoco. Caminaba como si estuviera haciendo footing, con la sogá de los guantes cruzada sobre la espalda y un puño de cuero en el pecho y otro sobre el riñón siguiendo el ritmo de sus pasos.

De tiempo en tiempo el negro volvía la cabeza hacia mí, miraba mis galones dorados y sonreía admirativamente, luego levantaba los puños a la altura de los codos, cimbreaba el torso y hacía un medio round de sombra en el aire, caminando. Este ejercicio, supongo efectuado en mi obsequio y para que me formara una alta idea de su persona, resultaba divertido en los primeros mil metros recorridos, pero al comenzar el segundo kilómetro el negro se me hizo insoportable. Para sacármelo de encima, como se dice vulgarmente, deteniéndome un momento en la llanura amarillenta, le señalé una dirección y le dije que caminando hacia tal parte se encontraba la ciudad hacia donde marcharon mis marineros.

No sé si el negro estaba tan harto de mi compañía como yo de la suya, el caso es que me entendió y empezó a marchar en dirección contraria a la que seguí después. Caminar significa adentrarse en la cabeza una especie de incoherencia que sobreviene cuando a pesar de la fatiga se continúa moviendo las piernas. Tal me ocurrió.

Sin embargo, no tardé en alegrarme, pues obser-

vé que la llanura amarilla cambiaba de color, tomando un matiz verde claro. Por singular correspondencia, el cielo, negro sobre la otra llanura, azuleaba aquí. Se distinguían las primeras estrellas, lo que me infundió extraordinarios ánimos porque el espectáculo tenía una similitud terrestre. Nuevamente mi pasado y sus momentos sombríos quedaron relegados a la zona del sueño, que puede o no haber ocurrido, porque ¿quién se preocupa de averiguar qué grado de verosimilitud contiene un suceso que se nos figura un sueño y que, además, deseamos que lo sea?

De pronto tuve la certeza de hallarme en otro mundo, aunque la llanura herbosa era continuación de la anterior. Y era otro mundo porque súbitamente desapareció la pesadez de mis miembros y ya no experimenté fatiga.

Avanzaba ágilmente por un prado verdinoso. Claras estrellas fustigaban de luz remota, de manera que aunque yo sabía que era de noche, el paraje aparecía envuelto en claridad celeste. Esta luz parecía justificar cualquier armonía que un instrumento hubiera vibrado, produciendo la sensación de que ondulaba a ras de tierra. Quizá entre hojas secas o nacimiento de hierbas.

Localizando aquel paraje, puedo decir que yo avanzaba hacia el norte, mientras que al noroeste aparecía suspendida en el espacio, la arquitectura fina y curvilínea de un palacio cuyas galerías estaban abiertas hacia el oeste.

No caminaba apresuradamente como alguien erróneamente pudiera creer, sino que avanzaba despacio, con el cuerpo excesivamente tieso, pero retrasando el inevitable encuentro que "tenía" que sobrevenir. ¡Porque sabía que me encontraría con alguien!

Persistía en mí una sensación de dulzura, tal si hubiera sido reducido a las condiciones de una criatura que sabe que no puede recibir mal de nadie.

Hacia mucho tiempo que no gustaba un placer físico total, semejante a éste, desparramado por las hinchadas venas de mis brazos, que subía desde mis rodillas hasta mis iliacos, como aquella sensación que puede nacer de la ejecución de un sortilegio. Sí, en cierto modo me encontraba parecido al hombre que mediante un hechizo ha neutralizado una enfermedad mortal aposentada en las capas más profundas de su alma.

LAS SIETE JOVENCITAS

Claro que mi alegría no era completa en lo que atañe a las virtudes intelectuales porque sabía que conducía elementos de inteligencia humana que posiblemente allí, en esa zona azul, no serían tolerados.

Simultáneamente me reconfortaba la presencia del palacete con sus galerías abiertas y las especies de bosquecillos que formando manchas circulares permitían colocarse respecto al paisaje de manera decorativa sin desentonar con él.

Y aunque andaba, como dije, erguido, pero retrasando el momento de llegada, no avanzaba gran cosa. Esto, en vez de alarmarme como me hubiera ocurrido en circunstancias terrenas, me alegraba.

Evidentemente, estaba satisfecho, y, además, asombrado de poder estarlo.

Hacia mucho tiempo que ignoraba un tan total estado de ingenua alegría, festividad espiritual y animal que ponía a mi alma en un estado de sensibilidad tan supernatural que involuntariamente escuchaba la música de la hierba. Bajo los pies desnudos sentía deslizarse, rozando la tierra, una ondulación de aire espeso. A su vez la música de los bosquecillos tenía notas graves, cobrizas, de manera que el sentimiento de religiosidad que naciera en mí o en cualquier otro visitante no pudiera ser excesivo, sino ligeramente serio y adecuado a la coloración nocturna que arropaba todo.

De pronto resolví detenerme. No porque estuviera

fatigado, sino porque maliciosamente pensé que más me convenía retrasarme. Me senté en un banco de piedra dando las espaldas oblicuamente al palacete.

Un agradecimiento extraordinario brotaba de mí hacia el misterioso protector que me había encaminado hacia esa espesura donde yo distinguía formas de arquitectura terrestre. Comprendía que eran simplemente aparentes, porque en el país de los espíritus no son necesarios los palacios, y si ellos existen son únicamente sombras destinadas a decorar la perspectiva y a dejar ligado al visitante reciente por un cordón de belleza a su patria planetaria.

¿Qué alma se había ocupado de mí desde tan prodigiosa altura?

Yo no necesitaba nada más que aquel respaldar de granito.

Me era suficiente la paz aplomando mi cuerpo en el banco de piedra, la quietud de la noche, la música que a ras de tierra ondulaba sin mezclarse nunca a los tonos bajos de los bosques de frente redondeado, y donde se entremezclaban y se superponían las notas de los árboles, con tal simetría que un oído mucho más aguzado que el mío hubiera podido discernir entre el sonido del abeto y el del ciprés o la retama. Albergaba naturalmente ciertos escrúpulos.

¿Cómo me recibirían las almas que me esperaban? ¿Me reprocharían el suicidio del marinero y el abandono del boxeador negro? A mis escrúpulos se mezclaba cierta envidia terrestre, porque yo, en aquel instante, uno de los pocos de mi vida, aspiraba a ser perfecto como ellas y sabía que no lo era. Hubiera querido aparecer ante las jovencitas que me recibirían sin tener que arrepentirme de un solo gesto, de una sola falta de delicadeza y sabía que ante las desconocidas únicamente podía salvarme algo que no podía precisar con exactitud a pesar de mi afán de análisis del delirio (porque no queda duda que estaba delirando). Sí, yo llevaba en mí alguna virtud inclasificable, que, a pesar de su potencia, me hacía sufrir. Sabía que algunas almas estaban aguardando mi llegada y me sentía indigno de ello, pero, al mismo tiempo, digno, aunque ignoraba en qué secreto radicaban los méritos por los que yo sería acogido tan afectuosamente.

No podía desprenderme de mi naturaleza terrestre. Me sentía hostil hacia alguien, allí; no hostil, le tenía envidia, envidiaba profundamente la belleza de esas almas que estaban por acogerme amablemente, y me arrepentía de mi debilidad, porque hubiera deseado avanzar como hombre a quien toda fuerza le está sometida por ser el mejor.

De pronto las siete almas se desprendieron de la escalinata. Sus voces cristalinas entre el grave tono de los bosquecillos redondos y el ondular del viento espeso a ras del suelo, ponían en el aire un estado de gorgojeo. Sentí que exclamaban:

—Ha llegado nuestro amigo, ha llegado nuestro amigo.

Avanzaban destacándose en el fondo de azul de la noche, redondeadas las cabezas por las largas cabellos. Las vestiduras que les modelaban las rodillas trazaban en el aire siete campanas de colores suaves. Yo no podía apreciar el efecto de los coloridos ondulantes; me detenía en sus rostros, y en cada una de ellas reconocía una expresión de juventud y de gravedad distinta. La generosidad con que me acogían me entristecía.

Ahora, las siete hadas, de pie, en semicírculo, sonreían sin mirarse entre sí, como si las asombrara mi conducta tan poco efusiva.

Mi situación era naturalmente violenta. Siete jovencitas inspeccionándome el semblante, y yo de pie ante ellas, inclinando la cabeza, o desviando la mirada hacia la que era la última a la izquierda, pero cada una me observaba con tan particular afecto que yo no hu-

biera experimentado ninguna dificultad en hablar confidencialmente con cualquiera de ellas, mas no se me ocurría qué decirles viéndolas así reunidas, y continuaba callado.

Fué entonces cuando las siete exclamaron nuevamente y con voces tan graduadas que parecían pertenecer a un coro:

—¿Este es nuestro amigo? Y ha llegado... ha llegado cuando menos lo esperábamos.

En aquel mismo instante experimenté tal cansancio que, retrocediendo, me dejé caer en el banco de piedra. Entonces, me rodearon con pasos danzarines, y cuando levanté la cabeza las siete se agruparon en torno mio; yo las miraba, y el silencio que guardaban me hacía mucho bien, de igual modo que esa claridad azulada en la cual flotaban las cúpulas de los árboles destellando unos verdes de gema metálica.

Estaba seguro, además, de que, de hablar, mi áspera y desagradable voz humana hubiera resonado allí como un chirrido de acero en una placa de vidrio.

Entonces me deleité en observar más de cerca aquellos rostros finos y los rizos que les caían en torno de las gargantas y los puros ojos almendrados con largas pestañas que se entornaban pensativas, y yo no acertaba a preferir si detener mis ojos en la rubia, cuya túnica violácea rodeaba de un hado celestial su carne alabastrina, o si en la morena cuya vestidura color rosa tornaba más luminosa su epidermis de plata. Y las siete, pasando su brazo sobre mi cuello, aguardaban en silencio mirándome fijamente como si hubieran sido mis hermanas, y yo únicamente sentía un gran deseo de llorar y de llamarlas hermanas mías, y no decir más nada, y morir así para siempre.

Una de ellas se apartó de pronto del grupo y mirándome me hizo una gran inclinación, y como yo no soy un grosero me puse de pie y también me incliné llevándome la mano al pecho; en seguida las siete se inclinaron y yo también me incliné, y, entonces, la quinta, que tenía los cabellos como muescas de azabache, volvió a inclinarse y extendiendo una mano me alcanzó un violín. Después que hubo hecho esto se reunió a las compañeras y las siete volvieron a inclinarse y yo también a imitarlas, con mi violín en la mano, estupefacto de hecho, porque yo no conocía música, e incluso ignoraba cómo se esgrime el arco y se coloca la caja en el hombro. Y creo que yo estaba muy bien con mi uniforme de capitán de corbeta.

Mas ellas me contemplaban con tanta insistencia, y yo bebía tan ávidamente la amabilidad que sus ojos vertían en mí, que de pronto comprendí que debía tocar. El sudor brotaba copiosamente de mi frente, pero debía tocar. Me resolví. Apoyé el arco en las cuerdas, y el temblor de mi pulso se transmitió a las crines que arrancaron un módulo largo.

Y simultáneamente las siete se llevaron las manos al pecho.

Me olvidé de mí mismo. Adivinaba mi papel.

Apoyé decididamente el instrumento en el hombro. Hice temblar el arco tres veces. Una magia desconocida guiaba mis dedos. Luego me detuve, completamente dueño de mí mismo: ¿Qué era lo que quería expresar para ellas, las siete jovencitas? Las miré sonriendo, por primera vez. Interpreté el sentido efusivo de las palabras con que me recibieron:

—Ha llegado nuestro amigo.

¡Claro que yo era amigo de ellas, y de sus almas, y de sus sueños! Ese sentimiento lo cantaría en el violín. Mi amistad perfecta, mi alegría flamante, una alborada de desinterés y cierta noche de melancolía plateada. Oprimí el mango entre mis dedos y me lancé decididamente.

Fué primero un trino suspendido, fragmentado en tres tiempos, como el de un pájaro que no se atreve a cantar a pesar de ser dueño de su voz, sin tener la certeza

que hay otro pájaro en la espesura que contestara a su canto.

Después fué un gorjeo más alto, con tonos de oro caliente, y reincidió como si el llamado al otro pájaro solicitara correspondencia; mas el silencio en la espesura era rico de densidad y comprendí que no debía esperar más.

Las siete jovencitas se habían apiñado junto a un árbol y con una mano en el oído esperaban ávidas y cautas, por lo que necesité recurrir al encanto del agua: el violín chasqueó un golpe de cascada en las breñas y el impulso agitado de las ondulaciones se transformó en una linfa larga y fina cuyos meandros trazaba con una facilidad asombrosa.

Luego me desligué de los elementos naturales. Ahora cantaba a mi propia alma.

Era un treno largo, quizá una queja remota, pero disgustado por la reminiscencia la abandoné para recurrir a los sonidos cantarinos, una serie arpegiada de trémolos de plata. Y así como la impaciencia de una garganta de cristal se atora en su propia riqueza, así, densos, superpuestos en polígonos como los que forman los haces de cabello trenzado surgieron tres sonidos únicos. Cual tres médulas de verde, rojo y azul se elevaban en la noche hasta cierta altura para quebrantarse en un mirasol de gotas plateadas, vertiginoso temblor del arco y arañar de los dedos.

De pronto las siete jovencitas se cimbrearon sobre sus cinturas, levantaron una rodilla, y los siete pies iniciaron el compás de una danza acompañada rítmicamente de ligeros movimientos de cabeza.

Me arrojé de lleno en un compás de oro y plata, sollicitación de fuerzas contrarias que terminaba por coordinarse en un sonido que tenía la misma gracia que la inclinación de las siete cabezas sobre el hombro en un abandono femenino.

Rápidamente subí de tono, convertí el módulo espeso en una sucesión de saetas, y, tácitamente, tres de las jovencitas se apartaron hacia un costado, otras tres hacia el otro de la gran galería, y una quedó en el centro, girando, mientras que las notas arrancadas a mi violín subían como saetas, vuelo de notas que la jovencita aislada acompañaba con ágiles saltos en las puntas de sus pies.

Y los sonidos musicales caían luego hacia el suelo, como granos de agua, y los dos tripticos de las jovencitas se elevaban sobre la punta de sus pies, para luego inclinarse con el cuello extendido hacia adelante, mientras que sus seis pies derechos sigzagueaban en el aire una ondulada agitación de agua, y la solista, girando sobre sí misma como una peonza, intentaba lentos vuelos que sus dos brazos postraban como los de un ave que tiene las alas rotas.

Ya no tenía miedo.

Bruscamente interrumpí los stacati para iniciar un campanilleo brusco, horizontal. Ellas, erguidas como estatuas faraónicas, con el mentón paralelo al hombro izquierdo y los brazos en ángulo recto, avanzaban unas veces hacia la derecha y otras hacia la izquierda. Confiado en mí mismo inicié una melodía de sonidos curvados como las muescas de una elíptica, que una vez en el avance lateral las hacía girar con el pie entornado hacia la derecha y otra hacia la izquierda, pero tan rápidamente que las notas parecían alternativos golpes de martillo en un yunque de plata y otro de oro.

Quería superarme. Las inmovilicé con un silencio en la actitud de la danza, posición que era de las siete, tíasas sobre sus pies en puntas, y vertiginosamente pensé en el canto de una alegría pura, la felicidad recuperada, el canto que puede expresarse con los brazos elevados al firmamento y los pies castigando el suelo, y rápidamente desgrané tres sonos graves de atención: las siete me miraron, luego cambié de idea... Quería estar solo, cantar mi exclusiva alegría, regalársela a ellas, sin



que ellas, con la fatiga de sus cuerpos ondulantes, de sus manos ritmadas, de sus ágiles pies, me embriagaran de voluptuosidad, y, entonces, les hice, entre el espacio de dos sonidos, con el arco, una señal.

La noche tibia y azulada continuaba flotando en los bosquecillos redondeados. Hacia el oeste el cielo adquiría un verdor de esmeralda purísima, mientras que escasas estrellas encendían sus antorchas de aluminio. Las siete jovencitas se dejaron caer al pie de un árbol, con las rodillas entre las manos. Las que apoyaban sus espaldas en el árbol, recostadas a sus pies las cuatro restantes, con una mejilla y la sien apoyada en los dedos y el codo clavado en la hierba, y se dispusieron a escuchar.

Resuelto a cantar la hambrienta sed de altura que había padecido, comencé con un gemido subterráneo. Zumbido de viento que se trunca y escapa por las angulosas obscuridades de una mina de carbón.

El zumbido avanzaba vertiginosamente hacia su explosión, se hacía grave como si pasara por los tubos de un órgano ondulado, en un crescendo de tempestad llegaba al paroxismo, aparecía el debate del alma en su lucha despiadada con los monstruos del bosque de la vida, cada nota chillona parecía tajada por un bisturí, sangraban fragorosos los acordes como el viento bajo los puentes y entre los grandes árboles, hasta que, al final, la superposición de sonidos alcanzaba el tumulto de la tempestad.

Esa masa bronca de voces pareció de pronto ser cortada a ras por una filosisima navaja, todas las notas quedaron niveladas, y de esa superficie oscura y triste se desprendió entre abovedamientos de silencio una voccecita cristalina.

Cobraba fluidez a medida que se acentuaba, se atorillaba sobre sí misma como si proyectara en una tensión de resorte el próximo temblor de un címbalo de bronce, y entonces vacilé temeroso:

¿Llegaría esa nota a escalar el cielo?

Le imprimí mayor violencia al arco. Fué como si rasgara un ciclópeo cubo de cristal. Me atreví e insistí. Los sonidos estructuraban ahora la rotura de una catedral de cristal, cada vez más rápidamente, hasta que quedaron colocados en la clave más alta.

La primavera surgía de mi instrumento. Cada nota de vidrio, de hierro, de cobre o de plata, batía un orgasmo en flor, una abertura de ramajes morenos en el espacio, una curvatura de verjeles verdes.

Súbitamente se me llenaron los ojos de sueño, los tendones de los brazos de reumatismo. Se me cayeron las manos.

Ellas, las siete hadas, se pusieron súbitamente de pie y me miraron sonriendo. Sentí que caía; iban a tomarme entre sus brazos cuando en cada uno de aquellos queridos rostros vi pintarse el espanto. Nunca olvidaré la lentitud con que volví el rostro y cómo espí con el rabillo del ojo: quien provocaba nuestro espanto no era un monstruo, sino una fila silenciosa de hombres y mujeres; además, en la punta de la fila había un chico gordincho y como era de noche los rostros no podían precisarse a esa distancia, pero de pronto una de mis amigas gritó:

—Son los leprosos.

Yo eché a correr.

Corrí mucho tiempo; unas veces caía por tierra, y, así, caído, continuaba arrastrándome, y cuando recuperaba fuerza para respirar continuaba corriendo, y la misma tierra parecía resbalar bajo mis pies y una vez durante esa fuga gris tuve la sensación de que hacía mil años que estaba corriendo.

LA CIUDAD DE LAS ORILLAS

Por fin un día llegué a la ciudad de las orillas cuyo nombre no se puede decir porque es un secreto, y cuento lo que ví en estilo enfático, porque es ésta una de

las ciudades de las que únicamente se puede conversar con palabras escogidas y giros cuidadosos.

Estaba edificada a orillas del mar cenagoso, sobre roquedales perpendiculares a una llanura de fango que a veces cubría el mar. Y no era extraño oír contar a los pescadores, cuando la marea bajaba, que a veces quedaban sus bicheros engrampados en los eslabones y en las grietas de las murallas cubiertas de fango.

Según la tradición de los hombres de la orilla, estas murallas pertenecían al recinto interior de una ciudad que ellos, los hombres de la orilla, decían había sido sede del rey que fué.

Los hombres de la orilla se alimentaban de los peces muertos que la marea dejaba abandonados al retirarse de la llanura de fango y no tenían trato alguno con los hombres de la ciudad, que se untaban de aceite aromático, gastaban grandes barbas y movían con suficiencia sus enormes vientres de pesadores de oro.

Ellos se habían construido una ciudad grande, tumultuosa y apiñada, como conviene que sea una ciudad de hombres crueles, débiles de piernas y ágiles de manos para contar dineros. Los jardines bajaban en escalones entre murallas de piedra y columnas de cobre. El centro estaba ocupado por ringlas de comercios de dinteles bajos y cavernas negras. Allí se guardaban los tesoros con que compraban la indulgencia para sus pecados y la alegría que solicitaban sus torneadas pantorrillas.

A pesar de esto era una ciudad extraña porque solían encontrarse en ella espíritus cuyo cuerpo estaba encerrado en los manicomios de la tierra. Estos espíritus decían, cínicamente, que la utilidad de los manicomios consistía en guardar fuera de peligro el cuerpo de aquellos cuya alma cumplía con ciertas necesidades de viaje de las que no convenía hablar con los que no entienden.

Mas, cuando un habitante de la ciudad cuyo nombre no se puede decir, se encontraba con un ciudadano de la tierra, procedía como si no viera ni escuchara nada del nombrado coloquio, de igual manera que procedemos nosotros cuando estamos en compañía respetable y contra nuestra voluntad tenemos que escuchar palabras inconvenientes.

Claro está que a pesar de sus jardines en gradinata y de sus columnatas de cobre, no puede afirmarse que esa fuera una ciudad alegre, ya que abundaba de callejuelas oscuras constituidas únicamente de edificios con fachadas de piedras de dos o tres pisos de altura. Las casas destinadas a operaciones comerciales tenían puertas bajas, de tableros excesivamente gruesos, y cuando se les preguntaba por qué habían construido puertas tan sólidas replicaban sonriendo irónicamente:

—Para defendernos de las invasiones de los leones.

Allí dentro se distinguían mostradores recios pintados de rojo y de verde, y tras de cada mostrador un negro que tenía doblada la cabeza sobre un hombro. Estos negros, cuando discutían violentamente, hablaban en voz baja. Algunos tenían un ojo negro y otro celeste y fumaban una hierba fina como pelo de gato que hacía soñar en los bosques y aclaraba los secretos de los dioses menores.

Y había un género de mercaderes muy singulares en cuyas tiendas se podían comprar sueños. Y los vendedores de sueños eran hombres taciturnos, de palabra medida y babuchas violetas, que algunos llamaban dignatarios del Infierno y otros chambelanes del Cielo, y que cuando marchaban por las calles se hacían preceder de cuatro esclavos con campanillas que llevaban cada uno la punta de un inmenso cofre apoyada en el hombro. Y no efectuaban tal paseo ni camino para comerciar con sueños, sino que cuando uno de estos hombres se exhibía de tal manera era para ir a renovar su stock de mercadería a una zona a la cual sólo podían entrar muy escasos mortales.

Luego me enteré de un detalle singularísimo, que con-

sistía en que dentro del cofre, amordazado para que no gritara y amarrado para que no se rebullera, los mercaderes llevaban un chico vivo, al que degollaban entre árboles singulares, y cuando la sangre del niño se vertía en la tierra fresca, su emanación atraía a los espíritus de los sueños que estos traficantes comercializaban.

Otro sector de la ciudad estaba construido como las nuestras, con jactancia y soberbia. Jamás profeta alguno había escupido en sus fachadas ni amenazado los techos de pizarra y tejas de oro con sus puños irritados. En esta zona de la ciudad no entraban jamás los hombres de la orilla, a quienes los de la ciudad llamaban los asesinos. Los asesinos vivían, como dije al comienzo, del desierto y sus miembros podían únicamente casarse con las hijas de los hombres de las tierras verdes, que eran tierras altas y minadas por cavernas. Cuando hablaban con los hombres de la ciudad tenían que hacerlo de rodillas y esto ocurría porque los hombres de la ciudad tenían el dinero, y tan es así que cuando los hombres de la ciudad hablaban de su dinero se reían, y el vientre, siguiendo los borborigmos de sus carcajadas, amedrentaban a los que se alimentaban de pescados podridos y hongos escarlatas.

Y entre los forasteros estaba ya consagrada la costumbre de no preguntarles qué destino le daban a sus cargas de oro, pues era gente aquella abundante en restricciones misteriosas, y así, otro de los secretos que mantenían en el más riguroso silencio, era la suerte de sus muertos, y ningún viajero se atrevía a preguntárselo, pues hacerles esta pregunta era inferirles una gravísima ofensa; toleraban que se les hablara mal de la ciudad, e incluso lo saludaban amablemente a uno si los insultaba, pues la cortesía era allí rigurosamente observada, pero en modo alguno permitían que se les preguntara por el camino que seguían sus muertos, aunque yo le oí contar a un vagabundo de las orillas de piedra que sus muertos los entregaban a un pájaro poderoso que se llamaba Roc, y que el dicho Roc se los llevaba hacia la región que no tiene nombre en el idioma de ellos. Sucesos de los que no puedo dar fe.

También había otra costumbre, y era que sonara una campana; cuando esa campana sonaba, las calles se llenaban de mujeres. Ellos decían que esa era la hora en que paseaban sus mujeres, aunque yo no sé si es cierto o no, pues nunca vi ninguna mujer en aquellas calles, aunque sí escuché en el aire como roces, y el mismo vagabundo de que hablé antes me comunicó confidencialmente que esas mujeres estaban envueltas en velos tan sutilmente tejidos que las tornaban invisibles. Es probable que así fuera porque hay otros detalles sumamente curiosos, y que no vienen al caso, que eran como el atributo y la dignidad de aquellos ciudadanos amarillos y redondos, cuyos aceitosos ojos sólo fulguraban de furor si se les injuriaba llamándolos "hijos de las Tierras Verdes".

En aquellos tiempos vivía yo en las afueras, cerca del barrio de los teñidores en casa de un encantador de metales. Se denominaban encantadores de metales a los esclavos que conocían el secreto de hacer que un metal, al ser golpeado, emitiera el sonido de la voz de una mujer, o del silbido de una serpiente, o del canto de un pájaro. El encantador de metales trabajaba únicamente las noches en que el Océano lloraba por las almas de los muertos que están disueltos en su salitre y en su yodo. Era un hombrecito tuerto y silencioso, enemigo de conversar acerca de las habilidades de su profesión. Yo vivía en la casa de este hombre en virtud de una amenaza terrible que le había hecho.

Como dije, estaba viviendo en la casa del encantador de metales cuando los perros lloraron al lamer los charcos de agua, y si alguna duda me quedara de que aquel desastre fué preparado por los dioses, descontentos de la ciudad, esa duda la disipará un singular su-

ceso de que fui testigo en casa del encantador de los metales.

A medianoche me desperté escuchando que alguien tocaba muy suavemente el zócalo de la puerta de mi dormitorio. Volví a dormirme, mas poco tiempo después me volvieron a despertar ruidos sordos y choques amontonados y profundos. Me levanté y corrí en puntillas hasta la puerta para mirar por una hendidura del postigo, y lo que vi fué un león que se rascaba un flanco contra el tronco de la palmera que había en el jardín. Un terror tan maravilloso entró en mi corazón que, arrastrándome por el suelo, con el vientre pegado al piso, llegué hasta la cama. Y me desvanecí.

Al día siguiente, cuando le conté al encantador de metales lo que había sucedido, se echó a reír con una risa falsa y dijo que yo estaba equivocado.

Y todos los habitantes de la ciudad cuyo nombre no se puede decir me negaron terminantemente que fuera verdad el suceso a que hice referencia, e incluso más de uno me dijo con descortesía, impropia en gente tan amable, que yo era un fabricante de embustes y de malas historias, y que no tenía derecho a abusar de la hospitalidad que se me daba haciendo circular chismes inverosímiles. Y un pesador de oro, que tenía la barba negra recortada en forma de estrella con varias puntas sobre su pecho recio y que vestía una magnífica túnica escarlata tejida con la baba de un pez rarísimo, y que da derecho a los que gastan esa túnica a burlarse de Dios, me expulsó de la puerta de su comercio, mientras me injuriaba atrocemente y les pedía a sus protectores me castigaran con la lepra sonriente, que es una enfermedad que no se describe y que cubre todo el cuerpo de muescas que parecen labios sonrientes.

Fué entonces cuando, caminando hacia el corazón de la ciudad, vi a los perros que lloraban con amedrentamiento después de haber sumergido los hocicos en los charcos de agua, como si quisieran advertir a los habitantes de la ciudad cuyo nombre no se puede decir, de un peligro que nadie comprendía, y menos ellos, porque a ellos que amaban el oro las altas deidades les cerraron los ojos del entendimiento. Yo caminaba inmensamente triste. Pensaba que en la tierra se burlarían de mí cuando dijera que había descubierto una ciudad donde los hombres que pesan el oro gastan barbas en forma de estrella y tienen derecho, si han adquirido una túnica de baba de pez, a burlarse de Dios.

Llegó mediodía, y cuando iba a entrar a la calle de los Pescadores de Plata (que había la calle de los pescadores de plata y de los pescadores de oro y en esta calle, por ejemplo, no se podían cambiar monedas de plata), vi con asombro mezclado de espanto, que de las junturas de las piedras que enlosaban la calle rezumaba agua, y vi también que los comerciantes y los pesadores de metales cerraban con premura sus comercios, y en pocos minutos las calles por donde yo caminaba quedaban desiertas y clausurados los negocios como en día de riguroso peligro, y cuando llegué a la calle del Azafrán, donde todas las fachadas pintadas de amarillo rojizo pregonaban la industria de sus pobladores, el agua ya me cubría los pies. Cuando llegué a la calle del Hierro, ya tenía las rodillas sumergidas. En esa circunstancia tropecé y al caer tragué involuntariamente un buche de agua; me di cuenta entonces por qué los perros lloraban al lamer los charcos: el agua era excesivamente salada. Recordé entonces la ciudad sumergida, de la que hablaban los habitantes de la orilla, y más pavor entró en mi corazón.

Y ocurrió algo que es increíble. El agua subía su línea azul por los rebordes de todas las murallas, es decir que en un mismo nivel, en determinado lugar, cubría un césped, y en otra parte una hornacina.

Y, de pronto, aparecieron en sus chalupas los hombres de la orilla, a quienes los dueños del oro llamaban los asesinos. Los asesinos traían amarrados por ca-

denas de cuero a perros marinos, y los azuzaban al tiempo que gritaban frente a las puertas de los habitantes de la ciudad. Y el agua subía, mas ninguno de aquellos hombres que pesaban oro abandonaban su escondrijo, como si temieran la venganza de sus esclavos. Durante tres días y tres noches el agua cubrió las techumbres de todas las casas, luego se retiró, y ahora, la ciudad cuyo nombre no se puede decir, está cubierta de fango y sus puertas tapiadas de musgo. A veces cuando un tacho se derrumba, se ve en el interior un cadáver abrazado a un arcón que probablemente contiene metales preciosos, pero los asesinos, indiferentes, se pasan el día en la orilla fangosa, tendidos al sol. Y cuando la marea crece, el agua en rizos de espuma les moja los pies; pero ellos no se molestan y dejan que los perros marinos les traigan entre los dientes los pescados que necesitan para alimentarse.

Finalmente los hombres de las Tierras Verdes resolvieron regalarme un perro, que es el obsequio con que se agasaja al viajero a quien se desea perder de vista, y yo llamé a mi perro y le dije estas palabras:

—Hijo de las Tierras Verdes: acompañarás a tu amo por el mundo y le proveerás de alimentos porque tienes el hocico cauto y sigiloso como conviene a un buen perro buscador.

Pero mis palabras no le causaron el menor efecto porque no sólo no se lanzó al mar a buscarme peces con que alimentarme, sino que, echándose melancólicamente en la tierra, comenzó a gemir suavemente como una mujer. Y entonces le cobré miedo a mi perro y eché otra vez a caminar solo.

¡Qué es lo que no he conocido en ese año de vagabundajes!...

Fuí amante de Gladira, la reina del país de las amazonas donde todos los años nubes de jovencitas asetan a los machos nuevos que salen de sus cavernas a aullar en los prados luneros.

Conocí Astapul, la tierra de los campesinos fuertes que mutilan a sus esclavos de brazos, lengua u ojos, según sean los menesteres de labradío o granja. Los campesinos de Astapul tienen perfil cartaginés y viajan montados en mulos gordazos.

Visité Pojola, la tierra de las diosas rubias y de los guerreros que dejan colgado un peine cuando van a combatir. Si los dientes del peine destilan sangre, signo es de que el guerrero ha muerto. En Pojola las virgenes beben toneles de cerveza y luchan a brazo partido con los herreros caminantes y los tiradores de bolos.

He visto enjuiciar un alma que a la luz del sol en el desierto se muestra en el cielo durante la noche, y he comprendido cómo muere "para toda la eternidad" el espíritu de un malvado.

Y un día, cuando harto de caminar por las tierras que están a la orilla de la nuestra, entré por un sendero bordeado de ligustrum y descubrí mi casa y salí a la calle, la gente descubrió que yo estaba desnudo porque posiblemente no veía mi traje de capitán, acusándome, además, de homicidio y pederastia.

Por eso he escrito estas líneas que son testimonio de mi honrada vida. (1).

Roberto Arlt.

Ilustraciones de Tito Rey.

(1) Nota del autor.—Gustavo Boer fué detenido bajo la inculpación de asesinato a un marinero que se encontró muerto en su habitación. Boer, para simular haber cometido el delito en un ataque de locura, salió a la calle desnudo. Su mismo relato del proceso que él quiere hacernos creer, refleja su estado de anormalidad; nos presenta a un imaginativo poético completamente normal. Como se supone, Boer será condenado a pesar de sus tentativas de pasar por demente.



RAÑÓ editará este año tres obras del joven escritor argentino:

ALBERTO PINETTA

en abril: 20 HOMBRES MUERTOS, Poemas

en mayo: SEPTIMO CIELO MADE in U. S. A.

un ensayo sobre el cinematógrafo y su tiempo.

y en junio: HISTORIA DE LA NOCHE, novela

He aquí algunos fragmentos de juicios que han merecido sus dos libros anteriores, "Miseria de 5.ª edición" y "La inquietud del piso al infinito":

De "La Prensa":

Marzo 4 de 1929.

"Miseria de 5.ª edición" es un libro de cuentos de la ciudad;

por ellos desfilan tipos naturales y extraordinarios a la vez, y el autor presenta estos tipos por el lado más original en un estilo vigoroso, rico en imágenes y metáforas afortunadas; se complace en presentar a los ojos del lector lo más recóndito, lo que sólo saben ver por sí los observadores de vista penetrante.

De "La Prensa":

Noviembre 1.º de 1931.

Alberto Pinetta, el autor de "Miseria de 5.ª edición", firma estas páginas desoladas, con paisajes de sueño y personajes espectrales, y ratifica sin duda sus singulares condiciones de narrador original. "La inquietud del piso al infinito" es la obra de un espíritu rebelde y disconforme con las leyes de una estética común, complaciente y equívoca, que no teme ni vacila en su intento artístico.

Pirandello y Ortega y Gasset se hacen obra orgánica y constructiva en este autor audaz e inteligente que, con algunos retazos de tiempo, de paisajes entrevistos u olvidados y las emociones elementales o los instintos que rigen el alma humana, compone sus cuentos fantásticos, en donde las sombras danzan, la luz estalla en círculos de colores violentos, el viento gira desordenadamente, la materia se transforma y los personajes son peleles absurdos que dicen palabras incoherentes o gesticulan como "escapados del plano espectacular que tienen todas las historias", porque la verdad es que esos protagonistas no tienen nombre, así se llamen McLanglen, Mague, Cútzom, Mitjans o Wlamink Tissot, el extranjero.

De "La Razón":

Octubre 28 de 1931.

Alberto Pinetta, escritor inquieto, descontento siempre consigo mismo, acaba de darnos su segundo libro. La personalidad que apuntara en "Miseria de 5.ª edición", se robustece ahora. Su nuevo libro es, por decir así, más nuevo, más dentro de lo que Pinetta promete; más propio, si cabe la expresión, porque este joven autor tiene un modo especial de decir y un modo especial de hacer "su literatura". Buscarle parangones nos resulta tarea estéril.

Lo que Pinetta prometía en su primer libro, es ya casi una realidad absoluta en "La inquietud del piso al infinito".

Pedidos a: M. L. RAÑÓ

INDEPENDENCIA 3257

BUENOS AIRES

EL OBRERO DEL RASCACIELOS

*Interjección lunfarda
de una Babel grotesca,
el viento de Dios
soplaba arriba
para ahogar tu blasfemia,
y apenas si se oía
el golpe de tu maza
al remachar rabiosa
los tornillos.*

*Llegaban alto
las vigas de metal,
pesadas como tu vuelo
de pájaro jornalero,
y habías aprendido
a dominar el vértigo
clavando tus ojos
en la cúspide
del andamio de las grúas.*

La torre más alta

*te debe una jornada,
pero había detrás
de tu fuerza
la sombra de pájaros
más ágiles,
y eso complicaba
el mecanismo de tu cerebro.*

*Esclavo de tu pan
y de tu odio,
pagaban tu vuelo de cien pisos
y el temor del cielo
te mandaba
bofetadas de viento
contra el rostro.*

*Encaramado
a los mástiles del vértigo
no te entrampaba
la claridad del cielo,
ni el pensamiento de Dios
te halló cobarde.*

*Tu vuelo verdadero
estaba abajo,
en los sótanos turbios
de la noche
y en tu agremiada
palabra rencorosa,
bandera de protesta
que soñabas
atar a un mástil
de cien pisos.*

*Y ahora,
no hay congoja de llanto
ni piedad de plegaria
en el rostro
de tus compañeros,
y el tuyo
— ceñudo y pálido —
es el del jefe
de un grave movimiento,
que dará por resultado
la "huelga general".*

ALBERTO PINETTA

Justificación de Ramón Doll

La presencia de un crítico mitológico causó cierto revuelo en el po-
brísimo verano literario de Buenos
Aires. Ramón Doll, crítico a su mo-
do, que no es el modo de ser crítico
precisamente, detonó en ese ambien-
te ofreciendo el inefable brulote a
Raúl Scalabrini Ortiz, autor del *Hom-
bre que está solo y espera*. Quere-
mos hacer resaltar nuestra caudalo-
sa disconformidad — que es la de
nuestra generación — con el mé-
todo de Doll al juzgar los valores
argentinos contemporáneos.

Ramón Doll, hombre a letras, ca-
rece de lo esencial al hombre de le-
tras: imaginación y sensibilidad.

Serenamente el crítico Luis Emilio
Soto se lo ha demostrado. Lo ha
vuelto a la realidad. Le ha señalado
el camino de la cátedra de Instruc-
ción Cívica en un Colegio Nacional
o la vuelta al ágora electoral de la
plaza pública. ¡Qué parecido social
tiene Ramón Doll con Indalecio Prie-

to! Esa identidad física parecería
acercar destinos afines desplazán-
lo definitivamente de la literatura, en
la que es ese invitado provinciano
al que se tolera una semana pero
contra el cual se está rabiando por
sus inconscientes y múltiples metidas
de pata.

Doll suda inevitablemente su gra-
sa sobre los párrafos de su lógica
dialéctica. Como si a Baudelaire le
hubiera hecho falta la lógica para al-
go, la formal, entendamos, porque
hay una lógica, la del destino huma-
no, que estamos atrapando los escri-
tores de hoy y a la que es ajeno en
absoluto Ramón Doll, por razones de
espacio.

La ceguera sensorial de Doll le im-
pide ver lo que hay en los libros hu-
manos, demasiado humanos: *Don
Segundo Sombra* y *El hombre que es-
tá solo y espera*. Advierte la falta de
lo que constituye su "hobby" abur-
guesado o reformista y lo busca en
las obras de belleza trascendental o

vital. Es el escarabajo preocupado
con la arrugada brizna de paja frente
al total panorama del mundo. Tan-
que minúsculo es al modo de un ele-
fante que ensaya con la trompa una
actitud inteligente que resulta gro-
tesca. Su trompa es la espita de su
embolsado espíritu académico que
condena y se asusta ante el maravi-
lloso esplendor de las palabras en
libertad, bronce de clarín que lustra-
mos hasta su nueva virginidad los
escritores de hoy. Nos exige la triste
lógica de la muerte frente a la bellé-
za brutal, irreal, ilógica, de la vida
tremante que nos agarra uno a uno
por el pescuezo. Y es triste ver a un
hombre joven empalmado la testuz
al marchito lauro académico mientras
hay en el mundo una cadena de su-
frir y el consuelo de comunicar ese
sufrir — que es pensar — a nues-
tros semejantes por la aorta cordial,
afiebrada, de la literatura nueva.

N. O.

La página

HONRAR PADRE Y MADRE

Todos los que vivimos de la imprenta tenemos una deuda de gratitud para su madre. Esa deuda la voy a pagar yo, pues en esta vida siempre hay uno que paga por todos. Con harta frecuencia nos acordamos del padre de la imprenta, señor Gutemberg, pero de la madre ¿quién se acuerda? Nadie. ¡Y pensar que ella está presente en todos nuestros trabajos! ¡Que no hay página impresa que no lleve su sello! ¡Que en la fiebre de la improvisación es a ella y sólo a ella a quien recurrimos! ¡Qué sería de la Historia, qué del periodismo sin su diligente asistencia!

¡Cuán ingratos somos!

Ya comprendo, lector, que te consume la fiebre del conocimiento por saber su nombre venerando. Pero el corazón me exigía los signos de interrogación de más arriba, como la claridad me exige un poco de historia.

Por los años 1400 y pico, un joven huía de Maguncia perseguido por sus enemigos políticos. Iba camino de Estrasburgo y había llovido. Dos ideas lo preocupaban hondamente: llegar sano e inventar la imprenta.

Ese joven era Juan Gutemberg.

Un poco más adelante que él caminaba una mula, y como es natural, iba dejando en la tierra mojada las huellas de sus herrados pasos.

Gutemberg viendo esas huellas, exclamó: ¡listo! Había descubierto el principio de la impresión con caracteres móviles.

Está demás decir que si Gutemberg es el padre de la imprenta la mula es su madre. De ahí que en todo lo que escribimos esté presente la mula, como en el rostro de los hijos los rasgos de la madre.

No quiero terminar esta obra de justicia sin recordar la ley de



herencia según la cual las facultades intelectuales se heredan de la madre, cosa fácil de comprobar en el caso de la imprenta. ¡Gloria a la mula progenitora e inmortal!

DIALOGOS FILOSOFICOS

A.—No hay lectura más peligrosa para una mujer inteligente que la de las novelas del Dr. Gustavo Martínez Zuviría (J. H. S.).

B.—Pero si es un escritor que moja su pluma en agua de rosas bendita.

A.—Todo lo que quiera. Pero, ya se sabe que cuando una mujer se aburre está muy próxima a pecar.

A.—Y no sabiendo ya como insultarlo, lo llamé: socialista, radical, conservador.

B.—Quería usted decir que era un hombre que cambiaba con frecuencia de opiniones políticas.

A.—No, señor. Quise decirle y le dije: burgués, sonso y oscurantista.

ANECDOTA

Cuando apareció "El Radicalismo de Mañana" de don Ricardo Rojas, en una tertulia literaria se hizo este comentario:

—Pero qué manía la de don Ricardo. Ayer nomás publicaba "El Cristo Invisible" y ahora nos da "El Radicalismo de Mañana".

—¿Cuál es la manía?

—Pero, hombre: escribir sobre cosas inexistentes.

—¡Es verdad!... Y ahora me acuerdo de que esa es una manía vieja en él. También escribió la Historia de la Literatura Argentina.



de Chamico

OFENDIDA

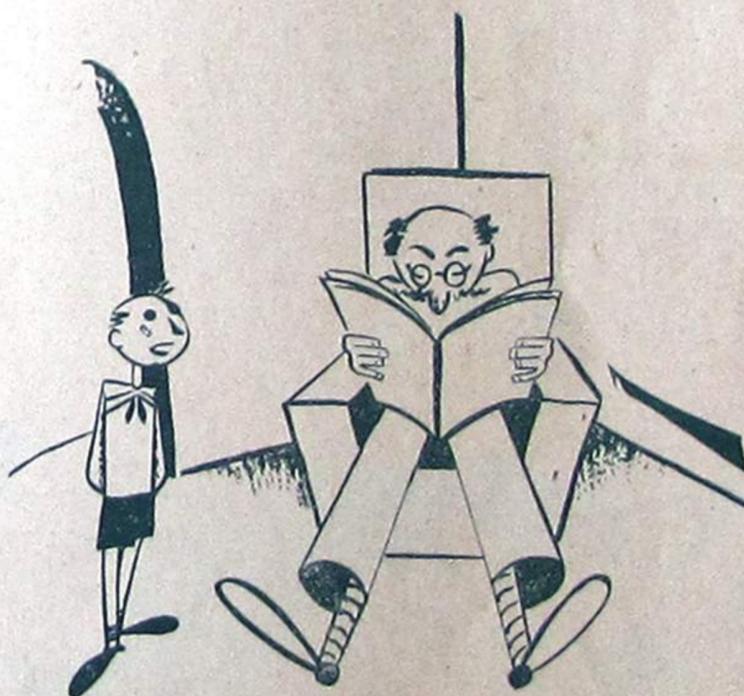


—Esto pasará, señora, con unas aplicaciones de vacuna anti-piógena.

—Pero, doctor, si ayer nomás me lavé la cabeza.



SABIDURIA



El pibe.—Papá ¿qué es un record?

El padre.—Un cocktail, hijo; una cosa que se bate.



BUENOS AMIGOS

El.—El pudor, decía Oscar Wilde, es la conciencia de la propia fealdad.

Ella.—¿Se ha fijado qué pudorosa que es Cholita...?

INSTRUCCION PUBLICA

En las escuelas les enseñan a los chicos una historia tan fría, dura y deshumanizada, que se acostumbran a ver a los próceres como si fueran estatuas. Y resulta que cuando salen a la calle creen que todas las estatuas son próceres.

* * *

¿Por qué los maestros inteligentes, cuando tienen que confesar su profesión, bajan los ojos y se ruborizan?

* * *

Las señoritas de la escuela se parecen a las del teléfono en la frecuencia y el desahogo con que se equivocan.

CASI ANECDOTA

Un doctor de tierra adentro de los que se acogieron a los beneficios de la última elección de diputados, me decía la otra tarde:

—Yo, aquí donde usted me ve, me piro por la música. Tanto me gusta que mi mujer dice que soy un perfecto megalómano.

—Pobre señora...

—¿Qué?

—Nada. Me acordaba de la viuda del soldado desconocido.

—Qué buen corazón... Como le iba diciendo; lo que más me gustan son las óperas. Pero hay una que debe ser muy linda por lo mucho que la oigo nombrar, pero que no representan nunca.

—¿Cuál es?

—La ópera omnia.

GOTAS

Una cartera vacía es como un militar en tiempo de paz, con la diferencia de que la cartera no come.

* * *

Conoci un católico tan ferviente, que se comió el cordero pascual frito en los santos oleos.

* * *

El hombre ilustre pasaba en el cielo las del infierno, porque al morir se olvidó de pronunciar sus últimas palabras.

* * *

Es curioso que Maeterlink, siendo un adúltero convicto y confeso, sostuviera que el pájaro azul de la felicidad estaba en la propia casa.

EPITAFIO

CON REGOCIJO DEL GREMIO
FALLECIO GALVEZ. Y AL PUNTO
QUISO ADJUDICARSE EL PREMIO
AL NOVELISTA DIFUNTO.

Los seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo

"Los Genna, cuyo nombre suena como un zumbido agónico"
FRED PASLEY

Los seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo
—Earl Hymie Weis no pudo llevarlos a dar una vuelta —
oían cantar a Sam Samoots Amatuma "guantes de seda"
—Sam Samoots qué bien cantaba guantes de seda en el alma
En la taberna de los cuatro 2 y "de parte de Al"
una sonrisa le regalaban en cada tiro
y para el alba del mostrador cerveza y éter
los seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo.
Los seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo
—muerte de orilla, ventana pronta, noche de duelo —
con la mirada le decretaban la sepultura
—aquellos tiempos de los O'Banion, de los Aiello—
Y eran los días larga aventura sobre el acero,
altos camiones, puertas cerradas y canastillos,
alegres flores, naipes quebrados, nieve en la calle
los seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo.
Los seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo
sentimentales bandoneonistas de las terceras,
fichas pesadas de barberías y de prisiones,
ágiles piernas en las batidas y en las ruletas,
funambulismo, magia fullera, clima de circo
y en los domingos amores fáciles de las riberas
y cuchicheos bajo las luces de los garages
los seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo.
Pero Sam Samoots murió fregándose ajo y cantando,
Al está preso, Joe Howard duerme como los niños
y ya están muertos, las manos juntas, los ojos blancos
los seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo.
Sí, camaradas y los entierros fueron suntuosos
y ángeles negros revolotearon sobre las tumbas
y ya están muertos, los ojos blancos, las manos juntas,
los seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo.

RAUL GONZALEZ TUÑON.



Nuestra Generación, La Polémica y el Brulote

P O R

Luis Emilio Soto

Podemos afirmar que entre nosotros se hace, hasta ahora, más vida literaria que literatura efectiva. Esto no nos disminuye; al contrario, reconocerlo es saludable. Sube y baja la marea de comentarios al margen de tal o cual grupo de escritores; se anuncian publicaciones que no salen nunca, pero, que dan pie para entretener la opinión durante un tiempo; madrugan los pronósticos antes de que se encuentren listos los libros destinados al concurso. Una vez hecha la repartija de premios, vienen las encuestas, los ataques de práctica, las cartas aclaratorias y los consabidos banquetes, unos organizados con verdadero espíritu de homenaje y otros servidos contra los literatos de "enfrente". Total: Transcurre un nuevo año y el resumen esencial demuestra que ha sido más el ruido que las obras.

Tenemos confianza en la capacidad creadora de nuestra generación y no nos desalienta ese silencio de los mejores ni el desasosiego común con el derroche de energías dispersas. Ahora bien, sabemos demasiado que acá la producción literaria no estuvo nunca ni puede estar tampoco sujeta a ritmos regulares. Además nadie ha firmado pagarés, por los cuales la generación o alguno de los que la componen, se comprometen a lanzar a plazo fijo la creación definitiva. La pausa, si la hay, no traduce, pues, merma en el esfuerzo constructivo ni mucho menos espíritu de renuncia. En tanto, existen razones para creer que la concepción catastrófica de nuestro tiempo explica ese hecho desde que ha llevado hasta sus límites el sentido de la responsabilidad. Por lo mismo, ha sometido al escritor a inhibiciones que antes no gravitaban sobre su con-

ciencia literaria. No puede pedirse a nuestra generación que se haga reconocer como tal mediante actitudes estéticas más o menos nuevas y sólo así. A su hora, cuando se desglosó de la promoción que le antecede, ya hizo el gasto de manifiestos, credos y teorías. Actualmente se encuentra en presencia del destino histórico que le toca vivir quizás en el codo más difícil y no es necesario que se diga su tremenda singularidad: compartir la suerte de la civilización actual en el momento en que los valores de ésta (comprendidos los que contribuyeron a formar el arte y las letras, venidos a menos por complacer al sensualismo burgués), se desintegran y diluyen. Todos y cada uno debemos responder a esa requisitoria terminante, cosa menos fácil, claro está, que dejar satisfechos a los literatos desconformes con los aportes de la "nueva generación".

De ahí que la revista con su cerrojo y la legión de polemistas flamantes, movidos por un ánimo de sana y jovial acometividad, llegue oportunamente a cualquier hora. No son extraños, sino que pertenecen a nuestra propia familia. Lo que ha habido es sólo el alboroto de la llegada a la trinchera común, donde nosotros ya venimos ocupando el puesto. Ellos salen recién del campo de instrucción. Pero las diversas tandas que separan los períodos de movilización espiritual, se resolverán luego en una misma lucha. El ambiente literario es una incubadora que necesita alta temperatura, y los neodemolidores arriman su leña al brasero como los otros, a su turno, arrimaron la suya.

Ese letargo aparente, deserción o como quiera llamarse, favorece, en cambio, el desarrollo de ciertos hábitos, nada dignos de auspicio. Uno

de los hábitos de la mala vida literaria, es el brulote. Y no el brulote que cae sobre la generación, lanzado desde fuera, sino el que parte de su propio seno y lo hiere en cualquiera de sus miembros. Es decir, el brulote cambiado entre escritores que forman en filas comunes y que, por lo tanto, representa un acto de "sabotaje" contra la generación misma. Bueno es denunciarlo ahora que su renovada actualidad, amenaza con la coacción de los bajos fondos del resentimiento y del complejo de inferioridad, que es donde tienen su origen la mayor parte de las reacciones de la política literaria.

Lo más desconcertante es que sean escritores jóvenes, quienes practican el brulote. Y más aún cuando aparecen suscriptos. Con la firma, la falta de responsabilidad fundamentalmente es idéntica, aunque pueda resultar prestigiosa al pie de un poema o un cuento. Desconcierta porque se trata de una pieza de rigurosa filiación pasatista, ejercitada hasta el furor en los buenos tiempos del modernismo. Entonces la neurosis estaba a la orden del día y un escritor no rendía suficiente tributo a las exigencias finiseculares, si no se despachaba con un brulote con todas las de la ley, o con un "poema en prosa", preciosista y delicuescente, lo que era lo mismo, pues en tal caso el brulote iba contra el buen gusto. Ofrecen un copioso surtido de brulotes, los libros de los Bonafoux, los Fombona, los Fray Candil, etc. Basta recordar los títulos: *Bills*, *Bombos y palos*, *Muecas*. Amasaban literatura con pasiones políticas, y los éxitos obtenidos en aquella, tenían la virtud de calmar estas últimas. Muchas fiebres panfletarias se llamaron a silencio con un nombramiento de cónsul. Tal era antes la carrera del escritor sudamericano, abreviada, con frecuencia, gracias al ejercicio sistemático y eficaz del brulote. Sus sucesores, apostados a través de la América de habla hispana, lejos de desmentir la procedencia tropical de esa forma de grafomanía, todavía la confirman.

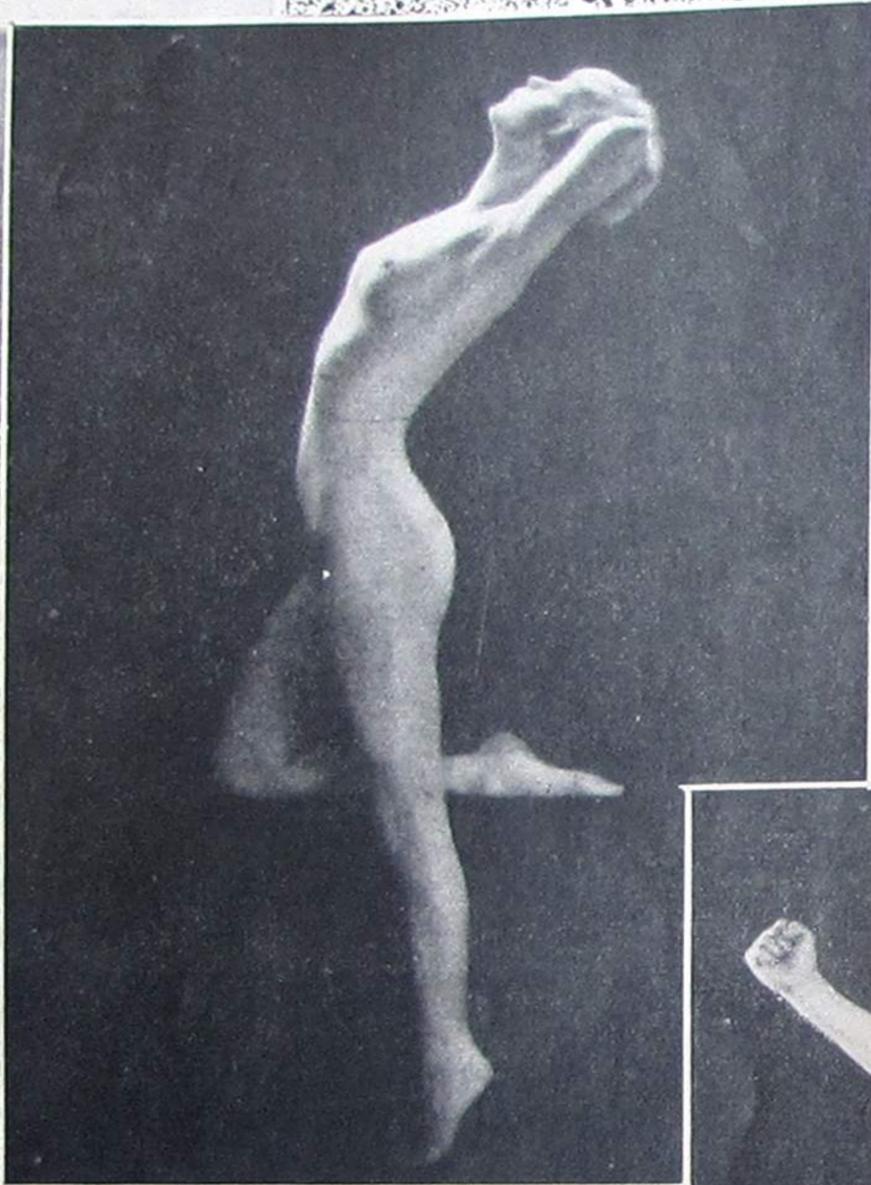
La tropicalidad equivale al superlativo de la arrogancia criolla y el exuberante verbalismo de ésta encuentra su engarce favorito en el brulote. Con él satisface el energúmeno el ansia de atraer la atención sobre sí y emplea los ojos belicosos que tiene siempre en disponibilidad. Cualquier motivo obra en función de percutor sobre esa carga de fulminante, aunque, con frecuencia, y sobre todo en la vida periodística, es la falta de

(Continúa en la pág. 24).



Juguete







Nuestro
país:
el
Delta





*Si me acuerdo de ti, lamentable hediondo
en la ciudad de sangres—
las estrellas pulían sus puntas en el último piso
y abajo le corríamos los talones al Diablo—
adolesce una barba compasiva
mi prestancia edilicia.*

*Tu hambre no era menos importante
que la asamblea de Ginebra
si bien no le importara nunca a nadie.*

Tu hambre.

*Clausuraste tus días de un balazo
peripatético
después de la acrimonia de los ternos.
(Tu revólver ahora lo usa el comisario).*

*Y el levita Leví que vuelve de Judá
sordo entre centuriones de Nabuco
creyó que era un neumático.*

*Colgado
de la tiesura doctoral del cuello
el abogado
de tránsito
juzgó el caso
rara avis,
triste como una marcha de los desocupados.*

*Discurrió, por su parte, el baladrón
amojamaado
en difíciles
sucesos literarios
de impíos que se matan una noche de luna
descerrajándose una metáfora en el cráneo
porque le parecía incomprensible
tu suicidio, tan cierto, en la Plaza de Mayo.*

*Los demás te miraron
en silencio gastronómico, y siguieron de largo.*

*(Yo, como un pobre otario
llevé la noticia al diario).*

*Se apagó tu mirada alba de sueño
pero,
en alternativo parpadeo
tus pupilas lacustres abrían y cerraban los letreros:
—Restaurant "La Sonámbula"—
—Suscríbese al Empréstito—
—Suscríbese al Empréstito—
—Suscríbese al Empréstito—*

*Asida por los vientos del relámpago eléctrico
tu cabellera desgarraba
la frente de tormento. Eran tus manos
raíces de la angustia.*

*Y un hilito de sangre leve y terso
—nada más—
escurría tu vida entre humores de perros.*

SANTIAGO

GANDUGLIA

(Ilustración de Amadeo D. Binci)



Visión de
Buenos Aires
cumplida



la jornada
de
oficina

Personalidad de las Mujeres Argentinas

Cátedras de moda hay muchas, algunas buenas, pero yo deseo para mis compatriotas algo más que la sola elegancia en el vestir. Deseo ofrecerles la oportunidad de tener lo que en inglés se expresa en dos letras de extraña elocuencia: "it" (eso). Para conseguir tal objeto, voy a hablarles, durante el transcurso de mis crónicas, de todo aquello que pueda proporcionarles perfiles únicos de acuerdo a los diferentes tipos femeninos.

Cultivar su personalidad es uno de los deberes ineludibles de la mujer; eso debe estar al lado del cuidado de su belleza y de la conservación de su juventud, debe formar parte de su ejercicio corporal, de su diario alimento de cultura.

Pocas, casi de excepción, son las mujeres que tienen conciencia de lo que significa, para ellas, el que pueda decirse a su respecto que tienen individualidad. ¡Y qué importante es! Al punto que si fuera dado elegir entre poseer belleza y personalidad, no debería dudarse ni un instante. La belleza dura mucho si se sabe cuidarla, indudablemente, pero no siempre es el atractivo más brillante que puede ostentar una mujer. En cambio, personalidad significa algo más fuerte, poderosamente más llamativo y duradero que cualquier otra cosa. Personalidad es sinónimo de inolvidable. La mujer de positiva personalidad es difícilmente olvidada.



El turbante en terciopelo color bric con que Nedda Francy completa su elegante toilette, se distingue por la original abertura en uno de sus costados, que permite ver sus cabellos, los cuales lleva en un peinado completamente liso. Turbante y peinado, como puede advertirse, favorecen la personalidad de la primera actriz del Odeón.

HABLAR de modas, describir modelos, aconsejar a las lectoras sobre la conveniencia de usar tal o cual color, no es, ciertamente, la única cosa que me propongo hacer desde estas páginas. Hay algo que debe decirse y también hacerse. La mujer argentina posee belleza y gracia y sabe vestir exquisitamente, pero, ¿tiene personalidad? He aquí el punto que quiero tocar con preferencia, porque no siempre es interesante recibir elogios sobre la belleza o riqueza del traje, sobre la estricta elegancia de la que lo lleva y, aún, de que aquél sea la última creación de la moda. Existe algo mejor que todo eso que constituye el sumum de las aspiraciones de la mayoría de las mujeres argentinas, y ese mejor es, precisamente, la personalidad, el sello característico que distingue del montón a una sola mujer. ¿En qué se encuentra ese no sé qué inconfundible? ¿En el traje, en la forma de llevar los cabellos, en algún detalle exclusivo de su toilette? Nunca ha sido posible definir exactamente qué es lo que revela la personalidad en una mujer que la tiene. Sin embargo, no está fuera del alcance de nuestra mano el adquirirla. A eso debería tender la mujer argentina y

hacia eso trataremos de encaminarla desde aquí.

Nedda Francy, primera actriz del Teatro Odeón, ilustró esta nota. Las fotos son de E. de Renoir.

Detalle de los zapatos y bolso que acompañan este "ensemble". Ambos son de terciopelo color bric y pertenecen a un modelo exclusivo. Realza la confección de los zapatos tipo sandalia, un filete dorado y el botón que es un brillante.



La Moda no debe ser un denominador común

Se puede ser personal de muchas maneras, desde luego. No vamos a hablar de las que se destacan por su inteligencia o simplemente porque en su aspecto físico denotan ese "certo non so ché" que las hace diferentes a las demás. Sólo nos ocuparemos, ya que nuestro tema principal es la moda, de la personalidad en el vestir, de cómo tal o cual detalle puede significar mucho en la impresión de conjunto de una toilette femenina, y, por último, de todo aquello que pueda contribuir a crearle exteriormente personalidad a la que ha nacido sin ella.

HOY argentina me hace el honor de darme este agradable lugar en sus páginas, desde donde podré ofrecer a mis lectoras, futu-



La fina silueta de Nedda Francy se destaca con rasgos muy personales en este modelo de gasa chiffón marsil, con grandes rosas color bric. El largo lazo de terciopelo, también bric, se anuda con gracia, formando un amplio moño, que presta un detalle juvenil al conjunto. El ruedo de la falda también lleva como único ornamento un pequeño rush.

ras amigas mías —que en ese carácter me dirigiré a ellas—, lo mejor de mí misma, el fruto maduro de mi experiencia en todo lo que concierne a la elegancia femenina y, antes que nada, como ya lo he expresado, contribuir al desarrollo paulatino de su personalidad.

Ilustro esta mi primera crónica con un modelo para comida que luce la señorita Nedda Francy, primera actriz del Odeón. Gentilmente la señorita Francy prestará su concurso apareciendo en mi página de HOY argentina con modelos exclusivos, para beneficio de mis lectoras. Todos ellos, como el de hoy, poseen rasgos propios, pues precisamente la señorita Francy pertenece a esa clase de mujeres que tienen "it", vale decir, personalidad.

La gracia de las mangas, cuya importancia en la moda actual es muy grande, puede apreciarse aquí ampliamente. El escote de este traje, sin ser muy pronunciado en la delantera, se prolonga casi hasta la cintura por la espalda. Como único adorno va orlado de un pequeño rush de efecto encantador.

Queda así presentada mi sección, que comienzo con la sonriente esperanza de percibir calor de simpatía en las que me leerán. Y... hasta la próxima.—
MALENA.



Filosofía de cualquier barba

por

Alberto Hidalgo

Señores, pasen a ver mi barba. Es auténtica, con un color nocturno que da miedo. La anchura de su vivir no es muy grande, o lo es: no hay aún compañías de seguros que garanticen la vida de las barbas. De todas las partes del cuerpo, ésta es la menos afianzada, la que más queda en el aire. Puede compararse con la clásica flor de un día: rómese hoy en pimpollo, ardido de color y de gracia, a la tarde se marchita, y mañana cae del gajo. Aún no se ha visto que un cristiano se saque un ojo de puro capricho, se

ampute un brazo o se corte los labios; pero, en cambio, ¿quién podría sostener que tras de una noche de sueño corriente no le amanecerán deseos de afeitarse por entero? Triste destino el de la barba; su vida depende de nada, está sujeta a los vaivenes del buen humor o de la fortuna. Como Dámocles, está amenazada por una navaja Gillette pendiente de un hilo sobre ella. Conozco el caso de un señor a quien los negocios se le dieron vuelta, que se cortó la barba por entender que no era precisamente su mascota. A

muchos les ha ocurrido enamorarse de una mujer que les impuso como condición para entregarles sus encantos la extirpación de su capilaridad más querida. ¿Y por qué no pedir el holocausto de una pierna o de una oreja? ¿No sería más honorable el sacrificio de la nariz, tan aficionada a meterse en cualquier parte, y cuya existencia es bastante azarosa porque es la que recibe las bofetadas y sufre las puertas cuando se cierran?

(Continúa en la pág. 44)



FABRICANTES
PROYECTISTAS

Gurruchaga & Cia

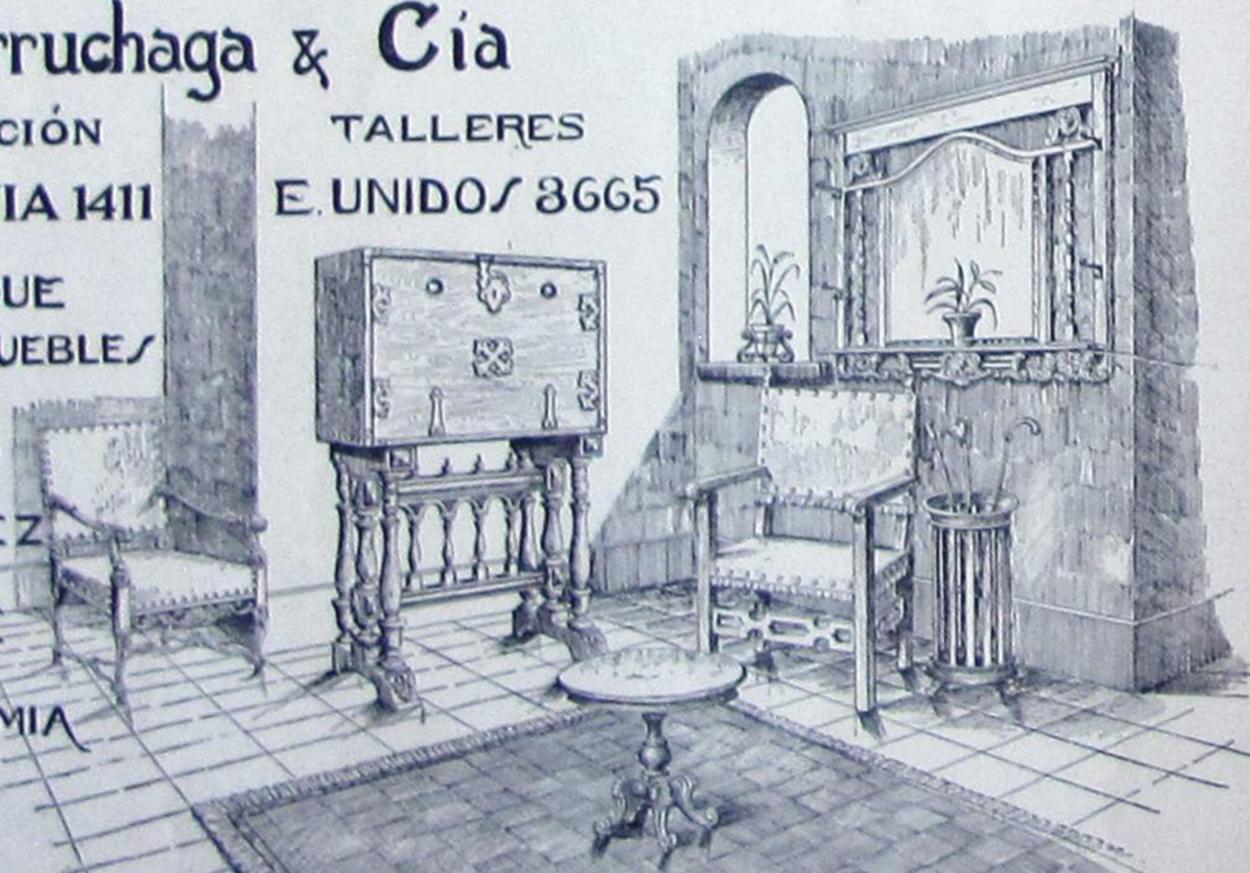
EXPOSICIÓN
RIVADAVIA 1411

ENGARGUE
LOS MUEBLES
A SU
GUSTO

SOLIDEZ

ARTE
Y
ECONOMIA

TALLERES
E. UNIDOS 3665



Reportajes a cosas inanimadas

POR

LEONIDAS
BARLETTA

El reportero se ha visto en inminente trance de abandonar la profesión. Cada vez que ha tenido que acercarse a alguna de esas figuras famosas en el mundo para requerir su opinión respecto de algún tema trascendental, media docena de colegas más... periodistas, lo han dejado con la palabra en la boca.

El reportero ha hecho un hipotético buche de paciencia. No en vano se llama Sofanor. Pero como hasta la paciencia tiene un límite, en determinado momento ha dado sobre su mesa de trabajo, y sobre todo, un recio puñetazo y en seguida ha mirado alarmado a su alrededor, pensando que su mujer le hubiese contenido con un: "¡Hombre! ¿Qué tienes?"

Pero el reportero ha podido respirar con tranquilidad porque es hombre soltero, solterón habrá que decir. No en vano se llama Sofanor y todas sus penurias domésticas, desde el cuello mal planchado hasta la sopa con pelos, que sirve doña Trini, las cuenta dirigiendo sus quejas y miradas a un retrato de Greta Garbo.

Greta es por ahora su única pasión, mal que le pese a José Gabriel. Nunca se ha dormido sin mirar sus grandes ojos tristes, ni ha despertado sin dirigirle los buenos días.

—Greta: — le ha dicho esta vez — ¡Estoy tan contento de haberte elegido por compañera de mi vida! ¡No has movido ni una pestaña por mi exabrupto!

Poniéndose las manos en los bolsillos del pantalón, empuñándose y cayendo sobre los tacos, ha agregado:

—¿Por qué yo, que oigo la voz de tu silencio, no he de ser definitivamente el reportero de las cosas inanimadas?

Luego añadió con una voz funeraria:

—Todo en el mundo habla al espíritu del hombre; solamente hace falta querer oír y se oye.

Inmediatamente se ha asustado de haber emitido semejante pensamiento, y como Greta Garbo lo mira dulcemente, tiernamente, y no se da el trabajo de aprobar o desaprobar, el reportero se abotona el saco (no tiene sobretodo) y sale decidido a interceptar con su sutil antena del entendimiento las voces sordas de las cosas inanimadas.

II

La noche es fina y desapacible, más a propósito para meterse en cama, con unas buenas cobijas, y leer las "Aventu-

ras de Pickwick", que para andar ambulando. Pero el reportero no en vano se llama Sofanor, Sofanor Tecla, y se detiene frente al escaparate de la zapatería "El arte lírico", de Nicolás Galantuomo, dispuesto a llenar su cometido.

Un botín con elástico y presilla ha observado la cara entumecida del periodista y su nariz roja por el frío, y de repente ha abierto su boca de sapo, dejando al descubierto sus dientes, es decir, sus clavos nuevos, en una estupenda carcajada.

—¡Caramba! — se ha dicho el periodista. — Yo creí que solamente reían los botines viejos.

Y esa carcajada — ¡oh, milagro! — en la campana neumática de la vitrina, ha sonado sin ruido, con un sonido que sólo ha tenido repercusión en las anfractuosidades del cerebro del periodista.

Y de pronto, siguiendo el ejemplo de aquel botín grosero, de once pesos con ochenta centavos, todo el calzado del escaparate se ha puesto a reír, incluso una modesta sandalia y una coquetona chinela con pompón celeste.

Y los zapatos de señorita, han entreabierto su boquita de pejerrey y han reído, y los zapatitos de bebé han reído también con una risa que recordaba el balido trémulo de los corderitos.

El reportero se ha sobrepuesto a la burla y ha iniciado el ataque conforme a las reglas periodísticas, acercando la boca al vidrio húmedo.

—Me alegro encontrar a ustedes en esta disposición de... material. Se ve que están ustedes contruidos con buen cuero.

Un zapato escotado, color té con leche, hizo un gesto despectivo, que el reportero tradujo, más o menos, por: — ¡No sea usted adúlón, señor mío!

El periodista, confuso, se sonó las narices, y no silenciosamente, por cierto, pues no en vano se llama Sofanor. Y este ruido despertó al dueño de la zapatería "El arte lírico", don Nicolás Galantuomo, de quien asegurábase que había cantado "Rigoletto", en ocasión memorable.

Cuando el ex tenor volvió a retomar el sueño, de codos en el mostrador, con la barbilla apoyada en una caja de betún y el prominente abdomen prudentemente oprimido contra el cajón del dinero, el periodista insinuó, dulcificando la voz y sin dirigirse a ninguno en particular:

—¿Sería posible obtener de ustedes algunas declaraciones para HOY?

—¿Es usted periodista? — preguntó la chinela con una voz de soprano ligera.

—Tenga usted cuidado con ésa — dijeron a una, un poco acatarradas, las zapatillas de baño: — es una chismosa.

El reportero se alarmó, pues vio peligrar su delicada misión. Por fortuna un terremoto, o un ómnibus, ahogó la contestación de la solitaria coqueta, que, por otra parte, no se hubiera podido consignar.

Cuando cesó el estrépito, en vista de que el cristal del escaparate estaba intacto y don Nicolás roncaba, el reportero preguntó dirigiéndose con alguna circunspección al adusto botín de presillas:

—¿Qué opina usted de la política?

—¿De qué? — inquirió vivamente, con una voz de bajo profundo. — ¿De la política, ha dicho usted? No sea necio, señor. Lamento que no esté aquí mi par para decirle a coro: ¿Cómo se le ocurre a usted preguntar semejante necedad? Un botín con elástico y presillas está al margen de esas paparruchas. Además, usted no debería ignorar que sobre ese tópico no opinan con propiedad más que las botas.

—Disculpe...

—Sepa, señor mío, que nosotros, los de mi clase, practicamos la filosofía.

—¿Tendrá usted opinión hecha sobre el amor?

—¿El amor? — rugió. — De eso saben estos pretenciosos...

Y señaló unos zapatos de charol con moño de seda.

—Pero nunca sabrán estos pobres lo que es un pie con juanete. La moderación, la sobriedad y la economía de quien lo posee, tampoco las conocerán nunca. Esas personas de edad madura, que andan reposadamente, que saben lo que es la alcachofa y el infierno y la ensalada de berro y el café con ron; esas personas que llevan el cabello cortado a la Humberto I^o y moñito postizo; esas personas que nos calzan como guantes y nos colocan en el piso, al acostarse, con respetuoso cuidado.

—¿Nos retratarán, señor? — preguntaron con candor los zapatitos de bebé.

—Pregúntenos a nosotros qué opinamos del amor — terciaron, agresivas, las zapatillas de baño.

—Nosotros — dijeron los zapatos de charol, con petulancia — creemos que el amor no se define, se conjuga. El mundo debería ser un gran salón de baile. ¡Queremos gastar nuestra vida, girando! Piense usted en esos deliciosos momentos en que, frente a dos ñatitas charoladas, nuestras punteras se persiguen picoteándose con los más dulces besos.

—¿También hacen el amor los zapatos de los novios? — preguntó azorado el periodista.

—¿Y qué se cree usted? — exclamaron los zapatos de señorita, color té con leche.

—Pero, esos zapatos de charol, ¡qué insoportablemente presumidos! — dijo la chinela.

—Bueno; — se atrevió a murmurar el reportero — yo...

—Comprendo — le interrumpió un botín con caña de paño gris —, usted quiere saber qué opinamos respecto de la política. Nosotros, querido señor no tenemos nada que decir acerca de ese asunto: Cualquier régimen nos viene bien y al fin el hombre optará por el que más le convenga. No ambiciono otra cosa que relacionarme con algún zapatito del treinta y seis, taco Luis XV, debajo de una mesa donde no haya perros ni gatos, aunque nos estén vigilando los más grandes y ordinarios botines del mundo.

Ahora, si usted insiste en saber qué opino de la política, le diré que todo junto se me importa un ardite. Soy oportunista. Pero si usted quiere saber qué destino político tendrá el mundo, lo mejor será que vaya a una fábrica de alpargatas.

Don Nicolás abrió primero un ojo y luego lo cerró para abrir hasta las orejas aquella boca que había cantado "Rigoletto" y lanzó un bostezo muy si señor mío. Luego alcanzó a ver al reportero, su servidor, que aplastaba la nariz contra el vidrio del escaparate, para no perder palabra. Abrió la puerta y dijo con sorna, en un lenguaje macarrónico:

—Si espera a Nicolina pierde el tiempo, porque le he escondido los zapatos para que no pueda salir.

SOFANOR TECLA

PALABRAS EN MI MUERTE

Der grosse Tod den jeder in sich hat
Das ist die Frucht um die sich alles dreht.

RILKE

Ya estás por fin durmiendo bajo el óvalo
de vidrio.

Con las manos cruzadas sobre el pecho,
sin un crucifijo, sin una flor.

Ya estás por fin durmiendo
En tu estuche elegante de roble y de
plomo.

¿No sientes frío?... ¿Dí?... ¡Friolento!

Hay un metro de nieve en la montaña.

Los abetos se agachan bajo el hielo.

Tiembla ahora, delicado.

Tiembla para la eternidad sin estufas
que te aguarda.

Las manos mercenarias te cerraron
los ojos obstinados de gallina muerta.
Te cruzaron las manos exangües y sin
gestos.

Una monja miope te rezó los rezos
Automáticos sin verte, sin saber tu
nombre, como se arroja al fango
una flor seca.

A la diestra te han puesto dos velones,
Y dos velones más a la siniestra.

¡...ee, ahora!

Luz espléndida tienes para devorar un
libro o escribirlo.

Si: para escribir una lírica carta
de amor a la morena amiga, lejana,
irremediable.

Para imitar las efusiones estúpidas
de Baudelaire con su gloriosa musa;
una viciosa horizontal enriquecida.
Tienes luz sobrada para edificar una
teoría, grandiosa como un imperio.
Tienes luz suficiente para alumbrar
al mundo.

Ya estás por fin durmiendo.

Tuerce ahora la boca.

Tuerce la boca desdeñosa y mordida.

Ríete de los otros. Ríete de ti mismo.

Ríete de tu destino que te dió brazos
en lugar de alas.

Ríete y muerde el óvalo de vidrio,

como la víbora escupe su veneno.

Muerde tu cárcel, rabiosamente.

Muerde tu destino.

Muerde y duerme para siempre.

(Desde el fondo,

En un rumor

de sillas arrastradas, de cuchari-
llas de café, de voces plañideras,
avanza una masa sombría de
llantos y rezos).

Bajo tus rasos ocultas tu lastimosa
tragedia.

No hablo de tus hombros sin carne,
ni de tus brazos carcomidos, ni
de tus dedos transparentes, ni de
tus mejillas lívidas, ni de tus cla-
vículas disecadas:

Torpe tragedia, gemela de cien mil.
Hablo de tu ambición por fin decapi-
tada.

Hablo de tu amargura por fin muda.
Hablo de tu ternura sin objeto ya.
Hablo de tu espantosa inquietud sin
confidencia.

¿Qué son tus brazos y tus piernas,
y tus nalgas, despellejadas como las
de un supliciado, al lado de la
piltrafa pálida y sin sangre y flá-
cida de tu corazón?

"—Habla, pide, implora, grita,
canta, ruge..." le decía a la
viscera fofo.

Y se aplastaba entre mis manos,
como se aplasta un hombre bajo
su fatalidad.

Tus pulmones... ¿recuerdas?... tus
pulmones hechos para respirar el
viento libre de las cumbres,
"Para respirar el viento de los héroes",
decias.

Los he tenido entre mis manos:
bolsas terribles de gangrena y de
pus, que despreciarían los perros.
Tus pulmones, que paladearon el
aire de los faros y del mar, el aire
solo de las montañas y los cielos...
Y tus músculos, patinados por el
sol del estadio, bruñidos por
los aceites...

Y tu frente, redonda como la
popa de un crucero...

Y tu sexo...

Ya lo sabes.

Eres un número más en la
colección innumerable.

Dios tiene también sus manías.

Podría juntar monedas o estampillas
o historias galantes o automóviles
usados.

Pero prefiere almas. Es su debilidad.

Dios es un anciano delicado y serio.

(Sobre todo muy serio).

Dios se compone de nuestras lá-
grimas y de tu sufrimiento.

Dios se compone de nuestras torturas
y de nuestro arrepentimiento.

¡Ah!... hemos llorado demasiado
para creer en las lágrimas.

Y en Dios, infinita bandera de
nuestra miseria.

"Con estas manos débiles amasaré mi mundo", decías antes.

¡Ya tienes tu mundo! ¡Ya tienes tu mundo!

Dentro de un rato el plomero te encerrará en tu mundo.

Hemos puesto un ramillete de violetas de los Alpes sobre tu frente.

Pero ya se batirán en retirada cuando avance la ola espléndida de tu podredumbre.

Cuando la legión irremediable de gusanos comience a construir tu mundo fosforescente.

Ah... general... Gran general en jefe de tu ejército blanco...

Alégrate, general... ya tienes un pueblo nauseabundo que te obedezca y te siga... visionario.

Pero no con tus manos... No amasarás tu gloria con las manos...

De tu vientre, de la bajeza de tus vísceras, nacerá tu gloria, pálida gloria triunfante de gusanos.

Y, en fin, ¿qué me importa tu destino sin cabeza, tu muerte — este feto de ángel que ni siquiera huele bien?

¿Vale tu vida una lágrima?

¿Vale tu muerte una blasfemia de germania?

¿Qué vientre de mujer has violado?

¿Qué espalda de hombre has traspasado con tu puñal?

¿Qué látigo, qué ergástula, qué venenos han manejado tus dedos?

¿Qué insidia, qué verdosa calumnia, qué mentira ennoblecieron tu boca, tu beatería de hombre de bien, tu ridícula, microscópica beatería de bien nacido?

¿Dónde está tu venganza? ¿Dónde está?

Tu angustia se quedó en palabras y en versos bien meditados, y en negaciones infantiles, y en confesiones con mujeres voluptuosas que te ofrecían los labios.

— ¡idiota! — y tú creías que te ofrecían el alma, y en el abismo pedante de tu duda, espejo demasiado claro.

¿Qué puedo hacer yo contigo?

Estás muerto. Sólidamente muerto: con ropillas de ángel, con puntillas de infante, vuelto a la niñez irrefutable, vuelto al útero de plomo de donde no te salvará ningún parto.

¿Para quién hablo?

¿Quién escucha a quién?

Cuéntale a la nieve tu tragedia

policial, tragedia de adulterio.

En vez de acostarte con la gloria — novia sin senos de los quince años — te acostaste con la muerte.

Una equivocación de cama, nada más.

Una tragedia de quinta edición.

¡Y qué fotografías para ilustrarla!

¡Qué grabados más originales, más exactos — es necesario impre-

sionar a los porteros y a las rentistas suburbanas que duermen

solas — que tu perfil afilado

por la consunción, que tus me-

jillas de cera, que la descompo-

sición grandiosa que te burbujea

alegremente en los intestinos, en la

boca violeta, donde la muerte se

despereza a sus anchas, como

una prostituta en la siesta!

¿Ves? Ni siquiera lloro. Ni me lamento.

¿Ves? Ya no me burlo más de ti.

¡Qué espantosa alegría me viene bramando a los labios!

¡Qué deseos violentos de bailar de alegría, de reír de alegría!

¡Hermana! ¡Hermana!

Venga usted a rezar por el muerto.

Fantasma sin vida; muñón de alma, encapuchado y tímido, venga usted a

rezar por los muertos...

Yo no sé más llorar. Me olvidé de

mi pena. He nacido de nuevo. Ya

nací para siempre.

Rece usted por el muerto. Muerta en vida: rece, rece...

Yo saldré por la nieve a contarle

a los astros mi triunfo;

a escupirles a los astros mi tremenda alegría.

Reid, estrellas.

Os escupo mi risa, como vosotras escupis vuestras luces desde la eternidad.

Reid, abismos, con vuestras bocas sin fondo, de rocas y rocas.

Reid, campanas.

Reid, sirenas de las fábricas, silbatos de los barcos, cañones, vientos, bosques.

Reid conmigo. Esta noche beberéis todos conmigo. Beberéis por el muerto.

Beberéis por un hombre bien muerto.

Beberéis por esta terrible alegría que me viene bramando a la boca.

Por esta pobre piltrafa sin sangre que irá al cementerio mañana temprano.

Reid, hombres de mañana.

Reid, nuevo sol.

M a r c o s V i c t o r i a

acotaciones

dibujos animados

el gato félix y el ratón mickey

El dibujo animado es un expandimiento de la fantasía. Su finalidad es "clownesca", sólo de aparición, y en su alternativa de sonidos se extingue la idea de la realidad, pero con una sencillez de sombra china, sin escamoteos inescrupulosos. La aparición del dibujo es inesperada y la desaparición vertiginosa; no hay cómodo tránsito visual sino sorpresa de aparición, encantamiento de líneas.

La sorpresa es así en el dibujo animado una condición primaria, el trazo y la idea son esbozos y menos apresurados que la ejecución. Pero esa ausencia lógica de ritmo es aquí justificada; el dibujo animado no tiene seriedad, no expresa "una" idea de acuerdo a un orden, sino sugiere "varias" ideas de acuerdo a ninguna finalidad. El trazo del dibujante es aquí una pirueta "clownesca" y no una sugerencia sentimental. Hay artificios en el desarrollo y en la ejecución. Están hechos de presentaciones absurdas y de pequeñas incorrecciones fugaces, pero este defecto no es su limitación sino su expansión. Lo lógico no manumite su acción ni cierra el marco de sus razonamientos. Es mentalmente una fantasía, un exceso, una locura; es la huida mental del hombre hecha de sueños pesados y de aspiraciones tasadas; es una divagación, un refozo mental de minutos, pero un escape mediante el cual el cerebro se burla de sus esfuerzos y se olvida de sus responsabilidades; es el eco de su propia risa repetido a voluntad y liberado de sí mismo.

Pero esta forma animada de interacción tiene también sus "actores" y aunque suelen ser intérpretes accionados a trasmano como los polichinelas, son en realidad más libres que estos, más ruidos y más expresivos. Su "vida" debida a líneas ajenas es un determinismo absurdo hecho de alternaciones y sin idea de continuidad; ignoran cuando aparecerán y por eso en el fondo de sus actitudes hay una sombra de inacción forzada. Su paso es breve, pero elevan esa fugacidad haciendo de su actuación un azar o un acierto y no un albedrío que se supone o desenvuelve; y por eso son extraordinarios en su actuación y en sus aventuras, porque

son libres e ilógicos, es decir, algo locos...

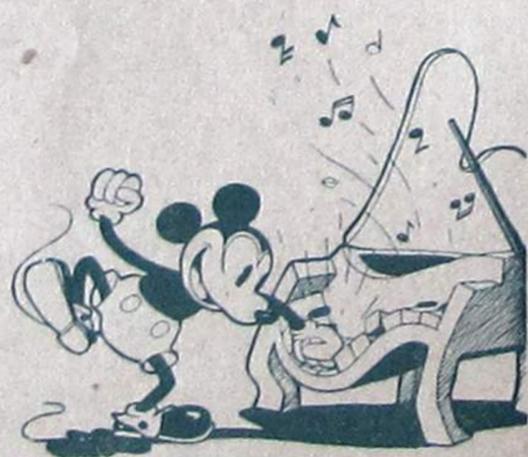
El ratón Mickey y el gato Félix son, en su "género", representativos. Cada uno es en sí un personaje, un actor importante creado en un horizonte artifi-



cial y en una perspectiva falsa, pero audaces y ligeros, surgidos en negro como una sombra de su propia sombra, es decir, como un artificio de una realidad... Pero tanto uno como otro se escapan a veces de su cautiverio de líneas; la pantalla es entonces para ellos una carrera y una liberación, un Mundo entero con arenas para el absurdo y montañas y cielo para los desplantes; su huida es el desquite y la mofa de su inferioridad real y por eso se rien con frecuencia. Hacen en su corto espacio de tiempo muchas locuras; su tránsito es un escamoteo constante; todo en ellos mientras actúan es entonces factible; hasta su misma ligera cola espanta-moscas es entonces una ayuda y un rectángulo de sorpresas como una caja de Pandora: caminan por el agua, transmutan los objetos, se trasladan en el espacio sin pautas de tiempo, aparecen y desaparecen, tienen complicaciones y problemas, pero su ingenio está en todos ellos — desde la cabeza a la cola — y en todo lo que les rodea: el árbol, el pájaro, el sol y la fuente; huyen cuando es preciso, aparecen y desaparecen; el paisaje para ellos no es más que una coincidencia, el encuentro una posibilidad, el enemi-

go un esfuerzo, pero el escollo no existe; son taumaturgos de la realidad.

El gato Félix tiene proezas de héroe desprendido y oportuno, ríe, opina y procede con celeridad, sin metálicas compensaciones...; su actuación es una audacia, un juego traslativo y una aventura ganada. El ratón Mickey es menos fuerte y por lo tanto más artero, y es que acostumbrado a huir juega con menos frecuencia y con ciertas restricciones; advierte en cada ángulo una perfeccionada ratonera; pero esto al fin no lo amedrenta, sabe ingeniarse y todo lo resuelve; ha multiplicado sus armas: la cola hace a veces de látigo, y sus dientes, además de sonrisas, tienen inusitadas corrosiones. Claro que como ratón algo exagera, pero su gesto ficticio de conquista es una compensación a su realidad perseguida; de la misma manera que en el gato Félix su movilidad de audacia es un desquite a su domesticidad. Pero son más nobles que el hombre en sus juegos: sus fantasías tienen puerilidades, pero el asombro ingenuo provoca la sonrisa y no la pesadez. El dibujo



animado — artificio mecánico de piruetas "clownescas" — es así sólo una animada irrealidad intrascendente; pero, al sesgo, es a veces un corto desquite del hombre burlándose al fin sin limitaciones de sus sueños y de sus anhelos fugaces; y el sonido sincronizado no es más que una lamentación o una risa a destiempo; quizás sólo una risa agobiada o libertada, pero eso es, precisamente, lo que no se sabe.

ALFONSO LONGUET

cinematográficas

CORTO METRAJE

EN la presente temporada podremos ver que el cine poco ha adelantado. Sigue siendo el de hace dos y tres años. ¿Consecuencias? La importancia que se le da a las estrellas...

FUERTES empresas han pedido desesperadamente a Carlitos Chaplín que haga un par de películas para salvarlas de la derrota. Carlitos llena las salas. A ellas no les interesa la parte intelectual del gran bufo, saben que da mucho sport y hay que interesarlo en los negocios... Si no le harán pagar sus exageradas vacaciones entre una cinta y otra.

LA venus rubia", la estrella de la melancolía de tugurio, Marlene Dietrich, ha reñido con su amante, la señorita Nina Acosta, que es la verdadera "directora" de Marlene. Parece que el legado sexual de Greta Garbo tiene sus pequeños caprichos... Suponemos que no será el de la maternidad.

EL sexualismo de los films norteamericanos se ve en seguida que es obra de Mercurio. Los yanquis son ingenuos y practican el amor tan tontamente que se han visto en la necesidad de revisar escatotecas para infundir ánimos a los héroes del "Evening Post" que se han derramado frente a las cámaras...

CUANDO los yanquis filman rollos donde los sentimientos proletarios tienen un verdadero sentido de la moral revolucionaria, es porque se creen en la necesidad de satisfacer a esa cantidad de aficionados que hay en cada parte del mundo. Cumplen con todos.

DICEN que silbaron "Como tú me deseas" en Mar del Plata. ¿Acaso von Stroheim habrá querido vengarse de la estupidez eterna de las heroínas de Gréta y aprovechó la ocasión de dirigirla, para organizar su protesta? Esperemos.

LOS pobres "extras" de Hollywood atraviesan malos momentos. Cada día resulta más difícil ganarse los reglamentarios siete dólares y medio...

GRIFFITH, sigue siendo víctima de su acrimonia sentimental. Lillian Gish no quiere amarlo. Griffith y Chaplín son los amantes más exigentes del cinematógrafo.

CHARLES Laughton, actor inglés que se presentó en "El demonio y el abismo", es uno de los traspiés más sensacionales en materia de "descubrimientos". Jannings puede estar tranquilo.

Frases Célebres

PODRÍA quemarse todo el material realizado hasta hoy para conservar una única y verdadera expresión cinematográfica: "El acorazado Potemkin". — Douglas Fairbanks.

Diferencia social entre el cine Europeo y el de los Yanquis

Siempre ha existido entre el cine europeo y el americano una diferencia social. Contra la creencia de un antagonismo técnico, la verdadera causa del fracaso anterior del cinematógrafo europeo en todos los públicos del mundo, fue la descripción de la humanidad.

El hombre, elemento objetivo y subjetivo del cine, fué para los de Europa el punto básico de sus creaciones. Los norteamericanos muestran al hombre como una cosa romántica, dándole verdadera importancia al escenario, interior o exterior. En los europeos, la preocupación de ahondar sobre la presencia del hombre en el séptimo arte los condujo a una exposición constante de problemas a resolver, ahuyentando a los espectadores ingenuos que iban al cine a ver "la vida en movimiento", desde un ángulo de diversión. Arma agregada al libro, la música y la plástica, el cine de Europa padeció de humanismo. El espíritu dramático de las producciones los llevó a emplear elementos del teatro. Y aparecieron aquellos fantasmas de Francesca Bertini, Pina Menichelli, Sara Bernardth, los Mathot, Za-La-Mort, Marie Desjardins, Livio Pavanelli y otros intérpretes, cuya máscara del tablado infundía grotescas apariencias en la pantalla.

Mientras los yanquis encontraron el equilibrio en el campo abierto, en las dinámicas persecuciones policiales de las cintas en series y los efectos más ajustados a la emoción popular, los europeos sufrían porque sus films salían verdaderos ejemplares de turbia y pesada ciencia.

El cine europeo hacía historia política de la humanidad, los yanquis creaban un modelo de vida. Se llevaron por delante la elocuencia trágica de los adulterios estampados en el celuloide de la vieja Europa, y exhibieron el optimismo. El optimismo de los norteamericanos, inventado para engañar a los impotentes, calmó en parte las aspiraciones económicas de muchos miserables.

El cine les enseñaba a ser perseverantes, a sentir respeto por los patronos y confiar todos sus deseos a la religión. Los europeos exaltaban la violencia. Sus películas mantenían el tono severo de una queja. Los muñecos del lienzo se alzaron más de una vez contra la sociedad. Había amantes que no podían gozar su sueño por una opresión burguesa. La muerte surgía al final como la verdadera salvación.

En las cintas de Hollywood siempre mueren los malos. Los buenos triunfan ante el frenético y bien amaestrado optimismo popular.

Ahora los europeos parecen haberse dado cuenta de tamaña "realidad" y empiezan a rodar films con vistas al gusto de la platea. Estamos asistiendo a la época más conservadora del cine. Si hay excepciones, queremos verlas.

ELISEO MONTAINE



LA SOMBRA DEL CINE

Hace poco, en un día de asueto, tuvimos una divergencia con un amigo. El quería pasar la tarde en un cinematógrafo. Yo me negaba a clausurarme en ese recinto de penumbra. Quedamos en reencontrarnos a la noche, y cada uno tomó por su lado. Yo pasé la tarde charlando amistosamente en casa del poeta José Sebastián Tallón. Formábamos tertulia con Armando Cascella y el compositor Angel Greco. Entre mate y mate, y como sazonando cada mate, intercambiábamos opiniones o referíamos anécdotas. A ratos el diálogo se estremecía con un chiste o se detenía en una pausa. A veces nos trezábamos en discusión casi acalorada. El ritmo de un diálogo tiene más altibajos que una sinfonía. Sin que nos diéramos cuenta, minuto a minuto, la tarde se fué consumiendo. La conversación comenzó a languidecer. Entonces Greco empuñó su guitarra y tocó su último tango "Naípe marcado". Desde ese momento la música se adueñó de nosotros. Greco tocaba y a veces cantaba algunos tangos de la época heroica, milongas ya olvidadas y aires nativos. De cuando en cuando, Greco, ya señor de la tertulia, matizaba su audición con el relato de algún suceso en los tiempos extintos en que nació el tango. Sobre la mesa que rodeábamos los cuatro, seguía chillando en voz baja la llama indecisa del primus casi apagado. El día se recostaba sobre las azoteas y las sombras entraban en el cuarto despacito, pegoteándose al suelo como perras sarnosas. Y a medida que la sombra crecía aferrándose a los muebles, los relatos de Greco — historias de mandrines casi todos — parecían más actuales, más nuestros, y la música que Greco arrancaba a su guitarra de más en más, era la única voz que podía decir lo que nosotros no éramos capaces de decir, sintiéndolo y sabiendo lo que sentíamos. Era como si junto con las sombras se hubieran colado en el cuarto y en la guitarra misma todas las tristezas de esos hombres que fueron con nuestras,

propias tristezas idénticas a las tristezas de toda la cuadra. Era como si la sombra tuviera sordina y amortiguara todo menos esa voz de las cuerdas vibrátiles. Como si todo, menos esa voz, fuera inútil, estéril en la disolución de la noche. La noche seguía creciendo y al final y durante un largo rato el único resto del día fué un hilo de luz que temblaba en el filo de la pavita. Después ni eso. De la calle llegaban algunos ecos de juegos infantiles, algunos estrépitos de vehículos, algunos rumores sin ubicación precisa. La calle estaba cerca de nosotros, pero nosotros estábamos lejos de la calle. Estábamos de más en más adentrándonos en nosotros mismos, de más en más abismados en el asombro de existir, de recordar y de esperar. Y estando así de más en más ensimismados, estábamos cada vez más cerca el uno del otro en la simultánea bravura y debilidad de lo exclusivamente humano. Después salimos y la noche habitual nos dispersó. Pero ese momento había tenido una intensidad. Yo iba por la calle más ligero, sostenido por una alegría sin sonrisas. Había pasado una tarde agradable y me sentía un poco mejor y más confortado. Tenía, sin saber porqué, la sensación de un trabajo cumplido, de un mejoramiento realizado.

Más tarde reencontré a mi amigo. Había estado enterrado en un cinematógrafo. Se manifestó satisfecho con la exhibición. Los films no eran mejores ni peores de lo que habitualmente son. Pero su satisfacción era reticente. A mis preguntas minuciosas respondía con elusiones, como si estuviera un poco amedrentado de antemano por una sonrisita burlona que yo no podía evitar. Elogiaba su recreo cinematográfico, pero lo elogiaba a flor de piel, como con temor de hurgar el contenido de su propia satisfacción. Es que en el fondo estaba disgustado. Había pasado toda la tarde entremezclado con personajes de delirio, y entremetido, como vieja chismosa, en episodios tan inverosímiles que no resis-

tían la narración en la plena y dura realidad de la calle. Ora se trataba de un ladrón empedernido con graves sospechas de asesino, regenerado por el amor de una muchachita millonaria y pacata, y el ladrón concluía en jefe de policía y en comerciante también millonario. Ora se trataba de una pobre dactilógrafa enamorada del hijo del patrón y de quien el hijo del patrón estaba enamorado, y a pesar de la oposición paterna se casaban, él dispuesto a enfrentar el destino a brazo partido, desheredado, decisiones a último momento malbaratadas por el azar que cedía a la pobre dactilógrafa una inesperada fortuna. Ora eran truhanes. Ora eran príncipes. Pero eran, de todas maneras, gentes tan distintas de mi amigo, tan desemejantes de preferencias y posibilidades como pudiera serlo un problemático habitante de Marte. Había estado en el cine como quien está delirando. Había estado en el cine como quien está dormido y soñando. Había andado entre gentes sin ninguna comunicación directa con él. Mezclado con personajes contruados, en que cada uno llevaba bien a la vista los signos de su símbolo. Antipatía fisonómica evidente el vil. Simpatía el bondadoso y digno de ejemplo. Allí las muchachas buenas eran las bonitas indefectiblemente; y las feas, perversas. Eran esquemas de personas y no personas enteras. Frente a ellos las cualidades inteligentes permanecían inactivas, porque todo estaba ya dado, porque estaba ya contruido inmutablemente. Esas vidas impuestas por la contemplación cinematográfica no tenían con él ninguna relación de paridad, pero pasaron ante él dejándole un rastro de disconformidad, un desapego por lo suyo. En la pantalla paladeó probabilidades y voluptuosidades que en él no obtendría nunca. La novia que el ladrón regenerado obtuvo, él no la obtendría jamás, porque la realidad no produce esas mujeres cercanas al ideal de perfección física que ofrece la pantalla. Cualquier mujer real

tendrá un defecto: un lunar, un tono de aliento, un aroma de pelo, un vello, o una desviación de carácter que esa mujer incorpórea no tenía ni tendría jamás.

Yo, en cambio, había pasado mi tarde entre amigos de preferencias similares. Al hablar, aún al hablar desprevenidamente, uno al otro nos enriquecíamos con la experiencia ajena. Nuestra fantasía se entretuvo, no en el moldeo de existencias disparatadas, sino en la imaginación y comprensión de vidas semejantes a las nuestras. Habíamos vivido otras experiencias al vivir otros episodios. Era como si en el breve intervalo de unas horas hubiéramos absorbido la

substancia más rica de otras existencias. Eramos un poco más viejos en sabiduría sin ser más viejos en años. Y habíamos podido aprovechar esa experiencia, o a lo menos teníamos la posibilidad de aprovecharla, porque era de esencia muy semejante a la nuestra. Si la nuestra hubiera sido una tertulia de obreros, de otros obreros, hubiéramos hablado. Cada uno busca instintivamente las vidas orientadas en coincidencia.

Además, mientras hablábamos nos manteníamos en un constante ejercicio de sentidos, de atención y de agudeza para pescar la intención de

un gesto, la picardía de una mirada, de una inflexión de la voz o de un ademán que daba sabor a la anécdota.

En la sombra del cuarto en que yo había estado charlando me había acercado a mi vida — donde toda otra vida está en potencia —. En la sombra del cine mi amigo se había alejado de su vida. Y esa es la sombra dañosa: la que se interpone entre nosotros y nuestra realidad, y nos impide abrazarnos íntimamente al único bien que poseemos en la tierra: nuestro cuerpo y nuestro espíritu, que juntos constituyen nuestra realidad.

R a ú l S c a l a b r i n i O r t i z

Amigo lector: vea y lea todas
las páginas de

HOY argentina

Comprobará que es la revista más interesante de América.

Que puede y debe ser llevada a todos los hogares.

Que es por la calidad de su lectura, la personalidad de sus autores y la originalidad de su presentación la más barata de todas las publicaciones.

HOY argentina

debe estar hoy, mañana y siempre en sus manos.

Ejemplar 0.20 cts. -- Suscripción a 12 números \$ 2

HOY argentina

MAIPU 457

U T. 31, Retiro 3634

Radiotelefonía

La Industrialización de la Radio

En teoría, cada descubrimiento de la ciencia o el alcance de un perfeccionamiento de la técnica implica un paso adelante en el camino del progreso. Pero en la práctica, cualquiera de esos hallazgos, si son susceptibles de caer en el dominio del industrialismo se alejan de los altos fines a que estaban destinados. El afán de lucro, fácil e inmediato, única finalidad de la actual sociedad capitalista, aprovecha y explota el resultado del esfuerzo paciente del inventor, a quien movió, seguramente un propósito social y humano antes que el acicate utilitarista.

Es lo que acontece con la radiotelefonía el más reciente y prodigioso de los descubrimientos. Desde que el inventor de la válvula dió forma definitiva a la transmisión, asegurando al mundo una nueva conquista, aún la utilización del gran invento no pudo escapar a los tentáculos de la voracidad industrial y mercantilista. La radiotelefonía iba a constituir un poderoso elemento de acercamiento y cultura entre los hombres de las latitudes más opuestas y su influencia tenía que gravitar profundamente en el intercambio intelectual y espiritual de los pueblos más distantes. Sin embargo bien lejos ha estado esta presunción de la realidad. La radiotelefonía se ha convertido hoy en un verdadero tormento y en un poderoso medio de descomposición del buen gusto y un ataque a la cultura.

Tormento porque la propaganda comercial, de toda índole y pelaje, ocupa el primer plano. El aviso comercial impone, no solamente su primacía demasiado absorbente sino también la calidad de los programas que, por lógica consecuencia, no pueden ir más allá de los móviles que inspiran a aquellos. El aviso vale por el número de las personas que se enteran de él. Y como la radiotelefonía cuenta con un número ilimitado de adeptos, a veces supe-

rior al mejor cálculo, el aviso se valoriza y se entroniza en la radio en manera sorprendente. Traza sus directivas e impone o aprovecha todo aquello que pueda ser de más fácil difusión sirviendo preferentemente el gusto superficial de las mayorías.

Y es así como se convierte en medio de descomposición del buen gusto y en atentado permanente contra la cultura. Este fenómeno no es exclusivamente nuestro. Es, salvo contadas excepciones, de índole universal. Entre nosotros vemos el mal agravado día a día sin prever su mejoramiento. Las estaciones — son una veintena — creen que su función es transmitir durante dieciséis horas consecutivas, cuando no más, de las veinticuatro de que consta cada día. Las de mayor crédito y auge matizan, en proporción demasiado pequeña, con alguna nota de pretendida calidad sus monótonos y chatos programas, y las que se cuentan entre la categoría de las "populares" buscan la manera de darle manija al mismo disco con variantes que nunca van más allá de una reedición disfrazada. Artísticamente la radiotelefonía realiza una función demasiado inferior, y lo seguirá siendo por mucho tiempo mientras los comerciantes que la explotan no disminuyan un poco su propósito exclusivo de lucro en homenaje al verdadero papel que, por su naturaleza, le corresponde jugar.

Por otra parte poca o casi nula es la acción del Estado en el sentido de mejorar las cosas. La existencia de una estación oficial nos ha demostrado que en concepto directivo y de iniciativa va a la zaga de las particulares. Sufre de los mismos males y persiste en idénticos errores. Las grandes manifestaciones artísticas no tienen todavía un lugar fijo en las diversas estaciones de radio y los aspectos de la cultura, aun en lo general, no han hendidido aún los sorprendentes alcances del micrófono. Es lo mismo que acontece en otros órdenes de la vida. El industrialismo base de la sociedad capitalista, prima por sobre todas las cosas e impone a todos su dictadura.

PALA.

Onda corta

El éxito de una tonadillera determinó — de esto no hace mucho — una verdadera invasión de ese espécimen en los escenarios porteños. La pasión de cualquier chica con un hilito de voz era llegar a ser tonadillera. Y lo fueron muchas. Poco después el éxito de una declamadora provocó el advenimiento de otra plaga. Y por todas partes salieron las recitadoras. Toda chica, un poco cursi y sentimental, aprendió de memoria algunos versos, buscó un tablado y los recitó en público. Pasó el auge de las academias y los "recitales poéticos" y cuando estaban a punto de desaparecer sus cultoras buscaron un lugarcito en la radio. ¿Cuántas de ellas nos obligan, en gracia al buen sentido y al buen decir, a hacer girar el dial? Estas etéreas intérpretes del arte etéreo no encuentran ubicación en el eter. Las rechaza.

* * *

Para ser director artístico de una estación transmisora, solo se requiere una condición: ignorar todo cuanto tenga relación con lo artístico. Cuanto menos se sepa valorar las cosas mayor será el éxito.

* * *

El "gauchaje", que rayó con la estulticia de sus mentiras "tradicionales" los escenarios porteños, infecciona ahora el aire valiéndose de un aparatito moderno: el micrófono.

LUONI Hermanos

Empresa General de Construcciones

BUSTAMANTE 68

U. T. 62, Mitre 0568

PIDA PRESUPUESTO

(Continuación de la pág. 4)

de la noche, trepar al tranvía que ya habrá llegado y esperar, recostado contra el cristal de la ventanilla, a que el coche parta: esperar allí cinco minutos, diez, aunque sea una hora. No importa: desde el tranvía inmóvil, ya sentirá alejarse de sus nervios la pesadilla del barrio infame, ingenuo y triste. El cristal de la ventanilla lo separará de su aventura como un año. Y cuando dos campanillazos inicien la marcha, Myosotis no será más que un capricho de su fantasía, el vago recuerdo de un sueño, la cabeza de todas las mujeres sin rostro que ha poseído en los sueños. Pero el papel se le pega a los dedos y las piernas no aciertan a moverse. El corazón le enfría las mejillas. Myosotis lo ha mirado. El está ahí, solo en el mundo, huérfano, débil, desamparado, lleno de miedo, lleno de coraje. Teme haberse vuelto mudo, mas, ¿cómo hacer para probarlo? Debería hablar, pero su voz es una puerta que no se atreve a abrir. Su corazón, en tanto, no ha dado más de sesenta golpes. Y ese hombre moreno, flaco temible de venenos enloquecedores, con los ojos fijos en el papel. Y ese viejo sucio, ansioso, respirando hondamente, como en la agonía de una sensualidad resucitada y fúnebre. Y la mirada de Myosotis otra vez lejana.

El Profesor Ulanoff, entreverando su humillación en un enojo, interroga a Myosotis. Ella responde:

—Valencia, quince de febrero de 1903. Francisco: Tengo que pedirte perdón.

El Profesor Ulanoff devuelve al viejo su pliego amarillento, y éste, agitando la página, convulsivo, le pregunta a gritos:

—¿Nada más? ¿Nada más? — Y sale de la barraca andando con el paso de un joven, como si otra vez viviera en el año de la carta, del cual, quizás, no haya pasado.

—¿Y usted?

El órgano, afuera, ha recuperado bríos.

—A usted le hablo.

Es a él, a Carlos Ibarra.

—Ah, sí. — Y no sabe si él le da el papel o el otro se lo quita de la mano.

El Profesor Ulanoff tiene venas muy gruesas en el cuello, unos labios crueles, unos ojos que brillan mucho. El Profesor Ulanoff no está para todo eso. Primero, el viejo; ahora, este chiquilín. La noche va acabando mal. El chiquilín... Es el mismo de hoy: lo reconoce. Pero, además de las complicaciones poli-

ciales, el Profesor Ulanoff es un hombre de ciencia, y Myosotis una rara flor tropical. Ulanoff sonríe y transmite.

La frase amanece entre los labios de Myosotis:

—El me quiere mucho.

E Ibarra, al salir apresuradamente de la barraca, no ve que Myosotis también ha sonreído.

El último tranvía ya partió. Los teatrillos, los salones de novedades, los bares automáticos han cerrado sus puertas. Toda la vida de la barriada se concentra en los cafés, de cuyas entradas desaparecieron los porteros insinuantes. Los cafés tienden, sobre la calle, alfombras luminosas, de distintos colores, que la cruzan. Pasan sombras solitarias o dos sombras dispare, alborotadas en palabreríos que les hacen simular una velocidad mayor de la que llevan. Toda la barriada está envuelta en la atmósfera de un cuarto cerrado, de paredes color rosa pálido animadas con dibujos cortados de revistas y con fotografías en las que las mujeres, totalmente desnudas, hacen naufragar la tentativa de inocencia de sus sonrisas en la lujuria pobre del tapiz de las sillas; de un cuarto donde una lamparilla eléctrica, colgada al extremo de un cordón que pende del techo, alumbra amarillo a través de una página de diario que la cubre y en que una estufa a kerosén, de mecha mal cortada, exhala un humo espeso y acre. Toda la barriada está al borde de una cama cubierta por una colcha cuyas

Augusto

Mario

Delfino

Ilustración de ALBERTO ARRASTÍA

Llame por teléfono al 31 Retiro 3634 y en el mismo día irá un empleado de esta revista a hacerlo suscriptor.

flores en relieve no alcanzan a ser flores.

Carlos Ibarra es una sombra que pasa en silencio. Podría irse a pie hasta el centro de la ciudad y allí tomar un nocturno que lo llevase cerca de su casa, pero, sin preferirlo, sin darse cuenta de lo que está haciendo, va y viene por las callejas en cuyas esquinas hay postes para que se apoyen los borrachos que vomitan su incoherencia y su vino, solos en su delirio, sin un consuelo, sin un insulto.

Entre baldíos, rodeada de vías de ferrocarril, hay una casa que aparece siempre en las conversaciones de sus amigos cuando se reúnen junto a la vidriera del almacén. Carlos Ibarra, que nunca estuvo en ella, podría entrar y preguntarle por Lili, Odette, Renée, Clarita, Susana, María Rosa, Amanda y Adalgisa a la encargada obesa que tiene el maxilar inferior hundido, o tal vez daría con cada una de ellas sin recurrir a nadie. Susana, el cabello rubio y negro el vello de las axilas; Renée, tan pequeña y delgada como la hermanita de Antonio... Allí, a veinte pasos, está la puerta. Tres billetes de un peso, nuevos, duros, crujen dentro del bolsillo del aventurero. Pero, ¿cómo infamar el rostro de Myosotis? Y otra vez los rieles, sus durmientes, las callejas, los cafés con sus luces de alba, las sombras solitarias, las sombras enlazadas y dispare andando tras la premura de una conversación. Y, más preciso, un hombre que camina delante de Ibarra, en su mismo sentido. Junto a él, arrimada a él, prendida a él, una muchacha. Ibarra da cuenta de que ha visto a ese hombre en alguna parte, está seguro de ello, lo reconoce. Es el Profesor Ulanoff, pero un poco encorvado. Ibarra apura el paso, desea ponerse a la par del sujeto que antes, para él, sólo era un medio, y contra el cual ahora experimenta un sentimiento que hasta hace un instante desconocía. Los hombros del Profesor Ulanoff son repugnantes, la nuca del Profesor Ulanoff da miedo como un muerto. Ibarra se acerca cada vez más a la pareja.

Un sueño no es, precisamente, una arteria, pero parece una arteria que se rompe cuando se rompe. Antes que sus ojos, su corazón ha visto. La muchacha que va junto al Profesor Ulanoff, arrimada a él, prendida a él, es Myosotis. El florero está vacío en la barraca. Myosotis también tiene un sombrero oscuro, una bufanda de lana, una blusa clara, una falda ceñida a los muslos, medias color carne, zapatos con los tacos torcidos.



GALERIA DE HUMORISTAS DE HOY

BUSTER KEATON

Mi novela contra Rusia

Ahí he visto que se ha organizado un concurso mundial de novelas sobre el comunismo.

Como soy un bacán, según nadie lo ignora, el asunto me interesó enormemente. Y entonces me dediqué a conseguir datos sobre tan plausible concurso político-literario.

De entrada no más tuve la enorme satisfacción de comprobar que, pese a las campañas difamatorias de los elementos subversivos empeñados en mostrarnos como a individuos sórdidos y materialistas, nosotros los bacanes continuamos conservando intactas las virtudes del candor y de la inocencia. ¡Que somos egoístas y calculadores! Vamos, hombre. La nuestra es una ingenuidad casi infantil. Lo prueba este concurso. ¿Acaso no se necesita ser muy inocente para creer que vamos a destruir el comunismo con novelitas? ¿Acaso no es una conmovedora prueba de candor esto de iniciar una campaña contra el comunismo a base de concursos literarios?

Experimentada esa primera y legítima satisfacción de comprobar inmaculado nuestro seráfico candor, me dediqué de inmediato a enterarme de las bases y condiciones del concurso. Y supe, así, que el concurso es absolutamente libre. Lo único que se exige es que se hable mal del comunismo.

Allí se derrumbaron mis esperanzas. Estaba visto que debía aguantarme las ganas de intervenir. En efecto; si la finalidad del concurso es la de mostrar los horrores del comunismo, me parecía evidente que sólo podrían intervenir en él aquellas personas que han comprobado que el comunismo es un horror, es decir, las personas que conocen Rusia. De lo cual deduje que el concurso fracasaría en razón de que los más indicados para llenar su finalidad serían los escritores rusos. En realidad, ellos son los únicos que tienen autoridad para decir lo que pasa en Rusia.

—Van muertos — me dije. — Tiene que fracasar un concurso contra el comunismo que obligatoriamente debe organizarse en la tierra del comunismo. Los únicos que podrían escribir un verdadero libro contra Rusia son los escritores rusos. Y no me imagino cómo diablos se las van a arreglar para organizar en los Soviets un concurso semejante.

Pero resulta que, como siempre, yo estaba equivocado. El concurso no va a fracasar, de ninguna manera, porque no es necesario conocer Rusia para intervenir en él. No ya conocer realmente, por vivirlo, el régimen allí imperante. No ya haberse comunicado con las personas que viven de acuerdo a ese sistema, por conocer su idioma. Ni siquiera es necesario haber estado en Rusia como turista. Lo que se necesita es hablar mal de Rusia. Esa es la finalidad del concurso.

* * *

En las bases no se dice nada de que el autor deba conocer la vida que se lleva en los Soviets. Lo que se impone, como condición fundamental, es que hable mal, aunque no haya salido en su vida de su pueblo natal. Aunque no conozca absolutamente nada de lo que está pasando en Rusia, cualquiera puede ganar ese liberalísimo concurso. Lo puede ganar cualquiera: el que hable peor.

Tan fácil es el asunto que he decidido escribir una novelita y mandarla. Total, no se necesita andar buscando datos ni recogiendo hechos de la realidad, que es lo realmente secante. En este caso, basta con dejar correr libremente la imaginación. Y para eso yo soy una fiera. Tanto que estoy seguro de que me voy a pelear el concurso.

Para que no quede ninguna duda de que los 50.000 francos vendrán a parar a mi bolsillo, explicaré en pocas palabras el argumento de mi novela.

El argumento de mi novela sobre

lo que pasa en Rusia, es de lo más sencillo y razonable. Como no sé una palabra al respecto, conforme les pasará a todos los participantes, no me queda más remedio que encajarle a Rusia los defectos sociales que conozco. ¿Y cuáles son los defectos sociales que conozco? Pues los de nuestro sistema. Yo estoy seguro de que no se necesita más para escribir contra Rusia un libro demoledor.

En efecto; a través de mis páginas pintaré millones de comunistas viviendo en la miseria, lo mismo que nuestros desocupados. Diré que en Rusia se hacen especulaciones, exactamente lo mismo que en nuestros centros bursátiles. Afirmaré que en Rusia unas cuantas personas se enriquecen a costa del hambre de los demás, ni más ni menos que lo que sucede entre nosotros. Demostraré que en Rusia se gastan millones y millones en armamentos para preparar la próxima guerra, a semejanza de las grandes potencias. Probaré que en Rusia se producen verdaderas hecatombes, parecidas a la que sufre Estados Unidos en estos momentos. Y guardaré mis peores adjetivos para calificar la falta de libertad que existe en Rusia, donde nadie puede hablar libremente, a semejanza de lo que sucede en tantas naciones donde no impera el régimen comunista, precisamente.

Utilizaré el pretexto del comunismo para hacer un fiel retrato del capitalismo. Y ello me bastará para juntarme con los 50.000 francos. Cambiando el lugar de acción, estoy seguro de que será suficiente el relato de las cosas que pasan entre nosotros. Hombre; pasan tales cosas entre nosotros, que, si les cambio de nombre y consigo encajarles la mula, no hay ninguna duda de que el jurado me otorgará el primer premio del concurso de libros contra las cosas que suceden en Rusia.

Con el agregado de que, al llegar a la última página, todos los lectores exclamarán:

—¡Qué horror!

Buster Keaton

aquí están los personajes de mi his-
torieta que comenzará el próximo número



(Continuación de la pág. 32)

Eso equivale a declarar superfluo el uso de la barba. Y no lo es. ¿Cómo puede serlo si desempeña un rol importantísimo, trascendente, en todo rostro? Vale más una buena barba que una frente ancha o unos lindos ojos. Una buena barba no pasa nunca inadvertida. Ella dice siempre: "aquí estoy". Es un punto de



referencia: "¿ve usted ese señor de barba? Bueno, pues ahí es el correo". Las descripciones comienzan, por lo común, así: "estaban allí varios señores, uno de ellos con barba". Porque también es una jerarquía: un señor afeitado es solamente un señor; un señor con barba es un caballero. Pule las maneras y orienta la conducta de quien la porta. Conduce a los grandes hechos, no a las mezquinas acciones. Da el hábito del heroísmo, del esfuerzo corajudo y enérgico, nunca de lo pequeño y débil. Un barbado podrá ser asesino, pero no ladrón. Jamás se ha sabido que esos buenos sujetos que entran a robar en las casas o desvalian los trenes sean barbones. A lo sumo algunos se desfiguran con una barba postiza. Es que no brota sino en las caras limpias y en las almas nobles: la irrigan la honradez y el decoro.

El propio respetable señor don Pedro Larousse cuenta en su famoso diccionario que caldeos, asirios y hebreos "cuidaban mucho sus grandes barbas, como si fueran una representación simbólica de la sabiduría". Sabemos que hubo tiempos en que era sagrada, cosa de respeto, sólo permitida a los nobles y a los inteligentes. Había tribunales encargados de otorgar permiso para llevarla. Era la Legión de Honor de aquellas épocas.

Además hay individuos, y eso es ya el paroxismo, que nacen con barba. Son los abanderados, los lugartenientes; mejor, los académicos de la barba. La tienen por derecho divino y ejercen su ministerio con una suerte de religiosa austeridad. Ellos no pueden ver impasibles que cualquier quidam se la haga madurar. A esas barbas las consideran advenedizas, y sus miradas les prenden fuego de una vereda a otra. Las odian como a intrusos, como los reyes odian a las mujeres de los príncipes casados al margen de la nobleza. ¡Son barbas morcanáticas! Entre nosotros hay un hombre nacido con pelos en el mentón. Muchos co-

nocen su historia, que es ésta: una partera fué llamada en cierta ocasión a atender un caso que le causó el susto mayor de su vida. Todo iba bien hasta el momento supremo, hasta el instante, tan aliviador, del alumbramiento, en que el niño tuvo la ocurrencia de sacar primero la barba. La buena mujer dió unos gritos de pánico y echó a correr hacia la calle, abandonando cobardemente a la enferma. Creyó que el diablo nacía en persona. Y no. Era el cuentista uruguayo don Horacio Quiroga.

Quiroga es el ministro de todas las barbas en la República Argentina. No la tiene muy larga, pero sí fuerte. Parece hecha con ramas de los árboles de Misiones, peinada con ungüentos de tuna de ese país de Anaconda que él ha descrito con tanto acierto. Es fragante y pintoresca, pues huele a selvas y le da un aspecto de asesino simbólico que es su coquetaría. Docenas de mujeres han dormido en su lecho sólo para olerle la barba. Con ella ha entrado a saco en la literatura: es su arma, junto con la péñola. Cuando duerme la arrona bajo las sábanas, maternalmente, y en los días de frío la mete cuidadoso entre los hierros del radiador de la calefacción.

La barba entra en las casas primero que su dueño, es su lazarillo o su embajador. Tiene experiencia de disimulo. No se sabe si un barbado lleva los zapatos rotos, manchado el chaleco, o remendado el pantalón. Si sólo la miran a ella, cómo van a enterarse de esas flaquezas? Es la elegancia por excelencia, el arte de bien vestir. Y sobre todo y ante todo, la contraproposición del desnudo. En las playas vemos cómo están formados los señores corrientes, medimos su tórax y calculamos la capacidad de sus músculos; nunca hacemos lo mismo con los que lucen siquiera una pera. A éstos nuestra mirada les da atavios. Y cuando alguna vez nos damos cuenta de su desnudez, no los miramos como a los otros, sino como a varones de la antigüedad o sátiros escanados de los cuadros. Porque una barba vale una época.

Es un pasaporte, es lo único que abisma a los porteros, los hace cuadrarse con respeto y abrirnos de par en par las puertas que dan a los despachos de los ministros. A los desprovistos, conserjes y secretarios los obligan a exhibir sus credenciales, y, según sean, los hacen esperar bravas horas en esos dormitorios de las antecámaras. Una barba pasa siempre; para eso es barba.

¡Y cómo pesan sus reverencias! Es el saludo que se tiene en mayor cuenta. Sólo a un barbón se le consiente que apenas se lleve la mano a la cabeza y haga una venia. Las gentes tienen centímetros en los ojos para medir el tamaño de los saludos a fin de pagarlos al mismo precio. Por eso cuando un barbado se inclina con el sombrero en la mano se puede estar cierto de que el favorecido vale su peso en oro. Porque la columna vertebral de aquél es más rígida que las usuales.

Mas lo extraordinariamente grandioso de la barba, lo que la hace el más importante aditamento humano conocido hasta la fecha, es el poder sugestivo que tiene, el dominio sedentario que ejerce sobre la conciencia del hombre. Un hom-

bre con barba se sabe superior a sí mismo, es decir, ignora su medida, sin caer por ello en las debilidades de la egolatría. Cuando se mira al espejo le sucede lo que a cierta estrella cinematográfica de quien se dice que se desconoce. Pues a los dioses los pintan con barba él piensa que tiene algo de Dios, de modo que el espejo, según cree, lo traiciona haciéndole notar que sólo es un hombre. No obstante, es fidelísimo amante del espejo, está siempre observándose, admirándose, acaso queriéndose descubrir. Ningún retrato suyo lo satisface. No se considera bello, pero sí mejor. Jamás se ve: se interpreta.

En la barba, por otro lado, reside la inteligencia. La inteligencia y el sentimiento. El fondo de las personas, su revés, está permanentemente y sin error delatado por sus ademanes. El que piensa, sin quererlo, se agarra la cabeza, y a veces, cuando las ideas no le acuden pronto, se tira de los cabellos como para atraparlas. Mas el barbado se acaricia la barba, le da unos pases de arriba a abajo, tiernos y comprensivos. Igual hace si sufre: allí se consuela y achica las penas. Barba, sendero de la meditación. ¡Cuántos grandes pensamientos, cuántas maravillosas imágenes no habrán bajado por sus hebras hasta las plumas de sabios, escritores y poetas! Yo aseguro que Leonardo se fabricaba los pinceles con los



pelos de plata de esa selva que llevaba en la cara: de lo contrario no habría pintado para el tiempo.

Muchos, que pudieron extraviarse, hallaron finalmente el camino de la gloria. En las tinieblas de la lucha tremenda que es el arte, nada hubieran visto, habrían rodado a los abismos por cualquier vericuetto, si la albura de sus barbas no les hubiese alumbrado el camino. Homero, Tolstoy, Wald Whitman y tú, Moisés, el del Decálogo, todos vosotros escribisteis vuestras obras con plumas de la barba.

Y escuchad mi confesión: yo me he dejado crecer la barba por ternura, presa de fiebre mística, por el amor de Cristo, que la tuvo...

ALBERTO HIDALGO



"Amazona"

La pintura de Alfredo Guttero



"La Anunciación"



Cuando en 1927, después de más de veinte años de permanencia en Europa, realizó Alfredo Guttero su exposición en los salones de "Amigos del Arte", fué posible advertir en esa muestra la presencia de un artista bien dotado cuya orientación oscilaba entre la rigurosa plástica post-cubista y cierta tendencia hacia las composiciones decorativas de grandes dimensiones en que la simpatía de la obra se realizaba a expensas, casi siempre, de la solidez constructiva y de la veracidad de las formas. Algún retrato, algún diseño de línea elegante pero verídica, atestiguaban sus posibilidades plásticas, la selección de su paleta y su trabajada ciencia del dibujo. Pero alguna

amplia composición, de evidente destino moral, señalaba ya la dirección hacia la que tendían las predilecciones del artista. Guttero, es sabido, aplicó en Europa al estudio del arte moral una considerable proporción de su tiempo.

En exhibiciones posteriores — una individual en "Amigos del Arte" y envíos a los salones oficiales y exposiciones de conjunto — Guttero define su casi abandono de la pintura de caballete. Su actividad artística visible se limita entonces a vastas composiciones decorativas, de tema religioso o profano, realizadas en una materia extraordinariamente atractiva: el yeso cocido.

¿Significó la casi exclusiva aplicación de sus talentos a esa predilección un paso adelante en su carrera artística, un aumento de quilates en su obra? Sería aventurado afirmarlo. Lo decorativo y lo plástico, difícil, trabajosamente se concilian. La sensibilidad de Guttero, además, y su buen gusto delicadísimo, atentaron, aunque parezca paradójal la afirmación, contra la solidez de su obra. A la decisión o la violencia de un contraste audaz, prefería las gradaciones; a la reciedumbre, al vigor constructivo, la finura expresiva que lima asperezas y desvanece aristas. Sus yesos cocidos alcanzaron, así, una extraordinaria simpatía como materia, como superficies coloreadas delicadamente. Pero esta simpatía no se logró sino en desmedro de su plasticidad y en perjuicio de las formas sacrificadas por una línea ágil y elegante pero movida, sólo, por un prurito decorativo excluyente.

No sería acertado atribuir estas par-

ticularidades de su obra, en sus últimos años, a otra causa que a la fundamental de un temperamento cuya fuerza consistía en la delicadeza de una sensibilidad más accesible a las finuras del matiz que a la solidez de las formas y poco inclinado a lo que significara, en arte, una expresión demasiado evidente de energía. En sus composiciones de tema religioso la unción parece detenerse ante el límite determinado por la conveniencia estética, por el propósito decorativo.

En Guttero, inteligencia y sensibilidad muy cultivadas, temperamento dinámico y fecundo, se dió, junto al artista, el maestro, el conductor. Reunió a su alrededor, en su taller, un núcleo de jóvenes artistas. Puede decirse que, a partir de su vuelta al país, en 1927, todo un movimiento se realizó a su alrededor constituyendo un grupo de orientación bien diferenciada. La hora de juzgar su influencia, su gravitación en el desarrollo de nuestras artes plásticas, no ha llegado todavía. Hoy, por lo pronto, no podría considerárselo un pintor de vanguardia. El arte toma rumbos que lo alejan, cada día más, del puro estetismo, de la frivolidad que quiere, sólo, proporcionar fiestas a los ojos. Aspira, mejor, a recoger la inquietud del mundo, a revelar su drama. Nunca el arte ha estado menos aislado que hoy, más cerca de los hombres. La mejor lección de Guttero ha sido, probablemente, frente a la negligencia criolla, la de su laboriosidad europea. En nuestro país tal acción puede considerarse una obra.

CORDOVA ITURBURU

El meridiano de la traducción



por Armando Cascella

Hace algunos años, cuando la histórica revista "Martín Fierro" provocó aquel escándalo mayúsculo de "meridiano intelectual", los escritores españoles despertaron bruscamente del más beatífico de los sueños azules: el de la hegemonía espiritual de "la raza" pomposamente ejercida por el "meridiano" de Madrid.

De las opiniones de escritores argentinos, resueltas y claras, que aquella revista consignó, pudo deducirse que ya por aquel entonces la única hegemonía que España podría aspirar, y el único meridiano que realmente ejercía, era el de las traducciones.

Pero han pasado los años, y quiere ahora la fatalidad que el turno de parecida desagradable sorpresa les esté llegando a los editores españoles. El meridiano español de las traducciones literarias — base del grande negocio editorial de la península — toca a su fin, por lo menos en lo que a la Argentina respecta. Madrid, o, mejor dicho, España, meridiano de la traducción, ya empieza a dejar de serlo para nosotros, y pronto pasará a la historia.

Estas cosas no son episódicas, sino fatales, y ocurren matemáticamente al final de largos periodos de compleja evolución. De ahí la inutilidad de los argumentos "especiosos" y lo absurdo de las tergiversaciones. No son, como se ha dicho por ahí, "un aspecto de la xenofobia imperante en algunos círculos políticos e intelectuales", ni nacen tampoco del despecho "de jóvenes literatos que no han encontrado editor español para sus primeros libros" tal como se ha atrevido a afirmar en el periódico "Luz" de Madrid, un corresponsal porteño, aficionado a los trucos verbales, al periodismo de los grandes matutinos, y al negocio de librería.

La fatalidad de la desagradable sorpresa a que aludimos, proviene de que es sólo la segunda etapa de la primera, y ambas resultantes del proceso de total emancipación espiritual del país, obra que nuestros gigantes padres de la generación anterior se olvidaron de completar.

Pero los tiempos cambian, y las generaciones presentes alcanzan deberes cuya urgencia no logró turbar las plácidas siestas de las anteriores. El concluir con el monopolio editorial de España, es uno de esos deberes. Ya la tutela espiritual hispánica nos la cepillamos hace años de las espaldas. Pero el coloniaje editorial, prácticamente abusivo, que todavía ejer-

ce España, en detrimento del público lector argentino, y de la incipiente industria nacional del libro, recién ahora lo estamos quebrando.

Los editores españoles se tiraron el mejor lance de la temporada con el anteproyecto industrial, y el anteproyecto del diputado Noble, ambos sobre propiedad literaria, enviados a las Cámaras hace pocos meses. Con el cuento chino de la supresión de la piratería editorial argentina, casi se aseguran para siempre su propio suculento negocio de piratería editorial internacional.

Lo demás es ruido. Las enormes y trascendentales palabras que se han gastado en la polémica: "cultura", "respeto intelectual", "difusión del saber", "hispanoamericanismo", etc., etc., son simples abusos verbales que ya no engañan a nadie. Son las clásicas "aldeas de Potemkin", tras de cuyos telones pintados se intenta inútilmente ocultar la verdad, pues es transparente, humilde y bastante pequeña.

Se trata de negocios, y nada más que de negocios: el negocio industrial del libro español, y el negocio industrial del libro argentino. Con esta circunstancia: por una parte, una industria extranjera, monopolizada y abusiva, apoyada y fomentada por nuestras heroicas leyes. Y por otra, una industria nacional, incipiente, pero firme, nacida en buena proporción a la sombra de una ilegalidad casi forzosa, además de malvivir casi ahogada por la otra.

La Sociedad Argentina de Escritores, al estudiar los diversos aspectos de la Propiedad Literaria y Artística, cuyo anteproyecto de ley está elaborando, advirtió el conflicto y se apresuró a plantearlo públicamente, abriendo el debate. El resultado ha sido un movimiento de opinión extraordinario en defensa de la industria nacional del libro y de la posibilidad de legalizar las ediciones populares y baratas. Y su consecuencia, la zozobra del monopolio español del libro, y la previsible eliminación del meridiano hispánico de las traducciones.

Obsérvese que no se trata de una cuestión sentimental, o patriota. Se trata, por una parte, de una cuestión económica, y por otra de una exigencia espiritual tan imperativa como cualquiera otra.

La primera se explica por sí misma. La segunda es una cuestión íntima, de gus-

tos, de preferencias por cierto clima verbal, que acaso los hispanos llegaran a comprender si conocieran suficientemente nuestra idiosincrasia nacional, y las actuales etapas de su evolución.

En asuntos de lecturas, al público argentino le ha llegado algo así como el retorno a la hora del mate y del churrasco. Está harto de confituras ultramarinas. Quiere cosas de aquí, alimentos que tengan el perfume de su aire, el sabor de su tierra. Le interesa el escritor nacional, el tema nacional, el idioma nacional. En primer lugar — y ya estamos presintiendo el aspaviento — le interesa el lenguaje nacional. Gusta por sobre todas las cosas de su clima suave, de su tono cordial. No es un aspecto de "nuestra xenofobia". Es una cuestión de atmósfera. Un caso de conciencia, además de una cuestión de gustos y de sensibilidad. La costumbre de leer diarios y revistas escritos con sintaxis, expresión y color vernáculos, nos ha ido distanciando irremediabilmente del clima verbal de España y de sus cada vez más insoportables versiones al lunfardo peninsular. Y aunque no se incurra en el lunfardismo regional hispánico, no hay ya lector argentino que pueda leer con los nervios tranquilos expresiones como éstas: "¡Olé!, arrea, arza, zaquizamí, zango!otea, chico, viva tu mare", etc., etc., puestas en boca, a lo mejor, de un personaje yanqui como Babbitt, o cualquier otro héroe libre de semejantes pecados en su edición original, pero sobrecargados de ellos en las traducciones españolas que por aquí se mercan.

A esta cuestión de forma, corresponde otra de fondo, también fundamental. Pertenece a conglomerados humanos distintos. Son diferentes nuestras experiencias vitales, nuestro punto de vista, nuestras reacciones, exteriores e íntimas. Nada nos une y todo nos separa. ¿Cómo sostener así, artificialmente, un vínculo que falla por su base?

El meridiano español de la traducción se viene abajo. Se acaba sin remedio. Le ha llegado su hora, y no ha de retrasar su destino el hecho de que nos acusen de todo lo que nos acusan al grupo de escritores que hemos emprendido esta cruzada. El monopolio español del libro traducido, tenía que empezar a volver alguna vez a sus casillas, porque así lo exige la actual mayoría espiritual del país.

El niño y la estrella

cuento de

Roberto Mariani

Uno

Mi madre — ¡mamita! — aproximó a su cálido pecho mi cabeza, me besó con ese cariño dulcísimo que sólo ella sabe añadir a todo lo que hace, y me dijo, conservando mi mejilla en la seda de su blusa:

— ¡Pero mi chico que ya se cree hombrecito!... Yo le había dicho que quería pantalones largos en el nuevo traje de invierno.

— ¡Catorce años, querido!... — Sí, pero estoy desarrollado...

Y el rechazo mojó mis palabras con el llanto de tristeza que pujaba por salir y no salió de mis ojos. Pero sin rencor. Los castigos de mi madre — ¡mamita! — o sus negativas, me habrán producido tristeza, pero jamás sentí esos malos rencores que a veces me eran provocados hasta por las simples palabras de algunas personas. Por otra parte, ya sabía que me iban a negar los pantalones largos. Los había pedido solamente para dar un escape a mis ganas de hombre.

Aquí es el lugar para una observación: muchas cosas que comprendía y sentía, tuvieron su origen, no en mí mismo, sino en reflexiones de otras personas. No fui yo, por ejemplo, quien descubrió mis ganas de ser hombre, sino los mayores, que, a fuerza de repetir siempre los mismos comentarios a mis preguntas y pedidos, acabaron por darme a entender que lo que había en mí eran unas apresuradas ganas de ser hombre. Y me gustaba insistir en la misma pregunta a distintas personas para que unas tras otras me hicieran el mismo comentario respecto de mis ganas de ser hombre.

En el colegio, en el estadio, en el club, en el cine, en el Parque, mi tendencia, que yo mismo cultivaba a veces hasta sacrificando repentinos gustos de compañía infantil, era entrar en las ruedas de los mayores, oírlos, intervenir en sus conversaciones, dar opiniones mías sobre asuntos... que a veces no entendía del todo. Esto lo descubría cuando, tras algún comentario mío, ellos, los mayores, me miraban de un modo... o francamente me decían que yo no comprendía de la misa a la media. A propósito de esto debo advertir que no todo lo descubría porque ellos me daban la punta del hilo para tirar del ovillo; algunas cosas las descubría por mi propia cuenta, por mis propios esfuerzos, por mi propia inteligencia, observando, razonando, comparando. Por ejemplo: ellos, los mayores, tenían un modo habitual de hablar entre sí, y otro modo delante de los niños; a veces, olvidándose de considerarme niño, hablaban de una manera; en seguida, el tono, el color, de la conversación, era distinto: acababan de advertir que yo era un niño. Hasta que llegaba el momento de decirme que lo que había en mí eran unas ganas de ser hombre, y yo retrucaba diciendo que ese comentario ya me irritaba, aunque la verdad era que me gustaba y hasta lo buscaba.

No tengo palabras para expresar lo que sentía cuando ese mismo comentario, que me gustaba oír de los mayores, aparecía en los labios de mi madre — ¡mamita!

Bueno: también es verdad que todo lo que mi madre... ¡pero qué mi madre ni ocho cuartos! ¡mamita,

mamita, mamita!... Digo que todo lo que mamita decía era para mí como manjar, dulce, ¡qué sé yo!...

Un día, hace muchísimo tiempo, como ocho meses atrás, se me había puesto en la cabeza saber por qué era tan dulcísimo todo lo que decía y hacía mamita. (Hasta lo que no era lindo... Esto es absurdo, ¿lo borro?...)

Me fué muy difícil llegar al fondo del asunto. Para decir la verdad, no llegué a ninguna conclusión. Sin embargo, junté algunas observaciones muy importantes e hice algunas reflexiones valiosas. Aquí es el lugar de transcribir los apuntes de la página 7 de esta libreta. Página 7. Cómo me tratan las personas.

los mayores: con simpatía;
con antipatía repentina, pero no continua;
con rechazos repentinos;
con indiferencia;
con alegría;
con energía;
con curiosidad;
con desconfianza.

papá: con cariño;
con seriedad;
con alegría;
con energía;
con interés;
con brusquedad;
con indiferencia;
con asombro.

mamita: con cariño;
Idem;
Idem;
siempre.

¿Será por eso que quiero tanto a mamita? Siempre me trataba del mismo modo: con cariño, aun cuando yo no tuviese razón, aun cuando yo acabase de cometer alguna mala acción. Otra cosa que descubrí y que no puedo combinar con ningún pensamiento, hasta ahora: a veces yo no quería dar ninguna respuesta. Y bien, mamita no me hacía la pregunta que debía corresponder a dicha respuesta. Sabía no preguntarme. Esto no acabo de comprenderlo del todo, a pesar de ser yo un chico inteligente y observador.

Porque yo soy muy observador. Cuando alguien dijo cierta vez que yo era un curioso impertinente — no; dijo: "curioso insolente" —; procuré enmendarme, por si acaso yo era efectivamente impertinente o insolente. Y entonces descubrí que una cosa era ser observador y otra curioso. Por ejemplo: yo había observado que los mayores decían: mi madre; los muchachos decían: mamá, como las mujeres en general; los chicos decían: mamita. Otras personas decían: "la vieja". Este término me daba la impresión de un insulto a una persona a quien desde mucho tiempo antes se despreciaba. Y bien: yo determiné no decir más mamita, ni siquiera mamá, sino "mi madre", como los mayores, como los hombres.

La primera vez que dije "mi madre" fué una mañana en la cancha de basketball del club. A propósito llegué tarde, para tener ocasión de explicar mi tardanza con una mentira. Los chicos ya estaban uniformados

cuando llegué. Solo Tulio Céspedes, siempre tan lento él, se estaba calzando las gruesas medias con nuestros colores: una franja roja y otra blanca, y entre ellas una negra más estrecha, horizontales.

Acosado a preguntas, no daban abasto mis respuestas.

—¡Y... mi madre empeñada en que esperase un momento para desayunar juntos!... ¡Y... mi madre que quería que la acompañase al desayuno!... ¡Y... tuve que tomar el desayuno con mi madre!... Desayuné con mi madre...

Naturalmente, la novedad del caso me produjo cierta emoción. Creo que al mismo tiempo que sonreía satisfecho, me sonrojaba y se quemaban mis mejillas. Pero me sentí triunfador, como si me encontrase ya con pantalones largos.

¡También, los años pasaban, y no era cuestión de seguir siendo siempre un chico insolente!

Pero lo extraordinario fué al final, cuando tomábamos el té en nuestro saloncito, después del partido.

Naturalmente, se volvió a comentar mi llegada retrasada, por cuya causa el partido se jugó diez minutos después de la hora señalada. Y volví a explicar la causa, pero en una de esas me olvido de lo principal, y digo la mentira sin el propósito que dió origen a la mentira:

—¡Y... empeñada "mamita" en esperarla para el desayuno!...

Cuando lo advertí, me reproché a mí mismo el no tener consecuencia en mis propósitos. No lo lamenté mucho, pero lo lamenté. Resolví emplear sistemáticamente el término de los mayores, en todas las ocasiones. Ya no diría más mamita, palabra de niño ingenuo, sino "mi madre", término de hombres.

Sin embargo, unos días después, en el patio del colegio, debía insistir tercamente en ello, porque me interrumpió Alvio así:

—¿Por qué decís tanto "mi madre"?

Abochornado, proseguí contando lo que contaba para que la observación de Alvio no llamase la atención.

Pero resolví no dejar de decir "mi madre", como los hombres. Aunque en casa, y dentro de mi pecho, tampoco dejaba de decir: mamita. Mañana continúo.

Dos

Uili, diminutivo de William, que es Guillermo en castellano. Observar si los hombres, entre ellos, se nombran con los nombres completos y verdaderos, o con sus diminutivos.

Tres

Mamita corregía mis defectos todos.

—¡Pero cómo tiene la corbata el heredero!

El heredero era yo. Papá había inventado el apodo, o lo que sea. Sin embargo no me gustaba que se me dijera tal palabrita fuera de casa. Mamita arreglaba la corbata, la ajustaba, corría un extremo para abajo, redondeaba el nudo.

—No sos nada elegante...

Yo no sé si lo soy o no lo soy. Mayormente, no me interesa. Pero tantas veces insistió mamita en las cosas del vestir, que al fin me acostumbé a cuidar que las medias estuviesen siempre bien estiradas, a limpiarme los zapatos, a no ponerme medias negras con el traje gris ni las marrón con el azul, a peinarme con más asiduidad, y especialmente a mirarme las rodillas porque, como están descubiertas, suelen mancharse con facilidad.

Sin embargo, yo atendía, más que los consejos de mamita, — mujer al fin y al cabo — los modos de vestir y de conducirse de los mayores. Tío Eduardo, Rodolfo, mi primo Rodolfo, el que estuvo en Norteamérica, Jorge, que jugó en primera, Juan Carlos, que cuando tenía quince años un día escapó de casa y anduvo quizá por donde... Pablito, el que hace el

amor a Aminda, Pedrito, que no puede ser actor porque no quieren en la familia... Y pongamos también a papá en la lista...

Aquí es el lugar de una confesión dificultosa. Pero como escribo para aclararme a mí mismo, no hay secreto que me vaya a callar. Claro que ninguno de mis mayores o de mis amigos sabrán nunca, jamás, ciertas cosas...

Resolví observarlos, a los mayores. Y...

Y espiarlos...

Y... revisarles los bolsillos...

No me sonrojo de lo que hice. Peor era seguir siendo indefinidamente un niño inocente. Y no había otro modo de llegar a hombre, que hacer lo que hice.

Yo quería ser un hombre. ¿Por qué no me ayudaban? ¿Por qué callaban tantas cosas? ¿Por qué me respondían con evasivas? ¿Por qué me trataban con conmiseración y lástima? ¿Por qué no me ayudaban a ser hombre? Fué cuando resolví escribir en esta libreta todas las cosas extraordinarias, curiosas o interesantes que supiese o debiera saber. Frases oídas en la calle, en el tranvía, hechos vistos que no les encontraba explicación... en fin, muchas cosas... Y puesto en campaña, no desdeñé el revisar los bolsillos de los mayores.

¡Cómo me hubiera gustado encontrar una carta de amor de Pablito a Aminda!...

Mañana continúo.

Cuatro.

Pablito usa trajes claros, siempre; Pedrito los lleva oscuros. Sin embargo, en general, los hombres prefieren los paños apagados.

Entonces elegí un azul. Y expliqué al sastre de papá, cuando me tomaba las medidas:

—Más abajo, más abajo de las rodillas, aquí, justo debajo de la rótula.

—¡Pero queda mal!... las rodillas tienen que tener un juego libre... Lo más, en la mitad de la rótula...

—No; más abajo.

—¡Vea que le va a quedar mal!... — decía el sastre con energía.

—No importa. No es cuestión de llevarlos siempre cortitos, como los chicos...

Dije; y sonrió. Ya sabía yo qué significaban las sonrisas de los hombres cada vez que yo decía que no era un chico o que ya era un hombre.

Y agregó el sastre:

—Su papá... a su mamá no le va a gustar...

Sentí humillada mi condición de hombre, rebajada, ultrajada. ¿Que no le gustaba a mamita? ¿que no le gustaba? ¿Pero a quién debían gustarle o no gustarle mis pantalones? ¿Mamita se iba a enfundar mis pantalones, acaso? ¿Quién mandaba en mis cosas?

—Usted me hace los pantalones hasta aquí, justo debajo de la rótula.

Fuí derrotado, pero no importa. Ya vendrán un día los triunfos. Ya vendrán un día los pantalones largos, como los hombres. Fuí derrotado. Cuando me presenté con el nuevo traje azul puesto, mamá me miró asombrada... No dijo nada. Quiso decir algo, estuvo a punto de decir algo, pero calló. Me miró de un modo... medio asombrada... Y hasta estaría por afirmar que... estuvo a punto de reír... No estoy cierto de ello, pero... Estuvo un rato pensando. Yo también callaba. Al fin salió de la sala y regresó en seguida con mi sobretodo. Me lo enfundó. Introdujo una mano por entre los faldones para apresar el borde inferior del saco y tiró para abajo; me arregló la solapa. Cuando estuve bien dentro del sobretodo correctamente puesto, me dijo:

—Ahora mirate al espejo.

Adelanté unos pasos y me encontré frente al espejo. La verdad antes que nada. Parece increíble qué distinta es la figura con los pantalones solo veinte mili-

metros más largos. Me encontré ridículo. Esas perneras parecían dos caños. ¡Qué curiosa la importancia de las rodillas descubiertas o cubiertas!... Si hubiese visto a alguno de mis amiguitos con los pantalones así... me habría reído... Pero se trataba de mí... Después de la primera impresión de ridículo, sentí una vaga tristeza mezclada con cierto rencor. Un rencor contra mí mismo y cierta gana de llorar...

Mamita me comprendió. Siempre, desde siempre, mamita me comprendió. Me desabrochó el sobretodo, me levantó el cinto y con el cinto los pantalones; como no consiguiere su objeto, se agachó a mis pies y dió una vuelta al borde de los pantalones de modo que ahora quedaban arriba de las rodillas y escondidos en la holgura interior del sobretodo.

—Mírate ahora.

Sí, ahora estaba naturalmente vestido... Debajo del borde del sobretodo se veían las robustas rodillas descubiertas, en seguida, y justamente donde debía ser, la abrazadera de las medias volteadas, como sosteniendo las rodillas macizas, como una mano que aprieta una antorcha; después bajaban las pantorrillas, derechas por delante y curvadas por detrás; el todo sólido y firme descansando sobre los zapatos de líneas enérgicas.

Mamita debió sospechar mi estado interior porque me tomó de la mano y me llevó hasta el sillón. Se apoyó casi sentada en el brazo del sillón y me atrajo hacia ella, de modo que yo estaba descansando sobre su pecho. De repente, no pude contenerme, se me nubló la vista, sentí en la garganta el paso de aire. Mamita con la mano me levantó la barbilla para obligarme a mirarla a los ojos. Ya no me contuve, y una pequeña lágrima humedeció mis ojos y con mi mano apreté temblorosamente su muñeca.

Mamita me consoló con palabras maravillosas, más hermosas que nunca.

—¡Pero mi hijito querido que ya quiere ser hombrecito! ¡Y sí que lo es! Pero espere unos pocos meses, pocos, que pasan pronto, y tendrá sus pantalones de hombre. ¡Pero qué se cree mi hijito querido, que yo no quiero lo mismo que él!... ¡Pues sí, señor, sí!... Y el día en que te vea con los pantalones largos, vamos a discutir quién de los dos estará más contento, si yo o vos, si el hijito querido o la mamita orgullosa de su hombrecito. Porque yo estoy orgullosa de que seas un hombrecito. ¿No sabías, vos, que yo estoy orgullosa, rabiosamente orgullosa de ti, de que seas un hombrecito?

Eso fué superior a mis fuerzas. Se me desató el llanto como una vasija de vidrio que se rompe de golpe. Ni pensé contenerlo. Eso de que era muy de hombre el no llorar o el aguantar el llanto, no podía aplicarse a esta situación, tan distinta de todas. Cuando reventé en llanto, de golpe, como algo que se rompe de golpe, de repente, como una descarga súbita y grande, sentí que me aligeraba de algo y que en medio de todo acababa de aparecer algo que me ayudaba a no sé qué. Lloré en el pecho de mamita. No tenía que ver nada el que yo era un hombre, en este caso. Además, yo lloraba con mamita, y eso ya era otra cosa que llorar delante de cualquiera. Me dejé llorar. Mamita me besó y mis lágrimas mojaron sus mejillas.

Ahora, que estoy sereno, me pregunto: ¿Por qué lloré?

Lo ignoro. Por más que pensé en ello no descubrí la razón única y precisa. Yo no soy llorón, ni débil, ni caprichoso.

¿Por qué lloré?

Por la noche, en la cama, pensé mucho en ello. Es mi temperamento. Me es imposible dejar sin respuesta ciertas preguntas. A veces, por cosas sin importancia, he estado torturado hasta la nerviosidad.

¿Por qué lloré? ¿Lloré de rabia, porque sin un re-

proche mami me demostró que me había equivocado del todo, que los pantalones me quedaban completamente ridículos? ¿Lloré de rabia porque debía ir todavía los muchos meses del invierno con los pantalones sobre las rodillas?

Algo de eso había en la causa de mi llanto, pero en esencia no era eso.

Entonces, ¿por qué estoy deseando pasar otra vez por esa prueba del ridículo siempre que termine con mi llanto en el pecho de mami? ¿Por qué lloré, yo, un hombre fuerte, quiero decir, un muchacho que quiere ser un hombre fuerte? Algún día lo sabré con precisión. Por ahora, anoto estas cosas en la libretita para no olvidarlas y para recordarlas con todos los detalles. Me hará mucha falta esta libretita. Mañana apuntaré lo de las cartas.

Cinco.

Todos tienen confianza en mí. Nadie sospecha nada malo de mí. Me verían todos los míos robando una manzana al viejo frutero, y nadie lo creería. Me verían todos castigando con un látigo la carnecita de la nena de pecho de Rosario, y nadie lo creería.

Y harían bien, porque yo soy incapaz de cometer acciones desleales o cobardes. Me parece que se puede vivir bien sin hacer daño a nadie, y que es preferible aguantar uno ciertos perjuicios; así uno se evita hacérselos sufrir a otro. Especialmente considerando que yo soy fuerte, robusto, sano, bien proporcionado, de ánimo varonil, constante en el sufrimiento.

Pero en eso de revisar los bolsillos... me parece que no es tan malo. Yo no lo hago por nada malo. Ni por perversa curiosidad, ni para conocer los secretos de tío Eduardo, de Pablito, de Pedrito. Francamente: si reviso sus bolsillos, es para conseguir saber ciertas cosas que necesito indefectiblemente saber. Indefectiblemente. ¡Ah, si me contestasen claramente mis preguntas!... Entonces no necesitaría introducir rápidamente mis manos que tiemblan en los bolsillos de las prendas de tío, de Pablito... ¿Por qué no contestan cuando les pregunto ciertas cosas, por qué me contestan evasivamente otras veces? ¿Por qué me rechazan despreciativamente?

—¿Vos te carteás con Aminda?

—¡Pero quién te mete a vos en estas cosas!

—¿Por qué no me enseñás una carta?

—¡Andate al diablo!

—¿Qué le decís en las cartas?

—¡Acabala!...

Me creen un chico inocente, ingenuo... ¡Los inocentes e ingenuos son ellos!

Y es inútil buscar en otras partes. Es decir: no quiero. Me da vergüenza hacer ciertas preguntas a los mayores con quienes no tengo confianza. Y a mis compañeros del colegio y del basket... sólo palabras se les oyen, palabras, malas palabras, palabras sin contenido comprensible perfectamente... Por ejemplo: ¿qué dice la palabra: p...? Nada. Una mujer mala. Es decir: lo que sea. Pero, para mí, no tiene sentido. Debe ser otra cosa. Además, acaso me avergonzaría que mis amiguitos se riesen de mis preguntas. Porque algunos de ellos... sospecho que saben algo más. No me atrevo. Yo me entiendo. Las novelas de amor me aburren; los argumentos de amor en el cine, muy interesantes, no me dicen lo que yo quiero. Besos, abrazos, aventuras, conversaciones, ¿es eso todo?

Yo quisiera leer una carta de amor de Pablito a Aminda.

Pero sólo consigo leer cosas sin importancia en los papeles que tienen en los bolsillos. Números, nombres de caballos de carrera y números, tarjetas de visita o comerciales, Abraham Levinsky, préstamos, calle y número, cuentas, Renée, manicura, calle y número, Salomón Bransky, joyero, calle y número, Mignón, manicura, calle y número. Pavadas, pavadas. No es eso...

Ni una carta de amor, ni una cita con alguna mujer... ni una fotografía de artista desnuda... Nada, nada... Y yendo por otro lado, lo mismo.

Una tarde en que viajaba en el 2 hacia el Once para llevarle unos deberes a Miguelito pensé levantarme del asiento y permanecer en la plataforma del tranvía, en esos momentos abarrotada de gente. Así lo hice. Estábamos apretados. Sufrí la proximidad de un hombre sucio y maloliente y de un gordo a quien le tenía sin cuidado la comodidad de los demás pasajeros. Pero no oí nada interesante. Ni siquiera los hombres se colocaban juntito a las mujeres. Al contrario, muy corteses unos y completamente correctos otros, daban paso a las mujeres y las dejaban un sitio holgado en el pasillo interior.

Había que volver a los bolsillos de mis mayores...

S e i s .

¡Por fin!

Extraje una carta. La lei rápidamente, ahí mismo, al lado del saco sobre la silla. Temía el repentino y sorpresivo regreso de Pablito.

"Mi negro ingrato". Había pensado antes que, en el caso de encontrar una carta de amor, la leería y en seguida volvería a colocarla en el bolsillo. Pero me produjo tal emoción su lectura, que, olvidado del propósito o baído el impulso de la emoción, sin pensar nada, la doblé y la escondí en mi bolsillo.

S i e t e .

Para mirar en el diccionario: mujer, hembra, sexo, macho, niño, hombre, secano, privilegio, carne humana, sesquicuarto, panamericano, músculo, elasticidad, salto, elegancia, hijo, nacimiento, parto, partera, París, cigüeña, amor, mentira, observación, curiosidad, espía, espionaje, mujer pública, placer, sublunar, niñez, infancia, prostituta, chocolate, Merlín, Sexton Blake, gnomo.

Preguntarle a tío: el juego por el juego mismo.

O c h o .

Voy a anotar esto para buscarle significado a las tremendas palabras de mami. Yo, ahora, francamente, no entiendo.

Doña Adelina, la esposa del doctor Estevez, es la madre de Cosme. Cosme murió hace mucho tiempo. Creo que hace tres años, cuando tenía nueve de edad, porque yo era mayor que él en dos años. Murió en el mes de mayo, una semana antes de la fiesta patria. Era delgadito, fino, enfermizo, siempre. No lo recuerdo bien, físicamente, ahora. Pero sí me acuerdo de las veces que jugaba conmigo. De repente dejaba el mecano, o cualquier cosa, y se iba sin decir nada. O sino decía que estaba cansado, fatigado, con sueño, y se iba y me dejaba solo. A mí me extrañaba que se cansase de jugar. Santiaguito nunca quería jugar con Cosme porque temía contagiarse unas llaguitas empolvadas que Cosme tenía en los labios y nunca curaban.

Murió en mayo. Esto es importante y forma parte de lo que comprendí. En mayo se sienten los primeros fríos verdaderos. No estuve yo en el entierro, ni en el velorio, pero comprendo ahora que debió hacer frío. Por la noche, cuando lo velaban, la gente debió sentir frío. La gente, en los coches, debió sentir frío. Papá debió ir con sobretodo y echarpe. En los coches debieron sentir enfriarse los pies.

Días pasados vino doña Adelina a casa. Yo estaba leyendo un episodio de Edgar Wallace: "La desaparición del documento", sentado en un sillón de la sala, contra una ventana por donde entraba una luz suficiente para iluminarme el libro. Doña Adelina no me vió. Por lo que sucedió en seguida, ahora comprendo que mami, emocionada con la visita, se olvidó de mi presencia.

Entró doña Adelina y se echó en los brazos de mami, sollozando. Miré con atención. Doña Adelina sollozaba en brazos de mami. Intrigado, curioso,

seguí con la vista el extraño espectáculo, sin comprender. Esperaba que doña Adelina hablase, para saber qué la sucedía. Mami la llevó al sofá, la hizo sentarse y la consolaba sin palabras, con solamente quedarse callada a su lado y pasarle la mano por los hombros.

Así, silenciosas, permanecieron durante un largo rato las dos mujeres. Yo pensé retirarme, por si acaso no hablaban porque estaba yo en la sala y las pudiese oír lo que ellas no quisieran que oyera. Pero antes de levantarme, la voz quejumbrosa de doña Adelina, salpicada de congojas, comenzó a dejarse oír.

—¡Ah, Juanita, Juanita! (Juanita es el nombre de mami) — cada vez que se viene el invierno... (aquí sollozó más fuertemente)... cada vez que comienza el frío... (volvió a sollozar)... me acuerdo... (comenzó a llorar a lágrima viva)...

—Cálmate, Adelina, cálmate...

Mamá comprendió en seguida. Yo también. Mami había contado en la mesa dos o tres veces que apenas se inician los fríos, doña Adelina piensa en su Cosme muerto con los primeros fríos, y, presa del dolor, huyendo de la soledad triste de su casa, cuyos rincones le recordaban a su Cosme, iba a visitar a sus amigas para llorar y descargar su pena. Todo esto era muy comprensible, muy sencillo de comprender. El dolor de una madre ante el recuerdo de su hijito muerto, recuerdo traído por el frío. Muy sencillo.

¡Ah, pero lo que quiero apuntar no es tan sencillo!

Mami seguía consolando a la madre que lloraba la muerte de un hijo. Hasta que doña Adelina dijo no sé qué de los hombres. Algo así como: "No le dan importancia a ser padres". O algo por el estilo. Yo no comprendía. Me es imposible recordar con exactitud, textualmente, las palabras, las frases. Ni siquiera el sentido más o menos aproximado. No comprendía nada. Pero en cierto momento me pareció que doña Adelina reprochaba algo a un padre. Se trataba, seguramente, del padre de Cosme, es decir, de su marido, el doctor Estevez. Y yo me preguntaba: ¿qué diablos tenía que ver el padre de Cosme con su muerte? ¡No lo debió matar él, a su propio hijo, me supongo! El padre de Cosme era un buen hombre, sonriente siempre, amable, correcto, el doctor Estevez, tan apreciado en todas partes, tan respetado por todos. Yo no comprendía nada.

—Se casan, se casan, los inconscientes... sin pensar... Y después... aguanta una... Y si fuera eso solo... si tuviera que aguantar una, aguantaría, sí, pero es que la culpa la pagan los inocentes... Y ahora tengo miedo por Minguito... (Minguito era el otro hijo de doña Adelina; tendría ahora once años, delgadito también como era Cosme, pero sin llagas). Y ahora tengo miedo por Minguito... tengo miedo...

—Sí, sí, Adelina, tenés razón... (¿De qué tenía razón doña Adelina?) — contestaba mami.

Y añadió estas terribles palabras:

—Sí, sí, el amor... sí... ¡Debíamos casarnos con changadores!...

Era la primera vez que oía a mami palabras tan graves, tan fuertes, tan extrañas, tan rencorosas. Porque sentí que las palabras de mami llevaban rabia adentro. ¡Mami hablando así!

Volvió a sollozar doña Adelina. Silenciosas otra vez, las dos mujeres estuvieron un largo rato, hasta que mami la llevó al comedor a tomar té.

Bueno: yo no comprendo absolutamente nada. Lo que se dice nada.

Escribo esto para recordarlo con exactitud y repetirle la escena a Pablito, por si tiene la deferencia de querer, el muy despreciativo de mis preguntas, explicarme todo.

Esta escena a mí no me emocionó en general, sino solamente la parte de las frases de mami. Me impre-

sionó, sí, todo. No sé cómo explicarme. Quiero decir que me interesó como una cosa que se ve y es extraña, pero no me hizo temblar. Es decir: si mamá hubiese continuado hablando del modo como empezó, ¡quién sabe!...

Después, pensando, pensando, llegué a creer que, quién sabe; acaso el amor sea algo terrible... mezclado con la muerte... con lágrimas de mujeres...

Es terrible esto de no saber lo que uno quiere saber... A veces me parece tan imposible el llegar a saber, como el apresar con la mano una estrella.

Nueve.

Raúl, Jorge, Lino, el Poroto, Minguito, me escuchaban con los ojos abiertos. Parecía que hubiesen querido oír con los ojos. Claro está que es imposible oír con los ojos. Sin embargo...

A veces me suceden cosas que los demás consideran imposibles. Yo, naturalmente, no oigo con los ojos, pero juro por Dios y por mamá que si alguien me cuenta algo interesantísimo, yo necesito mirarle fijamente en los ojos con los míos muy abiertos porque si los cierro dejo instantáneamente de oír. Y si coincide el cerrar mis ojos con la pronunciación de una palabra larga, oigo las sílabas dichas mientras conservaba abiertos los ojos, y la otra parte de la palabra no la oigo, aunque es claro que la sepa por deducirse de la primera parte. Por ejemplo: Pablito contaba en la mesa días pasados el viaje que hace la anguila desde el barroso jardín de la estancia hasta el Mar de los Sargazos y su regreso que duraba semanas enteras porque tiene que atravesar el océano en un larguísimo trayec-

to. Para cerciorarme una vez más — y para divertirme con el suceso — cerré los ojos precisamente apenas había empezado la palabra "atravesando". Oí perfectamente "atra"; y cuando abrí los ojos nuevamente oí "céano". Compuse las sílabas o palabras intermedias: "atravesando el océano".

Lo que hay es que los mayores parecen querer vivir en un mundo distinto del verdadero. Y sino, ¿por qué muchas cosas verdaderas ellos las niegan, y muchas cosas que existen las callan aunque uno insista hasta la irritación haciendo preguntas? ¡Para ellos lo único que existe es la política y el hipódromo!

Los nenes los traen de París. ¡Ingenuos! "Después lo sabrás". ¿Por qué después?

¿O es que los mayores forman parte de un mundo enemigo y como enemigos guardan sus secretos como secretos de Estado?

Por eso me entiendo mejor con los chicos, aunque yo ya sea grande, pero es que todavía no estoy en la cofradía cerrada de los hombres. Cuando pertenezca oficialmente a la sociedad de los mayores, deberé yo también decirle a Lino: "No seas pavo, no se oye con los ojos". O frases como la de papá cuando me sorprendió contándoles a los chicos eso de los números.

—El 1 es el General. El 0 es el soldado. Por eso se juntan fácilmente los ceros y es necesario que vayan detrás del General o de los oficiales. Muchos ceros detrás del General forman el ejército. Un millón es un ejército de soldados con el General a la cabeza. ¿No es así?

Raúl, Jorge, Lino, asentían con la cabeza.

—El 5 es el oficial instructor, que se mueve expli-

Papas, Carbón y Leña al detalle

a domicilio

para familias

Nadie mejor ni más barato
en Buenos Aires

Pedidos telefónicos desde 10 kilos

U. T. 35, Libertad 0196, 0198, 0199

CANGALLO 1044

Miguel Tellechea

BUENOS AIRES

CASA

OSCAR L. TRABERSONO

PERFUMERÍA

ARTÍCULOS DE TOCADOR

TUCUMAN 539

U. T. 31, Retiro 4052

Buenos Aires

Mediante la presentación de este aviso le haremos un análisis de orina, gota o pus GRATUITAMENTE.

NO se aflija!
VD. puede curar su

BLENORRAGIA
en forma RAPIDA y ECONOMICA

Mediante la presentación de este aviso le haremos un análisis de orina, gota o pus GRATUITAMENTE.

Siendo como es la blenorragia una afección rebelde, no hemos desdenado los procedimientos clásicos (lavajes, tripallavios, instilaciones, etc.), y es así como a la par de ellos hemos venido aplicando la: **VACUNOTERAPIA REGIONAL (POINGLUX)**, **ELECTRÓLISIS**. En lugar de la simple dilatación mecánica, en la estrechez. - **ALTA-FRECUENCIA** (Técnica de Roucauro). **RELIOTERAPIA PROFUNDA**, Lámpara de Kromayer. - **DIATERMIA**.

Horas de consulta de 15 a 20 horas

POLICLINICO CENTRAL
LAVALLE 988

Sábados de 10 a 12 horas

cando lo que deben hacer los soldados reclutas: flexiones, armas al hombro. El 6 hace flexiones de piernas; el 7 hace calistenia con los brazos alrededor de la cabeza. El 7 marcha al asalto, se ajustó la gorra para que en su carrera no se la lleve el viento y lleva el fusil al costado.

—Y el 3 — interrumpió Lino apresuradamente — es un enemigo que fué herido por el 7 en el vientre y se dobla de dolor... ¿no es verdad?... y se agarra la barriga con las manos... ¿No es verdad?...

—Sí, es verdad, sí...

En seguida, la voz reprochadora, sorpresiva, que me sacudió como un castigo súbito, de papá:

—¿Qué pavadas estás contando a los chicos?

¿Pero por qué, oh Dios, esto de ser enemigos? ¿Por qué esto de ser verdad para unos y pavadas para otros? ¿Pero por qué no se debe decir la verdad... qué sea el amor, por ejemplo?

"Mi negro ingrato"... El diccionario no dice qué significado especial adquiere la palabra ingrato cuando está después de negro. Porque las palabras tienen el sentido del diccionario y el otro que les da el amor. Por ejemplo: Pablito no es negro, y, sin embargo, Aminda le escribe: "Mi negro ingrato". Ingrato aquí quiere decir algo áspero, nervioso; como un beso que no fuera de cariño, sino de castigo. Yo me entiendo. El amor está hecho de besos ásperos, de palabras nerviosas, de movimientos de miedo, de conductas rápidas, de abrazos quemantes... En el amor hay siempre algo de miedo, de temblor, de culpa, de acusación, de prohibido. Yo me entiendo. No es como los besos de mami. ¡Mami querida!... Con mami no tengo miedo; al contrario, cuando tengo miedo corro y lo pierdo al lado de ella. Me gustaría dormir con mami. Pero no podría dormir con Aminda. Me gustaría, pero no podría. No se podría dormir porque sucederían cosas terribles, extraordinarias. Si estuviésemos juntos Aminda y yo, desaparecería el sueño de nuestras existencias. Un día, un mes, un año, juntos Aminda y yo, un día, un mes, un año sin dormir... Porque si llegásemos a dormirnos estando juntos, sucedería algo extraordinario... Yo me entiendo.

"Mi negro ingrato"... En la carta le decía en seguida que no había podido ir el jueves... bueno: cosas sin importancia. Hasta que Aminda se mostraba enfurecida ¡ella, Aminda, tan dulce siempre!, ¡qué cosas hace el amor! Se mostraba enfurecida porque parece que Pablito tiene amores también con una tal Blanquita que parece que es morenita. "Esa motosa". Y que vive en Barracas y toma el tranvía 61. "Me vas a ver a mí el día menos pensado en el 61". Lo que yo digo: nerviosidad, aspereza, rencores, cosas extraordinarias, misteriosas. Una chica siempre tan dulce, sonriente, tan buena, como Aminda, a quien nunca ví enojada, cuando ama escribe cosas así: "¡Y a esa motosa la voy a desgredar delante de todos los pasajeros!"

¡Mamita, mami, tengo miedo!...

D i e z .

Minguito cayó en cama.

Aquí hay algo. Algo relacionado con el amor. ¿Y cómo puede relacionarse Minguito con el amor?

¡Esto irrita!... ¡Es como querer agarrar una estrella con la mano!...

O n c e .

Yo los espiaba. Una vez estuve agazapado durante casi una hora en el despacho de papá, detrás de la puerta entornada donde había un montón de planos arrinconados. Pablito, sentado en el escritorio, leía. Yo no le veía la cara. Pero esa vez Aminda permaneció en la sala. Pablito, cansado de esperarla, nervioso, optó por ir al fin también él a la sala.

Yo quería oír alguna palabra, verlos besarse...

Quería saber qué diferencia había entre sus cari-

ños y los de mami conmigo, entre sus besos y los de mami a mí.

Porque no hay que ser niños inocentes: son distintos. No basta besar. El cariño tiene su beso, y el amor otro distinto. Aquí no hay vuelta... Yo quería saber cómo se besan de amor un hombre y una mujer. Porque a mí no me engañaban esos. Pablito y Aminda. Había leído una carta terrible. Todas las cartas de amor son terribles. "Mi negro ingrato". "La voy a desgredar a esa motosa". El amor transforma a una muchacha dulce y tierna en una harpía capaz de echarse encima de otra mujer en pleno tranvía para desgredarla y arañarla. El amor no es palabras bonitas como en las novelas ni besos largos como en el cine. Deben ser muy cortos los besos, como rajarse rápidamente una seda. RRRRRR, rápido, ya está. Debe ser algo lindo, pero peligroso, algo misterioso, pero que tiene sus peligros; algo nervioso... en fin: yo me entiendo.

A mí, a pesar de todo, me hubiera gustado ser Pablito para hacerle el amor a Aminda; tenerla a mi lado, sentarme a su lado, tocarle su pelo, tomarle su mano, cogerle los bombones que ella tendría amontonados en el hueco de su falda entre los muslos. Me gusta Aminda como novia. Es mucho mayor que yo. Debe tener 21 años porque es menor que Gustavo y Gustavo acabó la conscripción este año. Me gustaría que Aminda fuese mi novia. Me gustaría que fuese ya verano. Estaríamos en la playa y yo le sacaré las medias. O mejor: se las pondría; agarrando la parte superior se las levantaría sobre las piernas hasta arriba... Esto de que haríamos en la playa Aminda y yo y le colocaré las medias después del baño, ya me tuvo desvelado varias noches. Estaríamos en una playa con maleza, distinta a la de Necochea. En una búsqueda de caracoles entraríamos en la maleza con trajes de baño y allí Aminda me besaría con un beso de amor y no de cariño y yo me desmayaría.

Y, sin embargo, aquí en casa, le huyo a Aminda.

Los otros días me instó a que le contase qué le sucedió al judío Bernard.

—Oh, hacétele contar por Ernesto. El también estuvo presente.

Y la dejé sola en la sala...

No es que le tenga miedo. Al contrario; es tan dulce... Sino que no quiero... es decir; no sé. No es miedo; esto es lo único que puedo decir. Pero en cuanto sea hombre de veras, es decir... bueno; un poco más tarde, y a verá ella y a verá la mujer que me guste, si soy hombre o no. Coraje no me falta.

Pablito sí que era un hombre, sí que sabía hacer el amor y resistir todos los peligros; enfrentarlos valientemente y vencerlos. Eso es; en el amor hay peligros; hay que enfrentarlos y vencerlos. Eso es. Y además hay algo misterioso, que yo sabré muy pronto. ¡Pablito sabía estarse tan tranquilo delante de Aminda después de la carta aquella! Conversaba tranquilamente de cualquier cosa, y todavía hacía chistes.

¡Cómo lo envidiaba!

Y copiaba su modo de caminar, sus frases preferidas, su manera de encimar una pierna sobre la otra cuando leía, la expresión de su cara cuando se interesaba en lo que decía Aminda y le preguntaba: "¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?"; y su modo de tender el brazo para colocar el sombrero en la percha... y su sonrisa...

Bueno; la sonrisa, no podía ser.

Yo tengo la sonrisa de mami, y no quiero otra.

D o c e .

Así fué el diálogo:

—Ché, Pablito, ¿qué tiene que ver el amor con la enfermedad de Minguito?

—Y... son cosas...

—¿Qué cosas?

—Mirá: mala suerte, nada más...
 —Pero no me decís nada: "son cosas... mala suerte"
 —Mirá: ¿qué se le va a hacer a las enfermedades? No las busca uno a propósito para aguantarlas, digo yo... me parece... ¿no?... Bueno, mirá; a mí no me preguntés estas cosas. Yo no sé.
 —No querés decirme... ¿Qué tiene que ver el doctor Estevez con la muerte de Cosme?
 —¿Y a vos quién te dijo estas cosas? Mirá; preguntale a quien te dijo eso.
 —Está bien... gracias...
 —Mirá, otra cosa: a mí me robaste una carta, vos. Sí, vos. Mirá: un día me dijiste que te mostrase una carta de Aminda, y, mirá, tres días después, mirá; que me faltaba una carta...
 —¿Y vos sos capaz de creerme?...
 —No... Perdoname, Uili... Mirá; disculpame... comprendeme... Te creo. Mirá: entonces, es Aminda...
 —¿Y por qué no se lo preguntás a ella misma?
 —Ta bien... Yo sé lo que debo hacer.
 —¿Y... no me lo querés decir?
 —¿Qué?
 —Y... eso que te pregunté...
 —Mirá; el año que viene... Y ahora basta, sabelo.
 —Me creés un niño inocente... Eso es lo que hay...
 —Y si no sos inocente, ¿para qué preguntás?...
 —Para asegurarme más.
 —¿De qué?
 —De que la muerte de Cosme y la enfermedad de Minguito... son cosas que resultan del amor... Y yo sé también unas cosas del doctor Estévez...
 —Y, bueno, mirá; si las sabés, las sabés...
 —¿Así que el amor produce eso, no?
 —¡Pucha que sos cargante!...
 —Y entonces, ¿por qué van todos detrás del amor?... si trae enfermedades, muertes, doña Adelina que llora...
 —Ah, no, no. Mirá: el amor es la cosa más linda del mundo. Mirá: la vida no tendría sentido sin el amor. Es como, mirá, como si a vos te quitasen el basket. Ahora, que... Bueno, mirá; si no la acabás vos la acabo yo. Hasta luego.

Trece.

¡Es como querer agarrar una estrella con la mano!

Catorce.

Ahora la quiero a mamita más que nunca la he querido. A su lado, me parece que tengo seis años de edad. Y, claro, con seis años de edad, se tienen ganas de llorar por nada. Pero me contengo. Solo aquel sábado, víspera de la final de zona de basket-ball, no me dí cuenta y me encontré con que estaba llorando.

—¿Pero qué tiene mi hijito querido?

Me tomó el pulso. Como a un chico de seis años me cargó en sus brazos y me dejó conducir a la cama y me dejó estar y tomé un té que después me trajo.

Y lloré, en la cama, solo conmigo, un rato, hasta que regresó nuevamente con una revista, después de la cena.

—¿Querés leer?

Al día siguiente jugaríamos la final de zona. Mamita y todos pudieron creer que yo había llorado de anticipada emoción.

—¿Querés leer?

Le tomé la muñeca y así estuvimos, sin hablar, largo rato. Y era a su lado como si hubiesen desaparecido todos los peligros de asaltos, asesinatos, entierros en tardes de invierno, golpes en medio de la noche, desgarrar de cabelleras, desgarramientos de entrañas, transformación de mujeres dulces en brujas con venenos en las manos arrugadas, vientres que se abren dejando caer sanguinolentos órganos, padres que ma-

taban a sus hijitos... llagas en los labios... ¡Qué horrores, qué pesadillas!...

Pero, al lado de mamita, volvía la paz serena...

Después, mami me contó cosas y me animó para el partido del día siguiente.

—Ustedes van a ganar la final de zona. ¡Pero si en todo el torneo de Menores no hay un equipo como el Carp! Ustedes van a ganar. Ahora descansá bien, dormí bien, tranquilo. La emoción de la final de zona debe tonificar, no achicarte. Vos sos fuerte y ágil, sos sano e inteligente. Y no lo digo para alabarte. Harás un gran partido. Y Tulio también. Todos. Yo comprendo tu emoción. ¡Mañana vas a jugar la final!... ¡Animo, mi hijito!...

Naturalmente. Lo que embargaba mi espíritu no era la proximidad del decisivo partido. Pero callé. Reservé la verdad. ¿Qué verdad? Que la causa de mis pesadillas y sustos y repentinos temores, no debía buscarse en la final de zona del basket.

Cosa extraordinaria: dormí bien. Me desperté limpio, claro, sano, ágil, alegre, optimista, con una gran necesidad de acción, como dice el profesor de ejercicios físicos.

Desayuné muy despacio y abundantemente. El partido se jugaría dos horas después.

Mami estaba contenta de mí. Yo la conozco más que nadie. Me besó tres o cuatro veces y me dió ánimos y me auguró la victoria.

En el ómnibus pensé algunas cosas que antes mayormente no me interesaban. Por ejemplo: yo tenía los ojos, la barbilla y la sonrisa de mami; pero las líneas rectas, formando ángulos, de mi cara, eran las de papá. Especialmente la sonrisa y la mirada me gustaba tenerlas iguales a las de mami. Era orgullo; no vaya a creerse en una vanidad femenina. Estaba orgulloso de tener en mí, como mío, de mi propiedad, algo que al mismo tiempo era propiedad de mami. Mami querida; yo soy vos, y vos sos yo. Por otra parte, me gusta también el tener las líneas de papá. Dicen que las caras así, a líneas rectas, son de hombres enérgicos. Papá es enérgico. Yo soy enérgico, tesonero, voluntarioso. En cuanto a modales, movimientos, y maneras de llevar las prendas, últimamente se me dió por copiarlos de algunos mayores, cuando yo quería aprender a ser hombre. Me ladeaba la gorra porque Pablito llevaba el sombrero ladeado; me apoyaba en las paredes como Agustín; hacía la maniobra de Pedrito cuando se ajustaba el cinto tan a menudo, y... no era posible copiar esa actitud de papá cuando se levantaba del sillón y con las manos desarrugaba los pantalones en el sitio de las rodilleras, porque yo usaba todavía pantalones cortos... y no se me hacían rodilleras...

Bajé del ómnibus y el pensamiento entró por fin decididamente en el basket. Toqué el timbre en la casa de Tulio.

Tulio es alegre como él solo.

—Ganaremos, Uili, ganaremos... Le podemos dar un handicap de 10 tantos...

—¡No seas bárbaro!...

—De cualquier modo, ganamos hoy... ¡Y finalistas!...

Es alegre hacer camino con Tulio, siempre contento y charlatán. Al llegar al vestuario la impresión general era francamente afirmativa. Ganaríamos.

En el vestuario algunos hacían flexiones, dominando hasta el último esfuerzo muscular; saltaban otros con la máxima elasticidad en el mínimo esfuerzo. Lo estoy oyendo a Mister Reynal: "La máxima elasticidad en el mínimo esfuerzo; la brusquedad no es deporte; hay que gobernar hasta el mismo cabello; usted, Uili, apoye el brazo sobre el mismo movimiento, ¿me entiende? Ningún movimiento es independiente; uno se apoya en otro y así sucesivamente; sacrifique la fuerza a la di-

rección; acostúmbrese a dominar el movimiento; usted debe ser el dueño del movimiento, ¿me entiende?"

Cuando todos estuvimos uniformados nos llamó a su lado; él se colocó en el centro, con sus pantalones de franela blanca y su saco rayado y su cabeza coloradota y trabajada; alrededor, rodeándole, diez y seis piernas robustas, elásticas, ocho pechos jóvenes, frescos, ansiosos de libertad deportiva. Titulares y suplentes abríamos los ojos, sonreíamos. Mister Reynal, el profesor de ejercicios físicos, iba a despacharse con un discurso.

—No me interesa que ganen por tantos. Me interesa el modo como van a ganar. Porque ustedes van a ganar. Quiero que ganen bien. Recuerden que la derrota no comienza con los tantos en contra, sino con el desánimo y la desconfianza. Como dicen ustedes: no hay que echarse a muerto antes de tiempo. Nunca, diría yo. Si con desventaja en el marcador, ustedes continúan jugando con fe y serenidad, con energía y serenidad, con constancia y serenidad, ustedes están ganando. Voy a observarles la serenidad y la regularidad del juego que cada uno realiza. No me interesan las grandes proezas. Quiero regularidad y serenidad. Nada más.

Comenzó el partido.

En seguida pudo advertirse que tanto nosotros como San Isidro seguíamos un tren cuidado y por consiguiente lento. Durante un tiempo la diferencia de tantos en favor de uno u otro cuadro era pequeña. Hasta llegar al final no se rompió la característica. La regularidad de las acciones aparentemente restaba emoción al partido, pero el orden en que se iban señalando los tantos, — por proezas o por infracciones — encendía los ánimos. Al final iba a decidirse el triunfo. Faltaban cinco minutos y estábamos ganando apenas, cuando Muñío (S. I.) en un salto elástico y fino (fino quiere decir preciso, ajustado, exacto), con un ritmo que parecía copiar la gracia de una escultura, emergió sobre el plano de las cabezas, sus brazos se levantaron hacia el cielo teniendo en sus manos como si fuera el delicado cuerpo de un dios niño, la obediente pelota; en seguida, delicadamente, la mandó a su destino; la pelota se elevó, giró sobre sí misma casi detenida en los aires, y bajó como colgando hasta embocarse en el aro.

La belleza de la escena me hizo olvidar que nos estaban por destruir la victoria. Sentí, junto al reconocimiento deportivo de la maravillosa jugada, la angustia de la derrota. ¡Estábamos 20 a 20!

Continuamos, sin embargo, con serenidad igual. Tulio insinuó por sobre su cabeza un pase a Carlos, pero lo que hace en realidad es cuerppear al adversario y por debajo del arco de su brazo izquierdo me envía a mí la pelota, que, sin esperarla, tampoco la descartaba. La embolsé sin esfuerzo — ¡qué bien me la envió! —; me di vuelta, con una agilidad de que me alabo, sorprendiendo a un adversario en posición incómoda, amenazo con un pase bajo a la izquierda, pero con una precisa flexión de rodillas apoyada en el juego obediente de los tobillos, consigo el fácil salto, y allí en los aires, ya en los aires, desprendido del suelo, — ¡oh, prodigio del apasionado entrenamiento! — apoyándome sobre la resistencia que ofrecen los músculos de las piernas cuando se les exige fuerte tensión en los aires, tuerzo la cintura a la derecha para que la caja del cuerpo sirva ahora de firme apoyo al inminente envío de los brazos. ¡Qué fácil y suelto fué todo! ¡Allá fué, lanzada por mis manos, a su destino, la pelota! Colgó, bajó, entró.

Sentí la alegría junta de cariños, risas, paisajes mamita, qué se yo...

—¡Un minuto!

Alguien nos avisó que faltaba un minuto. Me dejé estrujar por mis compañeros. Me abrazaron, me be-

saron, me levantaron. Oí la voz del hermano de Tulio:

—¡Uili lindo!... (Quiere decir: "Muy bien, amigo"). Es una aprobación). Continuó el juego.

Terminó.

El desempate, y, consiguientemente, la victoria, yo la decidí.

Me estrujaron otra vez, pero ahora a mis compañeros acababan de unirse algunos socios. Me volvieron a abrazar, a palmear; me rasguñaron el muslo izquierdo; me levantaron y en andas me llevaron al vestuario.

En el vestuario se renovaron las demostraciones. Mi alegría me hizo leal y noble. En medio de tanta algarabía, gritos y chillidos — éramos unos quince chicos, — la presencia de Mister Reynal impuso silencio. Un silencio dulce como la muda promesa de un premio. Nos felicitó a todos. Pausa. Aproveché la pausa. Quería adelantarme a Mister Reynal. Acaso, acaso, conociendo las ideas de Mister Reynal, me anticipé a decir yo lo que seguramente iba a decir él.

—¿De qué hubiera servido "mi" tanto final sin los muchos tantos de Tulio?

Instantáneamente comprendieron todos. Además, había unas ganas grandes de felicitar a todos.

—¡Es verdad... es verdad!... ¡Viva Tulio!...

Y el estrujado y abrazado y besado fué Tulio, el que marcó cuatro tantos.

Mister Reynal estaba contento. Tanto, que empleó un término criollo que antes calificara de grosero: "Mis pollos".

Continuaron los comentarios, repitiéndose una y cien veces; describiéndose las maniobras culminantes por el gusto de recordarlas y gozarlas.

Y yo de repente pensé en dos cosas extraordinarias: mi desmayo y mi grito.

Mi desmayo y mi grito.

Cuando clavé la ball en el basket, que decidí, a un minuto del final, la victoria, me desmayé interiormente, aunque mi cuerpo físico continuó sus acciones naturales. Interiormente, yo estaba desmayado, "groggi"; seguía el juego pero estaba desvanecido, desmayado, inconsciente.

Ahora no sé explicar mejor las cosas. Cuando sea grande sabré qué extraño fenómeno fué ése.

Y mi grito.

Tampoco podría explicar por qué grité ese grito ni para qué ni cómo. Cuando envié la pelota a su destino, en la fantástica alegría del tanto al alcance de mi habilidad, no pensaba en otra cosa que en el tanto, o, mejor dicho, en "enviar serenamente la pelota". El pensamiento ése fué absorbente, total; me recogí interiormente en ese pensamiento; a mí mismo me dije: "Fino, Uili, fino". ¿Cómo, entonces, me salió ese grito que me salió?

Había apoyado los movimientos de los brazos sobre el juego de los músculos de las piernas, y acaso quise apoyar la dirección de la pelota en el grito que grité: "¡Mamita!"...

Tomábamos el té en la larga mesa. Tulio contaba cómo había inmovilizado al adversario cuando me envió la pelota. Así contó:

—Amagué el pase a Carlos, pero hice así (se levantó e hizo el correspondiente movimiento); la recibe Uili; Uili salta bien, no hay nada que hacer, y gritó: "¡Mamita!"...

Todos rieron y yo me sentí contento.

Mamita había colaborado en el triunfo.

Quince

Al entrar en la cocina descubrí a Rosario que estaba observando con curiosidad quién sabe qué en el fondo del corredor. Miré yo también y no vi nada.

—¿Qué hay?

Sorprendida, Rosario se azoró sin atinar a responder.

—¿Qué estaba espiando usted?

—Nada, niño.

—No me diga niño, ya le dije muchas veces. ¿Qué hay?

—Nada... el niño Pablito y la niña Aminda... que están discutiendo.

—Bueno, pero usted no debe meterse donde no la llaman...

Avergonzada, volvió a sus cacharros y yo penetré en el corredor. Al fondo, Pablito y Aminda conversaban tranquilamente, sonriendo ambos. Pero Aminda estaba colorada y nerviosa. Lo advertí fácilmente. De repente, y antes de que yo hiciese ninguna pregunta, me cogió el brazo diciendo a Pablito:

—Me voy con Uili a que me cuente el partido de ayer...

Pablito me miró con rabia no disimulada ni contenida siquiera.

Diez y seis

¡Este tío Eduardo!

Uno no sabe si está hablando en serio o irónicamente. Ayer, por ejemplo, mientras yo describía detalladamente un match de basket en River Plate, su único comentario ha sido éste:

—Muy bien, mi hijo, hablás muy bien... Vas a ser un gran literato. Los vas a obscurecer a tantos Rubén Darío como andan por ahí... Eso de "la elegancia del salto" indica que profundizás las cosas... Y eso de "entonces atacamos torrencialmente" indica tus aficiones literarias. Creo que eso se llama metáfora...

—Pues no, tío, está usted equivocado completísimamente.

Yo le retruqué con el "completísimamente", que no está en el diccionario, y que tío Eduardo emplea a veces.

Yo no sabía si las palabritas de tío eran sinceras o sarcásticas. Por las dudas, por si acaso pensaba que las frases "en difícil" eran aprendidas de otro y yo me las apropiaba descaradamente, me anticipé a confesar la verdad. Por otra parte, nunca tuve yo vanidades artísticas.

—¡De tanto oírlo a Mister Reynal eso de "saltar con elegancia"!... "no hay que atacar torrencialmente sino estratégicamente", cuando nos da instrucción, se me pegaron en el oído tantas frases por el estilo. Y todas las cosas del basket que digo, son frases de Mister Reynal. Además no veo que sea cosa tan sorprendente eso de "la elasticidad de los movimientos". No se necesita ser Rubén Darío para hablar así. Mister Reynal no es Rubén Darío, y hay que oírle describir un partido... Son cosas sencillas...

Pero yo pensaba otra cosa. Yo no acabo de comprender por qué el empleo de ciertas palabras indica pedantería y el uso de otras más difíciles parece ser cosa sencilla. Por ejemplo: días pasados leí por primera vez en un mismo párrafo dos palabras cuyo sentido ignoraba y que parecían, las dos, difíciles: sesquicentenario y privilegio. Pues bien: cuando por primera vez pronuncié en una conversación "privilegio", nadie dijo nada; en cambio, cuando contaba que una institución deportiva europea iba a festejar su sesquicentenario, tío Eduardo rió repentinamente y dijo que yo tenía la manía de los términos difíciles; y que yo iba a ser literato.

En primer lugar, para mí eran palabras tan sencillas o difíciles tanto privilegio como sesquicentenario; y en segundo lugar, dije claramente que me tenía sin cuidado la literatura. De ser algo, prefería — y así lo dije — ser pintor.

No dije por qué me gustaría ser pintor.

Para pintar el retrato de mami.

Diez y siete

Pablito estaba nervioso. Aminda estaba triste. Ya les conocía los sentimientos a poco que observaba sus expresiones, sus modos de ir de acá para allá, sus insistencias en mirar o dejar de mirar en tal o cual dirección. Yo pensaba que esa noche si que iba Aminda en una

disparada hasta el escritorio.

Apenas salga papá — pensaba yo — me escurriré y me ocultaré en el rincón de los planos detrás de la puerta entornada. Esta noche, esta noche veré una escena de amor. Y temblaba anticipadamente sintiendo mezclado gusto y miedo.

Cuando terminó su cigarro de todas las noches y la lectura del diario, papá se levantó y salió. Y yo entré y me escondí.

En seguida entró Pablito y apagó las tres luces de la araña del techo, dejando solamente la del brazo sobre el escritorio. No sentí entrar a Aminda; unos pasitos que acababa de oír me parecieron los de Pablito que acaso se había puesto nervioso y paseaba por el despacho, pero su voz gruesa, aunque ahora apagada, me indicó que Aminda estaba ya allí. Lo que dijo Pablito, acaso porque no había afinado todavía mis oídos, no lo entendí. Pero el diálogo que siguió, lo percibí nítidamente.

—¡Sos un canalla!

—¡No seas terca, escuchame!...

—¡Un canalla!...

—¡Es que algunas cosas no sé cómo explicarlas!

—¡No tiene nombre!...

Me pareció que lloraba Aminda. Pablo debió aproximarse. Yo oía un murmullo apagado, pero apenas si alcanzaba a entender las palabras. De repente, un rato después de cruzarse algunas frases, él casi se enojó:

—¿Qué querés? ¿Que me pudra por ahí? ¿Eh? ¿Que me infecte la sangre? ¿Que vomite pus? ¡Soy todo lo contrario de un canalla, todo lo contrario! ¡Sábelo! ¿Qué querés? ¿Que termine como Estévez?

Yo sudaba, temblaba, me ardían las mejillas, castañeteaban mis dientes, cerré los puños para que los dedos no temblasen. Tenía miedo. ¡Mamita, tengo miedo!... ¡Pudra... infecte... la sangre... vomita pus... canalla... Estévez... Cosme muerto... Minguito enfermo... pus... canalla!

—¡Sos un canalla!

—¡Vení, no te vayas... vení!...

Pero ella ya se había ido. Y él, en seguida, también salió del despacho.

Y yo, temblando, miedoso, con lágrimas en los ojos, también salí, por la otra puerta, la que daba al corredor. Caminé unos pasos y sin darme cuenta me sentí desfallecer. Me caí, en el corredor. Pero me incorporé en seguida. Tenía prisa por llegar a la cama y tenderme allí a llorar, a solas. Me estaba conteniendo el miedo y el llanto. Rosario, que en esos momentos cruzaba el corredor con una bandeja y agua, alcanzó a verme. Me miró intrigada.

Llegué a la cama y me eché a llorar.

Mamita, seguramente avisada por Rosario, llegó apresuradamente. Papá, tras ella. Y me pareció que alguien más, contra el marco de la puerta.

Papá dijo: ¿pero qué tiene este chico de un tiempo a esta parte?

A mí se me escapó: ¡Mamita, tengo miedo!

Papá se puso nervioso e intrigado:

—¿Pero de qué tiene miedo este grandote?

Mamita, dulcemente, dijo:

—Déjame sola con él.

Hundida mi cara en la almohada mojada ya por las lágrimas, con convulsiones en todo el cuerpo, tuve, sin embargo, la claridad mental necesaria para extender mi mano buscando, sin verla, la de mamita, que me comprendió y me la apretó; y con la otra me acariciaba los cabellos.

¡Mamita querida!

Las santas manos de mamita me desnudaron como a un chico de seis años, y yo, un grandote de catorce años, fuerte, sano, que quería ser un hombre, me dejé desnudar como un chico de seis años por las santas manos de mamita. Las dulcísimas palabras de mamita

me calmaron, porque me dijeron muchas cosas cariñosas sin una sola pregunta.

Me arropó bien y se quedó toda la noche a mi lado y yo no le dije que ya estaba calmado. De vez en cuando me colocaba el termómetro; en una libretita iba anotando los grados de la fiebre y la hora. De vez en cuando se inclinaba y aproximaba su cabeza a la mía. Su mano no dejaba de apretar la mía.

De vez en cuando, volvía a temblar. Era al irseme la imaginación hacia ciertos lugares de ciertas escenas. O al volver a oír palabras, frases... O al presentarseme de repente ciertas cosas... Asaltos, asesinatos, entierros en tardes de invierno, golpes en medio de la noche, desgredar de cabelleras, desgarramientos de entrañas, transformación de dulcísimas mujeres en brujas con venenos en las manos arrugadas, vientres que se abren dejando caer sanguinolentos órganos, padres que mataban a sus hijitos hermosos, llagas en los labios, ah, cada vez que se viene el invierno, querés que me pudra, se me infecta la sangre, estoy vomitando pus de la boca, canalla... ¡Mami, mamita, tengo miedo!...

—¿Cómo vas a tener miedo estando yo aquí a tu lado?...

Hasta que me dormí.

Diez y ocho.

Murió Minguito.

El 4 de junio. En invierno...

En los primeros días de mayo del año entrante, los primeros fríos recordarán a doña Adelina a sus dos hijitos muertos con los primeros fríos.

No resistirá.

Enloquecerá.

Irá de casa en casa a visitar a todas sus amigas, a las amigas de soltera, de cuando era soltera, y se les echará en brazos, llorando, diciéndoles: Ah, Juanita, Teresa, Panchita, cuando se aproximan los primeros fríos, cuando se viene el invierno, siento ganas de salir de casa escapando al recuerdo de mi Cosme, de mi Minguito...

Diez y nueve.

Personas: Guillermo Altamiranda; 18 años de edad.
Pablo Muttoni; 26 años de edad.

Lugar: Una esquina de la ciudad.

Guillermo. — Che, Pablo, decime: ¿a vos no te faltó una carta una vez?

Pablo. — ¿Qué carta?

Guillermo. — Una carta de amor.

Pablo. — ¿Carta de amor?

Guillermo. — Sí, hombre, sí; una carta de amor; una carta que te había mandado Aminda.

Pablo. — ¿Aminda? Carta de amor... Si no aclarás, no sé qué decirte...

Guillermo. — Hace cuatro años...

Pablo. — Uuuu... hace cuatro años...

Guillermo. — Hace cuatro años Aminda te mandó una carta de amor...

Pablo. — Me mandó tantas... Tenía la manía epistolar. Nos veíamos todos los días, y encima me mandaba cartitas... Las cartas que me mandó...

Guillermo. — No era una carta común. Te decía algo respecto de una muchacha de Barracas que viajaba en el 61 y que un día Aminda iba a armarle un escándalo en pleno tranvía delante de todos los pasajeros...

Pablo. — Ah, sí, sí... Era una morenita simpática... Hace tanto que no la veo...

Guillermo. — Yo no me refiero a la otra mujer, sino a la carta, pues...

Pablo. — Bueno, no te irrites... Esa carta era pura suavidad comparada con otra que me escribió un día que supo mis asuntitos con una telefonista. Cómo se puso...

Guillermo. — Pero, ¿querés o no querés entenderme?

Pablo. — Hijo, no te entiendo. Bueno, escucho: ¿qué hay?

Guillermo. — ¿No te acordás haber perdido esa carta?

Pablo. — ¿Perdido? La habré traspapelado... o la habré perdido... o la habré roto. Vaya uno a saber... No me acuerdo. A lo mejor está en algún cajón...

Guillermo. — Bueno, ¿querés reírte?

Pablo. — Cómo no... Ya me estoy riendo.

Guillermo. — Resulta que esta mañana supe que el que te robó la carta fui yo.

Pablo. — Lo supiste... que eras vos... esta mañana... Bueno, che, a mí no me vengas con enigmas.

Guillermo. — Te voy a explicar por partes. Es mejor. Preparate a saborear lo que viene, que es delicioso. ¿Ves esto? Es una libretita. Está totalmente escrita. Está toda escrita, toda... Te diré: esta mañana, limpiando cajones del escritorio, de puro aburrido nomás, me topo de repente con un montón de cosas. Todos recuerdos. Medallas, botones, insignias deportivas, diplomas, estampas, fotografías, y esta libretita. Hombre, si supieras que estuve toda la mañana revisando, ojeando, y... recordando... Hay cierta emoción, creeme... Pero, al asunto: leí todo lo escrito en esta libretita. Me pareció, al principio, que podía ser la copia hecha por alguien de un cuento infantil. Sigo leyendo y de repente pienso que a lo mejor había sido yo el copista o arreglador del cuento infantil. Sigo leyendo, y me detengo intrigado. Aquí viene algo interesante; ciertas cosas que en esta libretita se cuentan, no digo que me hayan turbado, sino que me interesaron vivamente; despertaron mi curiosidad en una forma bastante extraña. Sigo leyendo y queriendo recordar, y adquiero la certeza de que... realmente había sido yo el autor de lo escrito, y que lo que creía cuento infantil, era... verdad verdadera. Era mi diario de hace cuatro años... Figurate: mi propio diario, leo mi propio diario, escrito por mí con mi propia mano, que dice cosas mías, que me sucedieron a mí... secretos íntimos, míos, profundamente grabados en mí, y... y... no recordaba nada... ni haber escrito la libreta, ni haberme sucedido los sucesos allí anotados escrupulosamente... Figurate qué curioso el caso... Naturalmente, al fin, recordando, pensando, atando cabos, comprendí todo. Pero te confieso que tuve que pensar mucho para aceptar las verdades escritas. No recordaba nada, pero absolutamente nada, de hace sólo cuatro años... Es decir, sí, recordaba una final de basket, algunas personas, pero... Mirá, me estoy embrollando: quiero decirte que al principio no recordaba nada. Eso es. Hay en la libretita, si vieras, algunas cositas deliciosas... Lo que ahora me extraña, es que no haya escrito, y eso que fué en aquella época, mi primera aventura con Teresa, que me abrió los ojos... ¿Te acordás de Teresa?...

Pablo. — Mirá, te estás embrollando de veras...

Guillermo. — Ah, claro, como no leíste la libretita, no comprendés. Bueno, lo que te quiero decir es esto: en este diario yo escribí que un día te robé una carta de amor que te había mandado Aminda.

Pablo. — Esperá: tres... cuatro... ¿Vos eras un chiquilín de catorce años?

Guillermo. — Sí... Catorce años... un zonzorro llorón...

Pablo. — Seguí...

Guillermo. — Yo te robé la carta aquella, pero yo no me acuerdo de nada...

Pablo. — Yo tampoco.

Guillermo. — Yo no me acuerdo de nada...

Pablo. — Mirá, Uili, me estás "cachando"... Hasta luego... Tomo este ómnibus...

CALEFACCION
INCINERADORES
COCINAS A PETROLEO
QUEMADORES

Rossatti y Santoro

921 - RIO BAMBA - 923

U. T. 44, Juncal 0348 y 0576

PROVISIONES GENERALES A
SANATORIOS, HOSPITALES,
ASILOS y COLEGIOS

Teodosio Gatti

QUITO 3879

U. T. 45, Loria 5287

PIDA PRECIOS

EDICIONES ARGENTINAS "GLEIZER"

NICOLAS OLIVARI.—"La musa de la mala pata" 1.—	ENRIQUE GONZALEZ TUÑON.—"Tangos" ... 1.20
"El gato escaldado" 1.50	"El alma de las cosas inanimadas" 1.50
"El Hombre de la Baraja y la Puñalada" 1.—	"La rueda del molino mal pintado" 2.—
RAUL GONZALEZ TUÑON. — "El violín del	"El Tirano" 1.—
Diablo" 2.—	"Camas desde \$ 1" 1.—
"Miércoles de Ceniza" 2.—	ARMANDO CASCELLA. — "La tierra de los pa-
"La calle del agujero en la media" 2.50	pagayos" 2.—

Haga su pedido a la Administración de HOY argentina,
MAIPÚ 457 - (U. T. 31 Retiro 3634), adjuntando el importe

EDICIONES J. SAMET

ARSAMASSEVA M. E.—"En silencio" (Novela) .. 2.—	FINGERIT JULIO.—"Mercedes" (Novela) 2.—
BARRENECHEA MARIANO ANTONIO.—"Exce- lencia y miseria de la inteligencia" (Filosofía) 2.—	GONZALEZ LANUZA E.—"Prismas" (Poemas) . 1.80
CAMINO MIGUEL A. — "Nuevas chacayaleras" (nueva edición enteramente compuesta a mano en tipo "Inkunábula", copia fiel del empleado en Venecia por Erardo Radolt —en 1746—, para su edición del célebre "Calendarius" de Joanne de Monteregio. En este libro se encuentra la famosa poesía titulada "Silbando") 2.50	GONZALEZ LANUZA E. — "Aquelarre" (Narra- ciones) 2.—
CASAL CASTEL ALBEPTO. — "La vara de abe- dul" (Relatos finamente irónicos) 2.—	HERNANDEZ DE ROSARIO.—"Hacia fuera" (Poe- mas). Ilustraciones en colores de Julio Vanzo 2.—
CERRETANI ARTURO. — "Celuloide". Films. (Cuentos) 2.—	JERUSALEM ELSA.—"...Odres viejos" (Novela. Una importante primicia de la célebre escritora alemana, para los lectores americanos de habla española) 2.—
EPSTEIN JEAN.—"La poesía de hoy. Un nuevo es- tado de inteligencia" (Es el estudio más com- pleto y concienzudo sobre los fundamentos del arte y la literatura de vanguardia) 2.50	KIRS MANUEL.—"Prontuario de lo grotesco" (Na- rraciones de vanguardia) 2.—
FINGERIT JULIO.—"La verdadera historia del gato con botas" y otras historias (con ilustraciones en colores) 2.50	LANGE NORA.—"La calle de la tarde" (Poemas) 1.—
FINGERIT JULIO.—"Destinos" (Novela) 2.—	PRZIBISZEWSKY ESTANISLAO.—"Nieve" (Dra- ma. Traducción de Alberto Gerchunoff y L. Du- jovne. Ilustrado con interpretaciones escénicas de B. Singerman 1.—
FINGERIT JULIO.—"Eva Gambetta" (Novela) .. 2.—	RICCIO GUSTAVO.—"Un poeta en la ciudad" .. 1.—
	VIGNALE PEDRO JUAN.—"Canciones para los ni- ños olvidados" (Premiado en el Concurso Lite- rario Municipal. Ilustrado por Eduardo Muñiz) 2.—

Haga su pedido a la Administración de HOY argentina,
MAIPÚ 457 - (U. T. 31 Retiro 3634), adjuntando el importe.

COLEGIO INTERNACIONAL DE OLIVOS

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universa de San Francisco de California)

Director: FRANCISCO CHELIA

Alumnos pupilos, medio pupilos y externos. Enseñanza secundaria, comercial y primaria. Incorporado al Colegio Nacional, al Consejo Nacional de Educación y a la Escuela Superior de Comercio.

Amplios jardines, granja, campo de futbol, tennis, cancha de pelota, etc.

Dormitorios, comedores y clases construídos según las más modernas y mejores disposiciones al respecto.

A dos cuadras de la estación de

OLIVOS (F. C. C. A.) — BORGES (F. C. C. A.)

TELÉFONO 90 OLIVOS

COOPERATIVA 78



Bachilleres de 1932